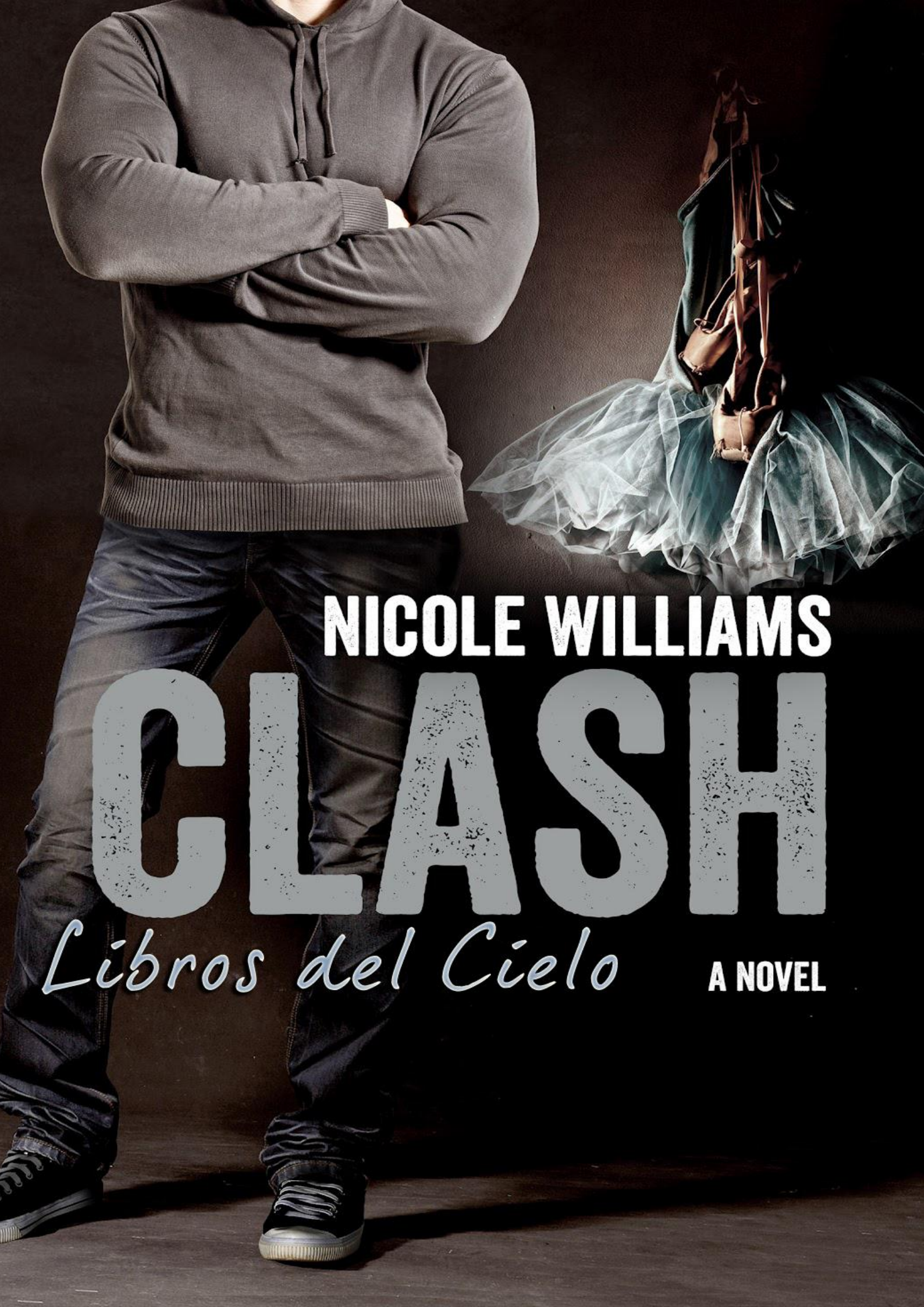

NICOLE WILLIAMS
CLASH
Libros del Cielo
A NOVEL

Staff

Moderadora:

Mery St. Clair

Traductoras:

Monikgv
Demoiselle
Kass
Amy
Macasolci
Jo
Luisa
Nats
Perpi27
JulesG92
Vane
Lucia A.
Elle87
Juli_Arg
Amnl3012
Chachi--
Mery

Correctora:

MaryJane♥
Nats
Itxi
Ladypandora
Verito
Suelick*
Zafiro
Vericity
Annabelle
Violet~
Juli_Arg
Deeydra Ann
Melii

Revisión & Lectura Final:

Juli_Arg

Diseño:

Hanna Marl

Índice

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo

Sinopsis

La única cosa fácil en la relación de Jude y Luce es su amor entre ellos. Todo lo demás es difícil.

Especialmente cuando se trata de refrenar el temperamento de Jude y los celos cada vez más fuertes de Luce por la animadora que sigue a Jude en todas las maneras que una chica puede. Sintiendo el estrés por salir con un chico malo por excelencia mientras se convierte en la bailarina principal de su clase, Luce sabe que algo tiene que terminar. Quiere a ambos. Necesita a los dos. Pero si no toma una decisión, corre el riesgo de perderlo todo.

Para Lucy Larson y Jude Ryder, amar puede no ser suficiente.

Crash, #2

1

Traducido por Monikgv

Corregido por MaryJane♥

No me concentré en el hecho de que cerca de mil pares de ojos estaban puestos en mí. Progresando en el difícil final, bailé sólo para un grupo. Las luces que me cegaban de la multitud, la presión de hacer una presentación que me impulsará hacia delante, y la falla en el vestuario que estaba a un hilo de romperse, empujé todo de lado y bailé para él.

Los últimos compases de la música llegaron a su fin cuando yo hacía mi gran alegro final en el aire. Mis puntillas aterrizaron al mismo tiempo que el último acorde fluía a través de la habitación.

Este era. El momento que yo amaba. El respiro y la mitad de quietud y silencio antes de moverme en una reverencia y que la multitud aplaudiera. Una ventana de dos segundos para reflejar y deleitarme en la sangre, sudor, y lágrimas que había derramado para llegar a este punto. El punto en el que, si yo fuera un espectador en el juego de la vida de Lucy Larson, podría asentir y pensar *trabajo bien hecho*.

Era un momento que quería que durara para siempre, pero lo acepté por lo que era. Un vistazo a la perfección antes de que fuera descartado.

Aspirando aire, levanté mis brazos y, moviéndome en una posición de reverencia, levanté mis ojos. Justo donde Madame Fontaine me había entrenado para dirigirme al final de una presentación. Al frente y al centro. Y luego, contra todo lo que ella me había advertido nunca hacer, una sonrisa jugó en las comisuras de mi boca.

Era imposible no hacerlo cuando mi frente y centro era Jude Ryder.

Él se levantó de prisa de su asiento, aplaudiendo como si estuviera tratando de llenar toda la habitación con ello, sonriéndome de una manera que me hacía un nudo en el estómago. Aquellos que lo rodeaban ya miraban con curiosidad, así que cuando Jude saltó sobre su asiento y comenzó a gritar "Bravo" a todo volumen, esas miradas de curiosidad se afilaron en algo no tan bueno.

No es que me importe. Había aprendido hace un tiempo que estar con Jude significaba ir contra la corriente de la sociedad. Luchábamos constantemente contra la corriente y casi cada norma social y el principio generalmente aceptado que hay. Valía la pena.

Haciendo una reverencia más, encontré su mirada una vez más e hice lo impensable. Gracias que la creadora Madame Fontaine no había venido aquí esta noche porque su moño perpetuamente apretado podría haberse roto cuando yo emparejé mi sonrisa con un guiño. Dirigido directo al hombre que se elevaba sobre la multitud, animándome como si yo hubiera salvado al mundo de su extinción.

Las luces se apagaron y, antes de que me apresurara a salir del escenario, escuché una ronda más de Jude gritando y silbando. Él rompió toda regla tácita de cómo uno debía mostrar su apreciación por las artes. Y yo lo amaba.

Así como nuestra relación, todo lo hacíamos fuera del estándar.

—¿Crees que podrías tratar, sólo por una vez, de no dar una presentación perfecta? Sabes, para que el resto de nosotros no luzcamos como principiantes —me susurró Thomas, un amigo estudiante y bailarín, mientras yo me movía detrás de las cortinas.

—Podría —le susurré por detrás mientras el último bailarín tomaba el escenario—. Pero, ¿dónde está la diversión en eso?

Sonriendo, me tiró una botella de agua. Tomándola con una mano, lo saludé con la otra agradeciéndole y me dirigí hacia los bastidores para estirarme y cambiarme. Tenía un descanso de diez minutos antes de la presentación que se acerca al final, y sabía por experiencia que Jude estaría viniendo a toda prisa a los bastidores para encontrarme si yo no lo encontraba primero. Él no era exactamente un hombre paciente, especialmente después de un recital de baile. Lo que me provocaba a mí el verlo jugar fútbol, mi baile se lo provocaba a él.

Deslizándome hacia el vestidor, agarré mi pie, estirando mis cuádriceps mientras subía hacia mi esquina de la habitación, desatando mi zapatilla. El nudo colorido de la banda elástica enrollado alrededor de mi cuello, sosteniendo mi corsé en su lugar así mi presentación no se convertiría en un show pornográfico, se rompió al momento en que estiré mi cuello hacia un lado. La falla en el vestuario no pudo escoger un mejor momento para "fallar".

Estirando la otra pierna hacia atrás, mis dedos trabajaron por desatar mi otra zapatilla. Tirando ambas en mi bolso, saqué mis vaqueros, suéter, y botas de montar. Era viernes por la noche y, ya que Jude tiene un juego mañana, eso significaba que teníamos toda la noche para nosotros. Él tenía algo planeado y me había dicho que me vistiera con algo caliente. Yo preferiría estar vestida para clima caliente, pero realmente, cuando se trataba de estar con Jude, no me importaba lo que vestía. De hecho, preferiría no usar nada, pero por el último patrón de virtud de santidad, Jude Ryder, no tenía nada de eso hasta que "arreglara su mierda".

Nunca había querido que se arreglara su mierda más rápido.

Realmente necesitaba estirar un poco más, pero tenía dos minutos máximo

antes de que Jude viniera corriendo a través de la puerta del vestidor. Retorciendo mis brazos detrás de mí, trabajé en el corsé de mi traje. ¿Dónde estaba Eve cuando la necesitaba? Esa chica podía amarrar y desamarrar un corsé más rápido de lo que un mujeriego podía bajarse la cremallera en la parte de atrás de su coche deportivo.

Estaba medio contemplando buscar un par de tijeras para escapar del aparato de satín cuando un par de manos cálidas se apoyaron sobre mis hombros.

—¿Puedo ser de ayuda? —dijo Thomas, sonriéndome mientras lo miraba sobre mi hombro.

—Si tu ayuda viene con velocidad y precisión, entonces sí, por favor —le contesté.

Su sonrisa se llenó de maldad. —Cuando se trata de quitarle la ropa a las mujeres, la velocidad y la precisión son de suma importancia.

Lo codeé mientras se reía. —En cualquier momento hoy, Sr. Dedos Calientes.

—Sí, señora —dijo, haciendo crujir los dedos dramáticamente antes de moverse hacia la parte posterior de mi vestido.

Thomas tenía razón, él había dominado la parte de la velocidad y la precisión del desvestir a las mujeres. Sin embargo, no había nada ni remotamente íntimo sobre un bailarín ayudando a otro bailarín a vestirse o desvestirse, hombre o no. Al bailar por demasiado tiempo, te acostumbras a casi todos los bailarines en un radio de tres estados mirándote a un lado desnudo. No había lugar para ser una mojigata en el mundo de la danza.

—Ya casi —murmuró Thomas mientras sus dedos trabajaban hacia la parte inferior del remache de mi corsé.

Yo estaba a punto de volverme con algo inteligente de mi variedad ingeniosa cuando la puerta del vestuario se abrió. No tuve ni un segundo caliente para explicar antes de que el rostro de Jude palideciera de entusiasmo a asesinato.

—¿Qué diablos? —gritó, su rostro de un rojo llameante.

—Jude —comencé, dándome la vuelta y levantando mis manos.

—Eres hombre muerto —espetó, lanzándose a través de la habitación hacia nosotros.

Moviéndome rápidamente delante de él, puse ambas manos en su pecho duro como una pared de ladrillos. Me iban a doler un poco por la maniobra.

—¡Jude! —Esta vez grité—. ¡Detente! —ordené, interponiéndome delante de él de nuevo cuando se abalanzó hacia Thomas, quien se retiraba hacia un rincón de la habitación.

—Claro, voy a parar —respondió Jude, sus ojos grises destellando como ónix[1]—. Una vez que este cretino esté bailando en el escenario en una silla de ruedas.

No había visto su monstruo rabioso en meses y verlo de nuevo en toda su grandeza me dejó sin palabras. Este era el tipo de ira de la que la gente contaba historias alrededor de una fogata.

Girando de nuevo alrededor de mí, Jude se lanzó hacia Thomas, quien miraba con los ojos muy abiertos, medio confundido, medio aterrado, por el hombre furioso tratando de destruirlo. Mi fuerza no igualaba la de él, ni siquiera la décima parte para ser su rival, pero yo tenía otros poderes que podían rendirlo en esclavitud. Corriendo a toda velocidad frente a él, salté, envolviendo mis brazos y piernas alrededor de él tan fuerte como pude.

Se detuvo inmediatamente, lo asesino oscureciéndose en sus ojos. Sólo un poco.

—Jude —dije con calma, esperando a que sus ojos volvieran a los míos. Lo hicieron—. Detente —repetí.

Hice un gesto hacia Thomas. —Me estaba ayudando a salir de mi traje. Yo le pedí que lo hiciera. Él accedió. Quería apresurarme a cambiarme para así poder estar *contigo* —enfaticé—, y a menos de que quisieras esperar un año y medio por mí, deberías estar agradeciéndole a Thomas.

Mirando entre Thomas y yo, las líneas de su rostro se atenuaron. Sin embargo, su mirada cayó sobre mí. —¿Por qué no me pediste que te ayudara, Luce? —preguntó, con la mandíbula apretada.

—Porque no estabas aquí —le dije, sintiendo como si estuviera diciendo lo obvio, pero si lo obvio era lo que se necesitaba para bajarlo de la cornisa, eso es lo que yo haría.

—Estoy aquí ahora.

Puse mis manos sobre sus mejillas. —Sí, lo estás —dije, esperando mientras sus ojos cambiaron a un tono más claro. Su pecho comenzaba a levantarse y caer en un patrón regular de nuevo—. Gracias por la *ayuda*, Thomas —enfaticé, mirando hacia atrás donde él se encontraba, todavía mirando a Jude como si estuviera a punto de ir todo nuclear sobre él de nuevo—. ¿Nos vemos luego?

Thomas pasó a un lado alrededor de nosotros, sin quitar sus ojos de Jude. —Claro, Lucy —dijo, dándome una sonrisa inclinada—. Nos vemos más tarde.

Le sonreí con agradecimiento. —Buenas noches.

—Adiós, Peter Pan —le dijo Jude—. Nos vemos más tarde, también.

Thomas ya estaba fuera del vestidor, pero no había duda de que había escuchado el último ataque de amenazas e insultos de Jude.

[1] El ónix u ónice es un mineral de la clase 4 (óxidos), es considerado como piedra semipreciosa.

Suspirando, llevé mis dos pulgares bajo su rostro. —Jude Ryder. ¿Qué voy a hacer contigo? —pregunté.

Esa fue, tal vez, la pregunta más desconcertante que jamás había hecho. Nada era fácil sobre nuestra relación. Bueno, nada menos enamorarnos uno del otro. Todo lo demás era como tratar de nadar contra la corriente. Uno nunca parecía estar haciendo muchos progresos, pero el viaje compensaba la falta de una alta clase social.

Tomándome por las caderas, Jude me colocó de vuelta en el suelo. Dándome vuelta, sus dedos soltaron la cinta de satín de los últimos remaches. Sus manos apenas rozando mi piel, pero "sólo apenas" disparando ráfagas de calor profundo en mi estómago.

—¿Qué voy a hacer *yo contigo*, Luce? —soltó detrás de mí, su voz cuidadosamente controlada.

Las piezas del hombre que amaba se ajustaban de nuevo. El monstruo rabioso se retiraba hacia su jaula. —Ya que me tienes casi sin la parte de arriba, te dejaré llenar los espacios en blanco a esa pregunta —impliqué, arqueando una ceja mientras me volvía para mirarlo.

Sus ojos no se hallaban líquidos como usualmente cuando estábamos compartiendo o a punto de compartir un momento íntimo. Las comisuras de su boca no se curvaban en anticipación. Jude era firme en su control mirándome como si me hubiera comportado como una niña.

—No hagas eso de nuevo, Luce —dijo, doblando la cinta en sus manos antes de meterla en su bolsillo.

—¿Qué? —dije encogiéndome de hombros, fingiendo ignorancia. Estaba comenzando a sentirme un poco agresiva. No me gustaba ser tratada así, sobre todo por Jude.

—Ya sabes qué.

Podía sentir un ceño fruncido colocarse en mi rostro. —Ya que obviamente te he decepcionado, no me gustaría hacerlo de nuevo, así que, ¿por qué no sólo me lo dices?

Me maldije. La única cosa que resultaría de una pelea entre fuego con fuego serían unas desagradables quemaduras de primer grado. Jude y yo no necesitábamos que nuestra relación se complicara más, entonces ¿por qué aporreaba una puerta complicada?

Aspirando lentamente, fui testigo del esfuerzo que le tomaba quedarse tranquilo. Él hacía el esfuerzo de mantener esto de estallar en un combate de gritos —¿Por qué no yo?

—No dejes que otro hombre, hada, usando medias o no, te ayude a quitarte la ropa de nuevo —dijo, sus ojos entrecerrándose sólo lo suficiente para saber que algunas ardientes emociones se disparaban a través de él justo

ahora—. Si necesitas ayuda para quitarte incluso un calcetín, llámame, ¿entiendes? Ese es mi trabajo.

Súper. El posesivo, policía controlador estaba de vuelta en la ciudad. Parecía que en los últimos tiempos, quería tomar residencia permanente. Lo podía negar todo lo que quería, pero ser controlador implicaba que no confiaba en mí, y llámenme tonta, pero la confianza no era fundamental en una relación, era esencial.

—¿Lo entiendes, Luce? —dijo cuándo me quedé en silencio.

Dios, lo amaba. Demasiado para mi propio bien, pero no me darían órdenes. —No, Jude. No lo entiendo —le dije, a un paso de echar humo por la nariz—. Así que ¿por qué no vas a esperar afuera y dejar que asimile eso mientras termino de desvestirme? Sola —añadí antes de que pudiera abrir su boca para protestar. Porque si lo hacía, yo no sería capaz de decir que no.

Hizo una pausa, mirándome con indecisión escrita en su rostro. Finalmente, asintió. —Está bien —dijo—. Voy a estar afuera.

—¿Es porque así puedes asustar a cualquier otro chico que pueda ayudarme con mi traje, o sólo porque vas a esperar con paciencia y respeto por tu novia? —dije, dándome la vuelta y caminando hacia mi bolso.

El suspiro de Jude fue tan largo como lo era su tortura. —Ambas —dijo apenas en un susurro antes de cerrar la puerta detrás de él.

Tan pronto como se fue, lo sentí. Culpa. Remordimiento. Seguido por una potente dosis de arrepentimiento.

Yo sabía en lo que me metía cuando Jude y yo volvimos a estar juntos al comienzo del año. Lo hice voluntariamente con ojos abiertos; lo había hecho gustosamente.

Jude había pasado por más mierda que cualquier persona debía y junto con eso vinieron ciertas características que podían ser calificadas como menos que saladas.

Pero tú tomaste lo malo con lo bueno. Y cuando se trataba de Jude Ryder Jamieson, había un superávit de buenas cosas que siempre conseguía no necesariamente limpiar lo malo, pero hacer un trato justo. Si señalaba a quién estaba dañado, también podía girar el dedo alrededor, porque yo no era una inocente, flor sin defectos.

Esa era parte de la belleza de estar juntos. También era parte del problema.

Yo tenía casi tantos factores desencadenantes que marcaban mi temperamento y casi tantos fantasmas de mi pasado como los tenía Jude. Cuando su ira ardía, la mía respondía del mismo modo, y viceversa. El caso de los últimos dos minutos por ejemplo.

Luego, como siempre, la ira que había sentido hacia Jude se movía hacia

mí. Si me hubiera tomado el tiempo para ponerme en las Converse número doce de Jude, qué habría dicho o hecho si hubiera visto a alguna chica ayudándolo a quitarse su ropa.

Metiéndome en mi suéter, me di cuenta de que mi reacción no hubiera sido tan diferente de la suya. De hecho, mis garras podrían haber dado un golpe medio antes de que él pudiera abrir su boca para explicar. El viejo Jude, el que era pre-Lucy, habría pateado traseros primero y hecho preguntas después. El nuevo Jude, aunque aún no era un graduado del manejo de la ira, había manejado dejar que las palabras difundieran la situación. No sus puños.

Progreso. Progreso importante que él había hecho por mí. Y, ¿cómo se lo había recompensado?

Gritándole y sacándolo del vestuario.

Poniéndome el resto de mi ropa como si estuviera declarándole la guerra a ella, guardé mi traje en mi bolso al mismo tiempo que tiré de él por encima de mi hombro. No me molesté en soltar mi pelo fuera de este moño productor de dolor de cabeza. No me molesté en lavar las tres capas de profundo maquillaje cargado que cubría mi rostro.

Tenía que ir donde él. No podía hacerlo más rápido.

Lanzándome hacia el otro lado de la habitación, abrí la puerta.

Inclinándose contra la pared de enfrente, Jude estaba atormentado en todas las tonalidades. La emoción que se expresaba en su rostro era la misma emoción que me sofocaba.

Un lado de su boca se curvó hacia arriba mientras se frotaba la parte posterior de su cuello.

Dejando caer mi bolso, me lancé contra él, envolviendo mis dos brazos alrededor de él tan fuertemente que podía sentir cada una de sus costillas con fuerza contra mi pecho. No había un latido antes de que sus brazos cayeran alrededor de mí con la misma urgencia y tal vez incluso alivio.

—Lo siento —dije, inhalando al chico que, incluso su olor, exudaba una insinuación de problemas apenas enmascarada por una dulzura renuente.

Metiendo mi cabeza debajo de su barbilla, exhaló. —Yo también lo siento.

2

Traducido por Demoiselle & kass

Corregido por MaryJane♥

¿Por qué no me dices a dónde vamos? —le pregunté, presionándome con tanta fuerza contra Jude en el asiento de su vieja camioneta que cada centímetro de mi empujaba cada pulgada de él.

Sonrió en el oscuro camino por el que nos encontrábamos. Donde quiera que fuéramos, yo dudaba que hubiera comodidades modernas como el agua caliente y la recepción de teléfono celular.

—Porque estoy disfrutando de tus intentos de empujarme lejos —contestó él, mirando por encima de mí. Sus ojos destilaron alegría perversa.

Mi corazón cambió de saltar a detenerse.

Justo antes de que se reiniciara, como si estuviera tratando de tomar vuelo. —¿Es así?

Hizo un ruido de acuerdo, mojando sus labios.

Contra todo instinto que había sido derrocado por el deseo, me saqué el cinturón y me deslicé por el asiento hasta que estuve presionada de nuevo contra la ventana del lado del pasajero. —¿Sigues disfrutando?

Me miró, su cara llena de contemplación, justo antes de que llegara al otro lado de la silla para mí. —¿Dónde crees que vas? —preguntó, deslizando mi espalda en el asiento, pero no se detuvo ahí. Agarrando mi muslo derecho, lo levantó, moviendo mis caderas hasta que tuvo éxito girándome a la derecha, sobre su regazo. El camión no se detuvo, aceleró, haciendo a mi cuerpo vibrar encima de Jude.

—Creo que no voy a ninguna parte —susurré, entrelazando mis dedos detrás de su cuello, sintiendo la presión del volante contra mi espalda, sintiendo la firmeza de su cuerpo en todas partes.

Manteniendo un ojo en la carretera y el otro en el volante, le dio al resto de su cuerpo atención a mí. —Maldita sea, no lo harás —dijo, su boca curvada en una sonrisa que desapareció cuando mi boca cubrió la suya.

No fue exactamente un gemido, fue más profundo que eso, pero el sonido que salió de su pecho cuando mis labios se separaron de él y mi lengua se deslizó

en su boca fue todo Jude. No le prestaba mucha atención al camión, pero pensé que podría haber detectado otro aumento de velocidad.

Jude me devolvió el beso, igualando todos los movimientos de mi lengua y labios con uno de los suyos. Su mano libre se deslizó bajo mi suéter, alisando el plano de mi espalda. Su mano era cálida, ligeramente áspera de días pasados trabajando en el garaje y en el campo de futbol, y eran capaces.

El camión golpeó un bache particularmente desagradable, golpeando mis piernas con fuerza contra las suyas. Calor propagándose en el área entre mis piernas, y esta vez fui yo la que hizo un ruido que aún no había sido nombrado. La realidad de nosotros conduciendo por una oscura, carretera de grava de treinta a cuarenta kilómetros por hora no se registró conmigo cuando mis manos dejaron su cuello para tirar del dobladillo de mi suéter. Si él no iba a hacerlo, yo lo haría. Lanzando el suéter por encima de mi cabeza, lo tiré al otro lado del asiento.

—Luce —dijo Jude, su voz esforzándose para hacerme saber que hacía algo muy bien—. Estoy tratando de conducir aquí.

Él ponía un freno aquí muchas veces antes, metafóricamente hablando, no lo dejaría esta vez. Estaba plantando mi pie debajo de ese freno antes de que él pudiera golpear hacia abajo.

Moviendo mi boca justo en las afueras de su oreja, le susurré—: Yo también. —Justo antes de tomar el lóbulo de su oreja en mi boca, succionándolo suavemente.

Otro sonido se deslizó por su garganta, tan fuerte que hizo vibrar mi pecho. —El infierno con esto —dijo, no había vacilación o incertidumbre en su voz. Era tan firme y decidida como su cuerpo zumbando debajo del mío.

Con un simple movimiento de sus dedos, mi sostén chasqueó libre de mi espalda, deslizándose por mis brazos hasta que aterrizó en el suelo al lado del pie de Jude. Su boca cubrió la mía de nuevo, caliente e inflexible. Yo no podía respirar. No quería, si significaba no poder besar a Jude como me besaba ahora mismo. Como me podía hacer sentir su pasión, su amor, y su posesión en un beso era inexplicable. Pero pudo. El cuerpo de Jude expresaba sus sentimientos, la mayoría de veces, mejor que sus palabras.

—¿Un poco de ayuda? —sopló en el espacio de nuestras bocas. Su mano agarro la mía y la llevó hasta el botón superior de su camisa—. A menos que quieras que esto termine en el hospital, tengo que mantener una mano en el volante. —Sus palabras eran tensas, como si supiera como serían las mías si yo pudiera hablar en estos momentos—. Quiero sentirte contra mí, Luce —dijo, cuando mis dedos olvidaron en lo que se suponía que trabajaban.

Incluso con ambas manos torpemente sobre él, me tomó un largo beso para desprender el primer botón. Era agraciada en todos lados menos en la intimidad con Jude. Aquí, me convertía en una torpe, lío de nervios y extremidades. Decidiendo que iba a estar al otro lado de la línea de estado antes

de que terminara el trabajo, dejé de besarlo para concentrarme. Concentrarme un *poco* más.

La forma en que me miraba me hizo casi inútil. Las emociones que podía transmitir con sus ojos me confundieron, no importaba lo que yo trataba de hacer en ese momento.

—¿Estás seguro de que esto es seguro? —pregunte, forzándome a tomar una respiración controlada. Tuve que poner en mis pulmones tanto oxigeno como era posible antes de eso—. No es que realmente me importe, pero estoy segura de que estamos rompiendo casi todas las leyes de tránsito puestas en movimiento, y te hice hacer una especie de promesa para mantenerte por el buen camino. —Dos botones más libres, algunos más para irse.

Sonreí, eran las pequeñas cosas que me hacían feliz.

La sonrisa de Jude se igualó a la mía cuando nuestros ojos se encontraron por un instante. —Por supuesto que estás segura, Luce —prometió, un ojo volviendo a ponerse en la carretera—. Nunca te pondría en peligro. Nunca dejaría que nada te suceda —dijo, como si fuera un mantra—. Lo sabes. ¿Cierto? —Dale a Jude una simple pregunta y mira como la tuerce en algo que no es.

—Por supuesto que sí —dije, mirándolo antes de concentrarme en el siguiente botón. No dejaba que la dirección en la conversación me detuviera—. Sólo quería asegurarme. A horcajadas entre un conductor mientras se intentan desnudarse el uno al otro a cuarenta kilómetros por hora es la primera vez para mí. Solo quería obtener el sello de seguridad de aprobación antes de proceder.

—Espero que sea la primera vez —dijo, las graves líneas de su cara desvaneciéndose—. Y consideré tu seguridad con sello estampado. Conducía antes de masturbarme, Luce. Puedo controlar un vehículo mejor de lo que puedo controlarme a mí mismo.

—Cariño —dije, liberando el último botón derecho antes de tirar la camisa libre de sus pantalones—, tus palabras nunca fallan para hacerme querer desmayarme y retorcerme al mismo tiempo. —Sacando la camiseta de su cuerpo, deslicé mi pecho contra el suyo. Las partes blandas de mi cuerpo forjadas contra sus partes duras. La más ligera capa de sudor cubría su pecho, intercambiando con el brillo de la mía. Otro aumento de velocidad.

—No quiero decepcionarte, Luce —dijo, su mano libre apretándose alrededor de mi espalda, ajustando mi cuerpo contra el suyo como una llave deslizándose en una cerradura.

Esto fue lo más lejos que habíamos llegado desde la primavera pasada, justo antes de que nos graduáramos y descubriéramos nuestras familias y el pasado trágico tejido por ambas. Mi cuerpo olvidó como respirar, tuve que recordarme a mí misma como hacerlo.

—Nunca lo haces —le susurre a través de una sonrisa mientras mis manos se movían bajo los planos cortes de su estómago, instalándose en la costura de sus

vaqueros.

Ahora este botón, mis dedos lo lograron tirar libre en el espacio de una inhalación de sorpresa.

—Luce. —Hubo advertencia en su voz, pero también bienvenida.

Decidí escuchar la última.

Pellizcando la cremallera entre mi pulgar y mi dedo, la deslicé hacia abajo, dividiéndome entre el deseo de saborear el momento y esperando para dejar que me devore por completo. Listo con la cremallera, doblé el material de sus jeans hacia abajo y me deslicé sobre él, moviéndome por su cuerpo hasta que pude sentir su calor entre mis piernas.

Él gruñó, moviéndose por debajo de mí, haciéndome jadear en voz alta.

—Maldita sea —murmuró mientras ambos brazos se apretaban alrededor de la herida antes de que golpeara los frenos. Sus brazos me sostenían más firme de lo que cualquier cinturón de seguridad podría hacer.

—Pensé que podías manejarlo —dije sin aliento, sonriendo con la mirada.

Su pecho subía y bajaba con fuerza contra el mío, encontró mi sonrisa con una suya. —Me equivoqué.

Y luego su boca cubrió la mía, sus manos moldeando mi cara. Su cuerpo presionando el mío, inclinando mi espalda sobre el volante.

—¿Si? —modulé contra su boca inflexible. Era una pregunta formulada que no necesitaba ninguna explicación. Era una que yo había estado preguntando hace tiempo. Una que él nunca había acordado hasta esta noche.

Sentí su sonrisa contra mi boca mientras su lengua burlaba la mía por otro momento. Tomando mi cara tan firmemente como se podría y aun así sería considerado suavemente, su boca abandonó la mía, sus ojos tomando su lugar.

—Infierno, sí —respondió, su sonrisa una dicotomía de paz y conflictos.

Todos los músculos en mi cuerpo se tensaron con anticipación. Esto era todo. Finalmente. El hombre que se había acostado con más mujeres de las que quería saber finalmente se permitía dormir con su novia.

—¿Estás segura? —preguntó, mirando como si él fuera a reventar algo si respondía negativamente.

—He estado tan segura que he tomado la píldora la semana después de que volviéramos juntos —dije, deslizándome arriba y abajo sobre su regazo. El gimió otra vez, su cabeza cayendo hacia atrás contra el asiento—. ¿Estás seguro? —pregunte, moviéndome un poco más rápido para influir en su respuesta.

—Luce, he estado tan seguro que fui a hacerme pruebas y he estado teniendo esta goma en mi bolsillo desde el *día* que volvimos juntos —dijo, con una sonrisa del tipo que me torturaba.

Moldeando mis manos alrededor de su rostro, trazando la cicatriz que corría a lo largo de su mejilla con mi pulgar. Este hombre era todo lo que quería —en todas las maneras que una mujer podía querer a un hombre— y por fin, podía tenerlo en la última forma que no lo tenía.

—Te amo, Jude —dije. Porque eso era todo lo que quedaba por decir.

Las líneas de su frente subsanándose. —Y eso me hace el bastardo más afortunado en el mundo.

Le sonreí. —Ven aquí —le dije, sosteniendo su rostro mientras bajaba mi boca a la suya.

—Quiero saber cómo el bastardo más afortunado del mundo hace el amor.

—Sí señora —dijo, antes de colocar sus labios sobre los míos.

Sus manos acababan de encontrar el botón de mis jeans cuando un conjunto de deslumbrantes luces explotó en la cabina.

Gemí, cubriendo mis ojos con mi antebrazo cuando el conductor encendió las luces del camión.

—Mierda —maldijo Jude, mirando por encima de su hombro.

La puerta del camión explotó abierta, seguido de algunos hombres aullando y gritando.

—¿Esperando compañía? —suspiré, cubriéndome con mi otro brazo mientras hacía mi camino fuera de su regazo. Fue doloroso, separarme de lo-que-podría-haber-sido.

—No exactamente —respondió, doblándose a sí mismo por encima de mi regazo y agarrando mi suéter. Elevándolo sobre mi cabeza, me lo puso, tomando cada brazo por mí mientras metía cada brazo dentro. El suéter marcando lo que había pasado hace cinco minutos.

Jude acababa de levantar su cremallera cuando alguien se abalanzó contra la puerta del lado del conductor.

—¡Ryder, hombre! —gritó uno de los compañeros de Jude a través del cristal, evaluándonos—. ¿Conseguiste a esta hermosura? —Mirándome, el compañero de Jude movió las cejas—. Eres un bastardo con suerte.

Buscando mi camino, Jude me sonrió.

—Te lo dije.

***

Un fuego crepitaba en mis pies, las estrellas parpadearon por encima de mí, los brazos de Jude me abrazaron fuertemente contra él, y el sonido de un equipo de futbol de la universidad entera vomitando su camino a través de "Hey Jude" haciéndome de serenata.

—No puedo creer que esta gran noche que pensé que habías planeado para nosotros involucrara a más de cincuenta jugadores de futbol —le dije, inclinando mi cabeza hacia atrás contra el pecho de Jude para que pudiera ver mi expresión.

—Lo siento, cariño —dijo, besando las líneas de mi frente—. Pensé que tendríamos un par de horas para nosotros antes de que estos animales vinieran.

¿Un par de horas? Me habría conformado con, oh, unos quince minutos.

Un coro de eructos llegó a un final concluyente, el silencio temporal sólo se vio interrumpido por un coro de flatulencias. Gemí, cerrando mis ojos y apretándome la nariz.

—Hombre, esto es estúpido, Ryder. —Tony, el receptor abierto número uno de Jude, su voz inconfundible gritó al lado de la fogata—. Si yo tratara de ganar una chica de nuevo, no hay manera de que pusiera todo el esfuerzo para sobornar a su compañera de cuarto para llevarla a una fiesta para que pudiera darle una serenata de DJ con algunas tontas y viejas canciones acerca de profesarle mi amor eterno.

Abrí mis ojos para ofrecerle una mirada a través del fuego a Tony. Me encantaba el chico, su carácter infeccioso hacía imposible no hacerlo, la mayoría de los días. Este no era uno de esos días.

—Yo acabaría de subir a ella y estaría como "Oye, bebé. ¿Cómo va todo?" Ya sabes, ¿algo realmente suave como eso? —Tony me sonrió como el demonio.

—Tony —habló Jude, doblando su barbilla sobre mi hombro—, ¿Cuándo fue la última vez que tuviste a alguna de tus antiguas novias para tomar tu lamentable culo de nuevo?

La cara de Tony se arrugó en contemplación.

Encogiéndose de hombros, respondió—: Nunca.

—Exacto —dijo Jude, levantando su dedo medio a él.

Mis brazos estaban metidos y apretados en la manta en la que Jude me había envuelto antes, así que cuando bajó su dedo, le di un codazo. —Uno más por mí.

Tony recibió el dedo medio de Jude nuevamente, esta vez cortesía de Lucy Larson.

—Vamos, Lucy —dijo Tony mientras el resto de los jugadores se mecían en la risa, algunos pocos bañándolo en malvaviscos—. Tú sabes que pienso que eres la mierda. Sólo estoy celoso porque estás cerca de ser cinco veces demasiado buena para Ryder y quiero entrar en esos cinco-veces-demasiado-bueno-para-mí para beneficiarme, también.

—Tal vez si pararas de dejar caer la pelota y empezaras a conseguir entrar en la zona de anotación, podrías conseguir encontrar una chica que quiera

hacer más que correr sus manos por tus veinte pulgadas de bíceps —dije, inclinando mi cabeza.

Jude ahogó su risa en la manta. El resto del equipo, no tanto.

Elevando sus cejas hacia mí, Tony deslizó la manga de su camiseta hacia arriba, besando su grotescamente grande bíceps, y luego lo repitió en el otro.

—Deja de odiarme, Lucy. Jude va a agarrarnos si no dejas de ser tan obvia —dijo, agachando su cabeza cuando la botella de bebida deportiva de Jude pasó junto a él—. Y no hay necesidad de preocuparse de la zona de anotación mañana, nena. Haré a la zona de anotación mi perra.

—No voy a aguantar la respiración —contesté, incapaz de contener mi sonrisa cuando Tony continuo con su teatro. En un momento determinado, fue como ver a un hombre de circo de tres pistas. Y, toda broma a un lado, Tony era un infierno de receptor abierto. Juntos, él y Jude habían estado estableciendo récords que probablemente nunca podrían ser competidos.

—Esto es lo que no entiendo —dijo Tony, empujando al tipo al lado de él. El pateador número uno del equipo. Creo que su nombre era Kurt. O tal vez era Kirk. O Kent. Bueno, K algo—. En el departamento de apariencia, Ryder es un siete, tal vez un ocho —dijo, entrecerrando los ojos mientras inspeccionaba a Jude. Kurk o Kirk valoraba a Jude, frotándose la barbilla.

—Entonces eres un dos negativo, Tony —murmuré, realmente maldiciendo mi suerte por haberme quedado atrapada bromeando con un par de compañeros de Jude mientras que el resto hablaba y realizaba todo lo masculino que nunca debe ser conocido por las mujeres.

—Su personalidad es tan "no me importa" —continuó Tony, empujando al pateador cuyo nombre comenzaba con K—. ¿Por qué en todas las cosas injustas y poco razonables él siempre consigue que las buenas hagan cola frente a su puerta?

Jude se inclinó hacia delante. —Te puedo dar una explicación en ocho pasos, Rufello.

Tony y el pateador miraron a Jude, y luego el uno al otro, justo antes de que echen sus cabezas hacia atrás y estallen en carcajadas.

Jude se unió a ellos justo a la mitad.

Pero lo que dijo Tony necesitaba una pequeña aclaración. —¿Qué buenas hacen cola frente a la puerta de Jude? —pregunté, tratando de mantener serena mi voz.

La risa se Tony desapareció, sus ojos oscuros se alejaron tan pronto como aterrizaron en mí. El cuerpo de Jude se puso lo suficiente tenso a mí alrededor como para dar señales de que algo estaba fuera de lugar.

—Tú —dijo Tony, empujando sus manos hacia mí—. Tú eres una de las

"buenas" haciendo cola frente a su puerta

No, no me lo creo. Yo había visto a Tony cerca de las lágrimas la noche de su último año de escuela secundaria cuando su trofeo VIP se rompió a la mitad cuando un chico lo usó como bate de béisbol en una de las legendarias fiestas en su casa, e incluso entonces su sonrisa estaba casi presente. No había ni rastro de ella ahora, lo que significaba que Tony trabajaba para cubrir algo.

—Tú —repitió otra vez, cuando yo seguía reteniéndolo preso con mi mirada.

—Y Adriana Vix —agregó otro de los compañeros de equipo de Jude que se encontraba detrás de nosotros, sonando como si se conformaría con hacer el amor sólo con el nombre.

Ahora mi cuerpo se tensó, ya no estaba colocada alrededor de Jude. Me giré en mi asiento entre sus piernas, encontrándome con sus ojos.

Nada en ellos me dijo algo. Esa era, quizás, la peor manera en la que podían estar.

—¿Quién es Adriana Vix? —le pregunté, mi voz es la mezcla perfecta de ansiedad y enfado.

Las manos de Jude se colocaron en torno a mi cara, mirándome fijamente a los ojos. Era difícil respirar cuando me miraba así. —Nadie —respondió, sin alejar sus manos o dejar de mirarme a mí.

—¿Nadie? —gritó el chico desde atrás, tomando asiento junto a nosotros—. Tu definición de "nadie" debe ser chicas por las que un hombre se amputaría la mitad de su miembro para estar con ellas. Para estar con *una* —continúo el jugador cuyo nombre no recordaba, pero sabía que calentaba mucho el banquillo. Iba a seguir permaneciendo en el banquillo si no se metía la adoración por Adriana Vix donde el sol no brillara.

—Matt —advirtió Jude, finalmente dejando mi cara, pero sólo para envolverme entre sus brazos—. Cierra el pico.

—Tu chica fue la que preguntó —contestó levantando las manos—. Estaba respondiendo a una pregunta.

—Bueno, deja de exagerar —dijo Jude, aumentando su tono de voz, pero yo podía sentir que temblaba. Estaba a punto de desbordarse—. De hecho, ¿Por qué no dejas de hablar por el resto de la noche?

Matt asintió encogiéndose de hombros, tomando un trago de su cerveza. Si no fuera por el límite de cerveza del equipo durante las dos noches antes de un partido, podría descartar la adoración de Matt por "Adriana Vix" como las divagaciones de un borracho. Matt estaba sobrio cuando llegaron, lo que significaba que Adriana estaba tan caliente como insinuaba.

Girándome para así poder apoyar la espalda en el lado donde estaba la pierna doblada de Jude, encontré su mirada de nuevo. Llevaba su viejo gorro gris

esta noche, pero sólo porque hacía frío. Ya no se escondía tras él.

—¿A ella le gustas? —Un gran punto por hacer la pregunta con la menor emoción posible.

Se encogió de hombros. —Tal vez un poco —respondió, sus ojos nunca dejando los míos.

—¿Un poco? —gritó Tony a través de la hoguera donde sólo había unas pocas personas los cuales nos sonreían—. Gracias a Ryder la población masculina de Syracuse ha podido disfrutar aún más del gran busto de Adriana en la pantalla. Pensé que estaban a punto de salirse de ese pequeño vestido con el que ella apareció ayer. —Tony silbó entre dientes, sus ojos se nublaron con ensoñación—. Esa cosa magnifica está al acecho. Y tiene su vista puesta en tu chico, amor —dijo mirándome con un poco de lastima. Como si yo hubiese perdido el juego de Jude por defecto. Por defecto en mi apariencia.

—Dilo de nuevo Tony —advirtió Jude con la mandíbula apretada—, y lo único que voy a estar lanzando a tu cabeza de alfiler va a ser mi bota.

—¿Qué? —dijo Tony—. ¿Por estar diciendo la verdad sobre Adriana jadeando de calor para ti?

—No, imbécil —dijo Jude, notas de ira se deslizaban entre sus dientes—. Por llamar "amor" a mi chica. Ella es mía. Sólo yo la llamo así. No un insignificante pajero con una boca muy grande.

No se había ido. El territorial Rottweiler que Jude era cuando llegó a mí. Normalmente, me molestaba cuando él hablaba de mí como si yo fuera algo que pudiera ser de propiedad, pero ahora, después de oír hablar de la diosa y sus tetas, yo estaba bien con que él estuviera siendo territorial conmigo como él quería.

—Mi error —dijo Tony, levantándose y sacudiéndose el pantalón—. Dado que me parece que no puedo mantener mi boca cerrada, será mejor que me vaya a la cama antes de comerme un sándwich de nudillos en mi cara. —Me sonrió, pero sus ojos no se encontraron con los míos. En ellos había un poco de lastima hacia mí. Como si yo hubiera tenido ya mi tiempo y ahora éste llegaba a su fin. Iba a ser derrocada por Adriana Vix—. Lleven sus feos y peludos culos a la cama —gritó Tony a los rezagados que todavía miraban con los ojos entrecerrados en el fuego—. Tenemos unos cuantos culos que patear mañana.

Un coro de gruñidos y seguidos de chillidos ya que la mayoría de los chicos se levantaron y siguieron a Tony a sus respectivas tiendas o se lanzaron a través de las puertas traseras de sus camionetas. Esta noche no fue como me había imaginado que sería.

Jude y yo nos sentamos acurrucados en silencio durante un minuto, los dos mirando como el fuego se consumía, esperando a que el otro dijera algo primero.

—¿Te gusta ella? —susurré antes de que realmente lo hubiera pensado.

El suspiro de Jude fue largo e irritado. Era la primera vez que yo recordara que estuviera tranquila de que él estuviera irritado conmigo. Me giré así que quedé frente a él, pero todavía me encontraba entre sus piernas, él me niveló a mí con sus ojos oscuros.

—No —respondió—. No en la forma en que tu mente loca está pensando.

Él solo había previsto la forma en que la palabra loca llegaría a mi mente. —¿Y qué hay de la otra forma?

Vi las últimas sombras de las llamas del fuego que se consumían en el lado de la mejilla de Jude. —Ella está bien —respondió, levantando las cejas y esperando. Porque sabía lo suficiente sobre mí para saber lo que venía.

—¿Ella está bien? —repetí, con mi voz en aumento—. ¿Está bien como que me gustaría follar con ella en dos segundos en el piso si fuera soltero, o está bien ya que ella es sólo una chica?

Jude me había advertido meses atrás de no hacer preguntas si no quería respuestas honestas. Al instante me gustaría poder hacer mi pregunta de nuevo.

—Luce —dijo Jude, desplegando la manta ceñida a mí alrededor, agarrando mis manos cuando las dejó libres—, Eres mi chica. *La* chica. —Para unirse a las otras emociones de su rostro, un rastro de dolor también se reflejó en él—. Cuando veo a Adriana, o a cualquier otra chica, eso es todo lo que veo. Otra chica que no es *mi* chica. No las miro a ellas, Luce. Te miro a ti —continuó, con el ceño fruncido—. Sólo te he mirado a ti.

La preocupación que apretaba mi estómago comenzaba a desaparecer.

—¿Podrías por favor, por el amor de Dios, parar tu acto de chica paranoica?

Con Jude, cuando él estaba así, lo mejor que podías hacer era cesar y desistir. Yo lo sabía, pero nunca fue un consejo que seguí y no me gustaría empezar ahora.

—¿Algo así como cuando tú te comportaste como un chico paranoico con Thomas y yo hace un rato? —Si mis palabras no señalaron con hipocresía sus palabras, mi mirada ciertamente lo hizo.

Las palabras de Jude no salieron de su boca. Manteniéndola cerrada, con líneas en su frente mientras recostaba su espalda en un tronco. Sus ojos arrugados, con los ojos entrecerrados y sus dientes en el lado derecho de su mejilla. Esta era una de las nuevas expresiones de Jude que se había convertido cada vez más familiar últimamente. Era su mirada de contemplación, y que él había trabajado mucho en sustituir cuando su reacción inmediata era la ira.

Esperé dándole todo el tiempo y el espacio que necesitaba.

—Luce —dijo al fin con voz suave—, ¿Qué quieres que haga? —Hizo una pausa, esperando mi respuesta, pero no estaba segura de lo que hacía, así que

no hubo respuesta.

—Por favor, dime algo —continuó—. Dime lo que quieres que te diga, y lo haré, cuando se trata de Adriana o de cualquier otra chica que se meta en el camino, y lo voy a hacer. ¿Quieres que les dispare una bola de saliva entre sus ojos? Que así sea. ¿Quieres que les saque el dedo en cualquier momento en el cual se paren en mi camino? Ya lo tienes. ¿Quieres que me saque los ojos así no podré ver otra de sus sonrisas sugerentes de nuevo? —Se arrastró, la mitad de su cara aplastándonos juntos—. Bueno, eso sería un asco, pero me gustaría hacerlo. Para ti. —Acunando mi rostro entre sus manos de nuevo, se inclinó hacia adelante para que sus ojos miren a los míos desde medio metro de distancia—. Dime, nena. ¿Qué quieres que haga?

Yo no lo podía expresar con palabras porque cuando se lo pregunté a quemarropa, ni siquiera sabía lo que quería hacer ni que decir cuando se trataba de otras mujeres agitando sus tetas en el camino de Jude. Hombres como Jude no podían caminar por un cementerio sin ser golpeados sucesivamente. Entonces, ¿Qué quiero que haga cuándo llegue a la fuente interminable de chicas listas y dispuestas a tirarse en su cama en la primera oportunidad que tengan? ¿Quería que él fuera mezquino con ellas? Bueno, sí, algo así, pero mi parte salvadora del mundo se dio cuenta que esa no era la respuesta. Entonces, ¿cuál era?

Esa pregunta tendría que seguir sin respuesta porque no tenía otra cosa en mi mente.

Enlacé mis dedos con los suyos en donde calentaba mi rostro, me acerqué más hasta que no había el espacio de medio metro que nos mantenía separados. —Quiero que me lleves a la cama.

Estaba segura de que nunca había visto las arrugas de la cara de Jude desaparecer tan rápido. —Ahora eso, no sólo puedo hacerlo —respondió, agarrándome entre sus brazos antes de levantarse—, puedo hacerlo con una sonrisa.

Podría haberme reído si me lo hubiese permitido, pero un nombre todavía colgaba entre nosotros. No estaba preparada o en condiciones de presionar el botón de borrado en Adriana Vix tratando de poner sus garras en mi hombre.

—Espera hasta que eches un vistazo a la instalación que he hecho para nosotros —dijo Jude con voz suave mientras me cargaba a través de todo el campamento improvisado hacia su camioneta oxidada. Era tan oxidada que no se podía decir si había sido originalmente de color negro o gris o algún color entre ambos. Había conseguido el camión por casi nada a algún viejo campesino y había utilizado parte de sus ahorros que consiguió trabajando en el garaje para comprar las piezas que necesitaba. El interior del coche se hallaba en muy buen estado, pero a juzgar por el exterior, el camión parecía que necesitaba ser desechado.

Me encantaba que a Jude no le importara lo que los demás pensaban

pero sí lo que yo pensaba. Amé cuando dijo que lo que contaba era el interior. Yo sabía que había hablado de autos, de la camioneta específicamente, cuando lo había dicho, pero todavía consiguió ablandar mis rodillas.

Pasando a través de algunos de sus nuevos compañeros de equipo, equipando sus camionetas. Jude se detuvo en la parte posterior de la suya. Bajó la compuerta trasera con una mano, que chirrió al abrirse. —Su habitación para esta noche, señorita Larson —dijo con voz cantarina, señalando el colchón de aire y el montón de mantas y almohadas que recubrían la parte trasera de la camioneta. Incluso había puesto una chocolatina en mi almohada, al lado de una rosa blanca.

En la escuela secundaria había aprendido lo que los colores de las rosas querían decir, y como podías descifrar las intenciones del individuo, basándote en la que te había dado. Rosa quería decir que estaba enamorado de ti, amarillo quería decir que quería que fuésemos amigos, no podía contar el número de rosas amarillas abandonadas que había visto decorando el interior de los cubos de basura en la escuela secundaria, los pasillos de color rojo significaban que estaba enamorado y el blanco representaba pureza.

Es decir que sus intenciones eran puras.

Lo que significaba que no quería hacer todas las cosas que una chica imaginaba hacer en la parte trasera de una camioneta por la noche.

Malditas rosas blancas, todas a la mierda.

Pero incluso en mi momento de odio a las rosas blancas, creo que también me encantó. Tan pronto como pensé que tenía a Jude Ryder descubierto, él había ido y dejado una rosa blanca sobre mi almohada. En la cama que íbamos a compartir un par de horas después de que él hubiese accedido a tener relaciones sexuales conmigo en la cabina de su camioneta, pegada a su volante.

—Puedes ser bastante romántico cuando te lo propones —le dije mirándolo.

—No se lo digas a nadie —dijo, sentado conmigo en la puerta trasera. Se quejó por lo bajo de mí—. Sería arruinar mi reputación de cojonudo. Además, creo que las chicas se están poniendo en fila ahora… —Dio a entender y me dio una sonrisa de niño.

Le di un empujón en su pecho, esta reacción hizo que se riera.

Así que decidí hacer algo que no esperaba. Agarré con mis puños su chaqueta térmica y lo atraje hacia mí.

—Ven aquí —dije en voz baja, bajando mis ojos a su boca—. Déjame poner a las chicas en su lugar.

Sus labios se habían separado sólo con su inhalación de sorpresa cuando mi boca los cubrió, trabajando en ellos para separarlos. Sus manos se apoderaron de la carne por debajo de mis caderas, deslizándome hasta el borde de la puerta

del maletero, así que me moví a la derecha en su contra. En este punto de vista, nos quedamos ajustados perfectamente. El darme cuenta de esto me hizo darle un beso más, uniendo mis manos al juego de ser capaz de explorar rápido o lo suficientemente firme.

Podía oír el latido acelerado del corazón de Jude, Podía sentir como cada parte de él me quería. Pude ver la incertidumbre eclipsar sus ojos cuando mis piernas terminaron apretadas alrededor de su torso, frotándome en él. Podía sentir el conflicto tratando de apoderarse de su descuido, y yo quería pararlo en seco.

Agarrando el borde de su camiseta, se la rompí en su espalda al tratar de sacarla por encima de su cabeza.

Sólo para ser detenida antes de que yo la hubiese subido por su pecho.

—¿Sí? —le pregunté de nuevo, esta vez sabiendo la respuesta.

No se detuvo. —No —dijo con firmeza—. No así.

Gemí en voz tan alta que podría haber despertado a un par de chicos que se encontraban más cerca de nosotros. —¿No así como qué? ¿Caliente, apasionado, una noche ardiente aparte del sexo?

Jude sonrió tan ampliamente que la cicatriz de su mejilla se arrugó. Agarrando el portón trasero, trabajó en la regulación de su respiración.

—Eso suena bien —dijo, con la respiración casi normal. La mía no sería normal hasta por lo menos otros diez minutos—. Pero realmente no soy de la clase de persona que motiva a su chica a tener relaciones sexuales a causa de los celos por otra chica. Al menos no en nuestra primera vez —dijo, dándome un beso en la sien—. Después de eso, con mucho gusto me entretendré y soportaré cualquiera o todos los episodios de sexo duro, celoso o enfadado que quieras echar en mi camino.

Lo empujé de nuevo, resolviendo lo de esta noche en un giro casto. Pateé las botas, me deslicé de nuevo en el colchón de aire, colocando las mantas a mí alrededor.

Sin dejar de sonreírme, Jude se quitó sus botas y saltó dentro. El colchón de aire me pareció bien para recuperarme. Se colocó detrás de mí, con un brazo enrollado debajo de mí y el otro extendido por encima de mí, sosteniendo una rosa blanca.

Jude se rió en la parte de atrás de mi cuello.

Tomé la rosa y la tiré fuera de la camioneta.

3

Traducido por Amy

Corregido por Nats

Estaba lloviendo—más como torrencialmente. Al menos, eso es lo que pensé cuando me desperté. Entonces oí la risita ahogada y me di cuenta de que la razón por la que mi ropa y mantas se aferraban a mí empapadas no tenía nada que ver con la naturaleza.

Abrí los ojos cuando uno de los compañeros de Jude, que se cernía sobre nosotros por encima de la cabina, volcó un cubo de quince litros de agua sobre nosotros. Grité mientras los miembros del equipo de fútbol explotaban en risas alrededor de la camioneta de Jude. Eso fue, hasta que Jude se despertó, abalanzándose a por el primer hombre que se movió.

El jugador situado en su cabina, saltó de la camioneta antes de que Jude pudiera engancharse a alguno de sus tobillos, pero Jude se encontraba fuera de la cama y persiguiéndole un segundo más tarde. El pobre hombre no llegaría muy lejos.

—¿Por qué corres, Clay? —gritó Jude tras él, dejando un rastro de salpicaduras de agua—. ¡Ambos sabemos que soy un infierno mucho más rápido que tú!

Mirando a Jude cerrar la brecha entre él y Clay, retorcí mi cabello y eché las pesadas mantas a un lado. Chasquearon cuando chocaron contra la camioneta.

Me aseguré de que mi mirada apuntara a cada jugador alrededor, finalizando en Tony, que me sonreía de una manera infantil. Él ya fue perdonado antes de abrir su boca. —¿Qué? —dijo, como si no pudiera reaccionar—. Lo siento, Lucy. Pero no es justo que Ryder esté cálido acurrucado con tu fino trasero. Hemos tenido que igualar la balanza un poco.

Saliendo del colchón, me lancé sobre la puerta trasera. —La próxima vez que decidan "igualar la balanza" con Jude, ¿podrían por favor esperar hasta que esté fuera para tirar el cubo de agua? —Quería tomar una manta para envolverme, pero todas estaban empapadas—. Está helado aquí afuera. —Mi respiración se veía en el aire, por lo que me estremecí aún más.

La sonrisa de Tony se desvaneció un poco. —Ah, demonios, Lucy —dijo, quitándose la sudadera—. Somos unos bestias. Vivimos el momento y realmente no pensamos en las consecuencias de nuestras acciones. —Me la tiró como si

fuera una ofrenda de paz, con las cejas levantadas—. ¿Nos perdonas?

No en esta vida, habría sido mi respuesta si hubiera sido capaz de salir de la conversación. Odiaba un par de cosas más que estar congelada—un tratamiento sin Novocaína[2] por ejemplo.

Frunciéndole el ceño a Tony, así sabría que esto no le eximía de cualquiera que fuese su participación en la broma, agarré la sudadera en la que cabrían dos hombres de tamaño normal con espacio de sobra.

—Toma ese pedazo de mierda de nuevo. —Apareciendo detrás de mí, Jude agarró la sudadera de Tony de mis manos y se la arrojó en la cara—. La próxima vez que tú o alguno de ustedes, bastardos, le haga eso a mi chica otra vez, les patearé todo el cuerpo, ¿lo pillan? —gritó Jude, sus ojos barriendo a sus tranquilos compañeros en silencio.

Esperó hasta que el último de ellos asintió.

—Y tú —dijo Jude, adelantándose y señalando a Tony a la cara—, no vuelvas a tratar de darle a mi chica algo tuyo para que se lo ponga. —Sus músculos del cuello sobresalían como las aletas de un tiburón, estaba tan tenso—. O nunca más te lanzaré un balón, ¿entiendes?

Y yo pensaba que se había enojado por los litros de agua.

—Ryder —dijo Tony, levantando sus manos en señal de rendición.

Jude dio otro paso hacia él hasta que sus pechos chocaron. —¿Lo. Pillas?

Tony bajó la mirada retrocediendo. —Lo pillo.

—Bien —respondió Jude, volviéndose hacia mí. Su ira ya disuelta—. Consigamos algo de ropa seca —dijo, su voz baja y controlada.

Asentí. No sabía cómo podía enfurecerse y calmarse como si fuera un interruptor, pero era tanto un don como una maldición.

—Oye, Ryder —llamó uno de sus compañeros. Uno de los que estuvo en las afueras y no experimentó la dosis letal de la ira de Jude. Nadie en el círculo interior se dirigiría a él por un tiempo—. ¿Qué demonios le hiciste a Hopkins?

Jude me envolvió con su brazo, dirigiéndome hacia el lado del pasajero de su camioneta. —¡Encerrarlo en tu maletero, Palinski!

Cuando le miré fijamente, me dio su sonrisa ladeada.

—No lo hiciste —dije, sabiendo que lo hizo.

—Demonios, sí, lo hice —dijo, abriendo la puerta e inclinándose sobre el asiento para recuperar su bolsa de lona—. Y esa no es toda la venganza que sufrirá ese pequeño bastardo hoy.

—¿Quiero saber?

[2] Polvo blanco derivado de la cocaína que se utiliza como analgésico.

Revisando el contenido de su bolsa, sacó una camiseta negra de manga larga. —No. No quieres —respondió, dándomela—. Pero ya verás.

Teniendo la cálida y seca camiseta en mis manos, asentí. —Algo que esperar.

—Ryder —dijo Tony, aclarándose la garganta mientras caminaba alrededor de la camioneta. Sostenía su teléfono—. El entrenador acaba de llamar. Nos quiere una hora antes de lo habitual. Le dije que nos llevaría al menos otra regresar. Dijo que nos arrastráramos rápido. —Su cara era casi como una mueca, como si estuviera anticipando la reacción de Jude.

—Si el entrenador nos quería una hora más temprano, debería haberlo dicho antes —respondió Jude, sin mirarlo mientras seguía rebuscando otras cosas—. Tengo que conseguirle el desayuno a Luce antes de llevarla a nuestro lugar, por lo que el entrenador tendrá que esperar.

—¿Quieres que le diga al entrenador la razón por la que llegarás tarde? —preguntó Tony, nada antagónico al respecto, sólo una persona honesta haciendo una pregunta honesta.

—Demonios, dile —dijo Jude, agarrando mi cintura y levantándome—. Dile que mi chica está antes que el fútbol. Dile que el *desayuno* de mi chica está antes que el fútbol. —Girándose hacia Tony, le miró, esperando.

—¿Necesitas que lo escriba o crees que podrás manejarlo? —añadió Jude cuando Tony se quedó mirando.

—Nah —dijo finalmente, con una pequeña sonrisa—. Chica. Desayuno. Luego fútbol —recitó, golpeando su cabeza—. Creo que lo tengo.

Abrochando el cinturón, Jude cerró de golpe la puerta del pasajero y rodeó la camioneta. Deteniéndose fuera del lado del conductor, desgarró la húmeda térmica y la lanzó a los árboles. Abrió la puerta, se arrojó dentro, y arrancó la camioneta. Encendió los calefactores, centrando cada uno de ellos en mí. Había estado congelada, pero ahora me sentía toda pegajosa y cálida, a pesar de que el calor aún no llegaba. Todo por culpa de un reciente hombre sin camiseta, mojado y sonriendo a mi lado.

—¿Qué? —dijo, su sonrisa profundizándose mientras continuaba mirándole.

Deslizando los ojos por su cuerpo, terminé mi investigación en sus plateados ojos. Igualé su sonrisa. —Ahora esto es un buen espectáculo con el que levantarse.

***

Después de asegurarle a Jude que no necesitaba sentarme para el desayuno y que un sándwich de huevo y una taza de café serían más que

suficiente, nos detuvimos en la entrada de la casa que él y otros cinco chicos compartían. Si no fuese porque el hombre que amaba vivía allí dentro, no entraría. No estaba sucio, pero casi cerca de estarlo, y todo el lugar —no importaba si era por la mañana o por la tarde, fin de semana o entre semana— olía como a ropa sucia y sexo.

Nos tomó una hora y media regresar, después de que Jude insistiera en detenerse por comida y por cafeína, lo que significaba que ya se atrasaba media hora. Jude no era un jugador de cada día en la universidad, era más del tipo por el que los entrenadores rezaban los domingos, así que no estaría calentando banquillo. Pero tendría problemas. De una manera u otra.

—Te acompañaré —dijo, todavía sin camiseta y sonriendo. Tener que sentarme con este hombre durante noventa minutos, logrando mantener mis manos quietas, tendría que conseguirme alguna especie de medalla. Una grande.

—Tienes un partido que ganar —dije, besando la comisura elevada de su boca—. Conozco mi camino.

—Cuida tu paso. Creo que Ben hizo anoche una fiesta mientras no estábamos y ya sabes cómo son —dijo, tomando mi barbilla entre el pulgar y el índice. Se acercó, sus labios apenas rozando los míos antes de que terminaran en mi mandíbula. Bajando, sus dientes tocaron la piel sensible. Y el hombre seguía sin camiseta, así que podía presenciar cada músculo que se apretaba mientras su boca y manos continuaban explorándome.

Ignora la medalla, merecía el equivalente virtuoso del Premio Nobel de la Paz.

Temblé cuando su boca me dejó. Sin lugar a dudas temblaba como si estuviera experimentando retiradas.

Sabía que estaba siendo presumido. Jude amaba la forma en la que me hacía sentir y las respuestas que podía desencadenar de mí. Sin embargo, comenzaba a cansarme todo ese juego previo que luego no nos conducía a nada.

Alcanzando la manija de la puerta, exhalé, trabajando para recomponerme. —Te veo en un rato —dije, fallando en hacerlo—. Seré uno de esos cincuenta mil gritos, moviendo mis brazos en el aire y gritando tu nombre.

—Eres lo único que veo allí, Luce —dijo, mientras me escabullía por la puerta.

Me entregó mi bolso, apoyando su otro brazo encima del volante. Quería tomar una foto para congelar este momento. Podría mantenerme cálida durante las frías noches de invierno en Nueva York, cuando durmiera sola en mi cama.

—Sí, eres un poco lo único que veo allí, también —dije—. Pero es sobre todo por cómo se ve tu trasero en ese spandex[3].

[3] Telas elásticas y apretadas, como las calzas.

Resopló. —Y yo que pensaba que era el campeón mundial vigente de la deshumanización.

—Eras, Ryder —aclaré—, *eras* era el plazo operativo.

4

Traducido por macasolci

Corregido por Itxi

Al menos la ducha que Jude y Tony compartían estaba limpia. Al menos "limpia" según los estándares del bachillerato universitario.

Había llevado una media hora de agua hirviendo para lograr volverme a calentar. No podía recordar que una ducha se sintiera tan bien, especialmente sabiendo que era donde Jude estaba completamente desnudo un par de veces al día. Incluso me había encontrado cerrando los ojos, imaginando, mientras enjabonaba mi cuerpo con su gel de ducha.

Enrollando mi cabello en una toalla, me lavé los dientes y me deslicé en mis jeans y la sudadera de fútbol favorita de Jude de Syracuse. No había sido lavada, así que todavía olía a él. Afortunadamente, el buen tipo de olor —jabón y hombre— y no a cómo olía después del entrenamiento.

Me puse las botas antes de dejar el baño porque Jude no había exagerado, el cuarto era un desastre. El tipo de desastre por el que alguien consideraría llamar al equipo de materiales peligrosos. Había tenido que esquivar obstáculos como botellas de cerveza, recortes de cartones de mujeres en bikinis en el suelo, y un par de bóxer arrugados para llegar a la habitación de Jude más temprano. Lo único que hacía su habitación más limpia que la del resto de la casa era la falta de figuras de cartón de mujeres decorando el suelo.

Cerrando la puerta del baño detrás de mí, di un paso atrás para meterme en la habitación de Jude, deteniéndome en seco casi inmediatamente. Esta no era la misma habitación que había dejado treinta minutos atrás. Tuve que comprobar dos veces la foto de nosotros dos que él tenía decorando su cómoda para asegurarme de que esta era, de verdad, la habitación de Jude.

El cuarto se hallaba limpio, casi brillantemente limpio. La cama estaba hecha, las esquinas incluso habían sido estiradas y dobladas. No había ningún artículo de ropa decorando la alfombra ni ninguna superficie plana como lo había habido antes. El desastre se había ido, pero había sido intercambiado por algo casi igual de ofensivo, en mi opinión.

Papel crepe naranja y blanco giraba desde el ventilador de techo hacia las esquinas de la habitación. Posters de cartulina de tamaño humano con purpurina naranja con el número 17, Vamos Ryder, o Syracuse #1 estaban colgados, al

menos tres sobre una pared. Alguien había llamado a la policía rah-rah[4] para Jude y él iba a estar enojado por encima del arco iris cuando lo viera.

Caminando tentativamente a través de la habitación que no reconocía, abrí el primer cajón de mi tocador y volví a meter la bolsa de aseo en el interior. Jude y yo tratábamos de pasar los fines de semana con el otro, así que yo estaba allí de vez en cuando. En lugar de sólo dejarme simplemente un cajón para mis cosas, él había ido y había comprado una cómoda entera sólo para mi uso. El gesto me había dejado extrañamente sin palabras.

Deslizando el cajón para cerrarlo, hice una nueva investigación de la habitación. La foto nuestra llamó mi atención otra vez. Acercándome unos pasos, entendí por qué. Una línea diagonal hecha añicos la atravesaba, cortando a Jude de mí casi perfectamente. Levantando la mano, pasé un dedo por la línea, suprimiendo el temblor.

—Perdón por eso.

Me sorprendí, la foto se cayó de mis manos y dio volteretas desde la esquina de la mesita de noche de Jude. El vidrio se fracturó una vez más, pero no se rompió.

De seguro lloraría si seguía mirando la foto fracturada a mis pies, así que me di la vuelta. Sólo para desear haberme quedado mirando una eternidad más a ese vidrio roto.

—Accidentalmente la tiré más temprano cuando limpiaba —dijo la alta, delgada chica en uniforme de porrista naranja y blanco, deslizándose alrededor de la habitación de Jude, sin mirarme.

—¿Quién eres? —pregunté innecesariamente, cruzándome de brazos. Ya lo sabía.

—Adriana —dijo, ofreciendo nada más mientras llevaba un cesto rebosante de ropa doblada hacia la cómoda de Jude—. Ya sabes, no se le permite la entrada a nadie en la habitación del jugador antes del juego, excepto por su Hermana Espiritual —dijo, abriendo el primer cajón de la cómoda antes de comenzar a meter la ropa interior de Jude dentro.

Dos emociones me golpearon en ese momento, viendo a Adriana Vix, una chica que era el doble de alta y linda que yo, manoseando toda la ropa interior limpia de mi novio mientras la ordenaba. Hubo ira, pura y cruda, como la que Jude sentía.

Hubo algo que apretó mi garganta y mi corazón fuerte, sintiéndose como si ambos se fueran a romper.

—Soy su novia —respondí, intentando dejar que hablara la ira—. Se me permite la entrada cuando quiera. Puedes verlo —señalé a los carteles—, por el

[4] Sonido que hacen las porristas/animadoras.

número 17 si no me crees. ¿Y qué demonios es una Hermana Espiritual? Además de lo obvio —terminé, evaluándola antes de arrugar la nariz.

Su piel era color cobre, su cabello oscuro, y tenía unos ojos verde musgo que casi resplandecían en contraste con su oscura piel. Sus piernas eran tan largas que la falda del uniforme parecía más bien un par de bragas que una falda, y tal como Tony había dicho ardientemente, tenía enormes tetas. Y aparentemente no tenía problemas en dejar que el mundo conociera esas tetas, a un nivel de no dejar nada a la imaginación.

—Cada porrista es asignada a uno de los jugadores de fútbol. Uno de los jugadores de mayor rendimiento, porque nosotras no somos suficientes para cubrirlos a todos ellos, y de todas formas, ¿cuál es el punto de atender a alguien en el banco? —explicó, cerrando el cajón de Jude y moviéndose al que le seguía. Dobló y presionó camisetas en aquel, incluso con un código de color.

—Soy la capitana de mi equipo, y Jude es la estrella del suyo. Éramos una combinación obvia —dijo, sonriendo a las camisetas limpias de Jude.

Era impresionante lo atrayente que lucía arrancarle a esta chica los mechones salidos de su brillante cabello oscuro. Incluso reconocí que habría consecuencias, posiblemente incluso una noche en la cárcel. Y no me importaba.

—Obviamente —dije sin expresión, estrechando mis ojos mientras ella pasaba al siguiente cajón, guardando los tres únicos pares de pantalones que tenía Jude—. ¿Entonces qué? ¿Como Hermana Espiritual consigues limpiar sus cuartos, lavarles la ropa, prepararle los brownies, ese tipo de mierda de ama de casa de los 50? —Ah, allí estaba. Ese genio que necesitaba elevar para no atragantarme las palabras en frente de esta exótica Barbie.

Dándose la vuelta, dejó caer el cesto de la ropa vacío al suelo.

—Y cualquier otra necesidad de la que puedan llegar a querer ocuparse —dijo, su sonrisa contando toda la historia.

Sentí que mis puños se cerraban, preparándose para el impacto. Aún no me había metido en una pelea de gatas, pero estaba segura de que una se aproximaba con fuerza.

—Escucha, ¿Adriana, cierto? —dije, rodeando los pies de la cama de Jude, parándome tan alta como era. Ella aun así se alzaba unos quince centímetros encima de mí—. Sé a qué estás jugando. Lo he visto un millón de veces diferentes y en un millón de maneras diferentes. Pero déjame ahorrarte el suspenso sobre el resultado de este pequeño juego que estás tratando de manipular.

Di otro paso más cerca, cruzándome de brazos porque no confiaba en ellos para que dejaran de pensar por su propia voluntad y dejaran un puñetazo justo en medio de esos lindos ojos verdes.

—Perderás. Jude está conmigo y yo estoy con Jude. Fin. Puedes preguntarle

si necesitas más explicaciones.

Los labios de Adriana se fruncieron por un momento antes de que se aplanaran de nuevo en esa sonrisa de cera.

—No le lavas la ropa, no limpias su habitación, todos sabemos que no te abres de piernas, así que ¿qué bien eres para él? Un hombre tiene necesidades. Puede que él sea tuyo hoy. ¿Pero qué hay de mañana? —Se apoyó en el tocador, sus dedos jugando con la esquina. No quería que sus dedos pasaran así por encima de ninguna de las cosas de Jude.

—Muy bien, déjame poner esto en términos de gente estúpida —dije, juntando mis dedos debajo de mi barbilla—. Mantente alejada de Jude o yo, figurativa y literalmente, patearé tu trasero. Con una sonrisa —agregué, luciendo una.

Arqueando un par de las cejas más meticulosamente esculpidas que había visto, Adriana chasqueó la lengua.

—¿Quieres saber qué le pasó a la última chica que se metió en mi camino?

No, en realidad, pero no me pude resistir.

—¿Qué?

Se encogió de hombros, deslizándose a través de la habitación hacia la puerta en esas piernas malditamente interminables.

—No lo sé. Jamás escuché nada de ella otra vez después de conseguir a su hombre —dijo, mirando de vuelta hacia mí—. Se ahogó en mi estela. Será mejor que sepas nadar si vas a ir en mi contra.

Esta perra tenía suerte de que la estuviera dejando ir en una pieza.

—Como un maldito pez.

Para cuando había hecho mi camino a través de miles de aficionados para llegar al asiento guardado para mí en cada partido local, mi ira y el odio hacia Adriana no se habían atenuado ni en lo más mínimo. Sabía que de meterme con la Señorita Vix, esa pelea de gatas que me había evitado durante dieciocho años llegaría a su punto crítico.

Haciéndome a un lado en la primera fila, equilibrando cuidadosamente mis palomitas y mi chocolate caliente, encontré un rostro familiar en el asiento de al lado del mío, en el centro y al frente.

—¡Oye, tú! —gritó Holly por encima de la multitud hacia mí, agarrando las palomitas que tenía así podía sentarme.

—No creí que pudieras venir —respondí, dándole un abrazo de costado antes de tomar mi asiento. Syracuse todavía tenía que salir al campo, pero estábamos a segundos de eso, a juzgar por el volumen rompe-tímpanos en el estadio. Jude delante de su equipo saliendo a la cancha para adoración de miles, en esa camiseta de lycra formando y resaltando los músculos de él que

merecían ser resaltados... Bueno, era una vista que jamás me querría perder.

Manteniendo mis ojos fijos en el túnel por el que salía el equipo local, le di un codazo en la pierna a Holly.

—¿Tu mamá estuvo de acuerdo en cuidar al pequeño Jude por una noche?

—Me tomó algo de convencimiento creativo, y tuve que acceder a hacerle mechitas más claras en el cabello por un año, pero sí, estuvo de acuerdo. Además, tuve que hacerle la permanente como a doce cabezas de cabello de anciana en el hogar de la ciudad para pagar el billete de avión —dijo Holly, arrojando una palomita de maíz en su boca—. Esta es mi primera noche afuera, y a juzgar por la falta de entusiasmo de mamá de cuidar de su único nieto, será probablemente la última en un tiempo, así que esta noche me voy a soltar el cabello, chica. —Pasándose los dedos por el pelo, Holly lo desordenó, luego echó la cabeza hacia adelante, dándole una sacudida bulliciosa—. Advertencia justa —agregó cuando tiró la cabeza de vuelta hacia atrás. Su largo cabello rubio había ganado dos centímetros y medio de altura.

—Sólo asegúrate de usar un condón esta vez —dije, sonriéndole de lado—. Y no te arrastres hacia nada que se parezca a Sawyer Diamond.

—No es divertido —dijo, apartando mi brazo.

—¿Cómo está el señor Diamond? —pregunté, sin importarme, pero suponiendo que ella tenía la primicia ya que vivíamos en una ciudad donde todos conocían los asuntos de los demás.

—No lo sé. No me importa —respondió—. Sin embargo, encuentro una gran satisfacción cuando descubro que cada vez que uno de sus amigos disfruta de un buen pedazo de culo, él está teniendo suerte con nada más que el lado suave de su mano.

Reí, extendiendo mi chocolate caliente. Ella lo tomó, lanzando una sonrisa hacia mí.

Luego de enterarme que no era el amor de Jude y madre de su hijo, fui capaz de mirar a Holly con una luz neutra. Y había comenzado a gustarme. Mucho. Nuestro aspecto no era lo único que se parecía entre nosotras dos, nuestras personalidades eran tan parecidas que ella a menudo decía lo mismo que yo iba a decir. Sólo que Holly era más valiente lanzándolo. Mientras que yo era demasiado cobarde para actuar, Holly lo hacía sin pensarlo dos veces.

Era un rasgo que yo quería afilar.

El equipo visitante salió de su túnel, siendo bienvenido por un abucheo y bromas de casi todo el estadio. Holly incluso se les unió, lanzando unas cuantas palomitas hacia el campo.

Y luego las banderas naranjas y blancas, seguidas por un conjunto de animadoras que yo odiaba, partiendo de la base, dando volteretas de espaldas y

patadas al aire, resurgieron del túnel local. No necesité consultar el número en su pecho para identificarlo cuando salió corriendo del túnel. Jude tenía una marca particular de pavoneo, incluso cuando corría, que sería capaz de identificar dentro de cincuenta años.

—Juro que ese hombre se pavonea mientras duerme —le grité a Holly.

—Sí, pero el pavoneo de Jude es justificado, no manipulado. Se mueve con ese contoneo porque sabe cómo hacer que una mujer tire su cabeza hacia atrás en la cama. Y lo sabe —dijo, devolviéndome el chocolate caliente.

—Sí, lo hace —murmuré perdida en el mar de ruidos.

El estadio se volvió salvaje, gritando, cantando y haciendo reverencias mientras que su héroe dirigía al equipo al campo. En apenas dos meses de juego universitario, Jude ya se había convertido en una leyenda. Jugaba a un nivel completamente diferente que el resto de los chicos universitarios. Jugaba como si fuese un dios. Y sus fanáticos lo adoraban en consecuencia.

Disparándome de mi asiento, llevando a Holly conmigo, salté, silbé y grité lo mejor que pude. Tanto, que ya me sentía ronca cuando Jude tomó su lugar en la zona lateral del campo, justo en mi línea de visión. El entrenador hablaba con él, pero Jude miraba hacia atrás, sus ojos encontrándome de inmediato. Los beneficios de guardar el asiento de en frente y al centro para tu novia, supuse. Saludó con la mano a Holly, luego me guiñó un ojo a mí, lo que respondí con un beso al aire. La sonrisa separó la barra de su casco antes de volver su atención al entrenador.

—Ese hombre tiene un trasero digno de una mirada de "necesita ser agarrado de un puñado" —dijo Holly, echándole una mirada soñadora al trasero de Jude. Me habría puesto celosa si hubiera sido cualquier otra persona en lugar de la mejor amiga de la infancia de Jude. Holly, y sólo Holly, podía hacer una observación honesta sobre el trasero de Jude sin que yo me pusiera en novia celosa con ella.

—Quiero decir, eso es algo a lo que una chica podría aferrarse en la cama —agregó Holly, masticando una palomita de maíz.

Un destello de calor enrojeció mis mejillas, asignándole una imagen a esa declaración.

Como si pudiera sentir nuestros ojos devorando su parte trasera, Jude se llevó el brazo hacia atrás y se dio un manotazo en el trasero, lanzándome una rápida sonrisa por encima del hombro antes de acurrucarse con algunos de sus titulares.

Jude Ryder era cruel en todas las formas.

—Entonces —comenzó Holly, codeando mi lado—. ¿Ustedes dos...?

La miré de lado.

—Eso fue un firme no —murmuró, escondiendo su sonrisa detrás de la taza de chocolate caliente.

Observé mientras Jude y los chicos se metían en el campo después del primer saque. El nombre del número 23 llamó mi atención. Donde había estado estampado "Hopkins" en su camiseta durante toda la temporada, esta noche tenía la palabra "Idiota" escrita en rotulador negro en un pedazo de cinta adhesiva. Jude se tomó su venganza en serio.

—Bueno, no ha sido por falta de esfuerzo —dije, dándome la vuelta en mi asiento para enfrentar a Holly. Me sentía cómoda hablando con Holly sobre la aparente incapacidad de Jude de dormir conmigo porque Holly era el ejemplo de no juzgar. Dudaba que ella hubiera levantado una ceja si yo hubiera divulgado que tenía una especie de fetiche de succionar pies—. Por mi parte, al menos —añadí.

—Sabes que no es porque él no quiere hacerlo, ¿verdad? —dijo, mirándome—. Porque el hombre te desea tanto que está a punto de explotar en sus pantalones. Sólo está malditamente empeñado en hacer todo esto bien contigo. No quiere arruinar nada, y si eres Jude, crees que arruinarlo está en tu naturaleza. —Hizo una pausa, mordisqueando una palomita mientras Jude se alineaba detrás de su línea ofensiva. Salté al nivel del resto de los aficionados—. Sólo dale algo más de tiempo.

—Mucho tiempo más, y voy a estallar y luego, si está bien o mal dormir conmigo, no importará —respondí, manteniendo el aliento cuando Jude se agachó en posición.

—Cariño, conozco el sentimiento —dijo Holly—. Esta yegua ha estado saliendo a pastorear en primavera desde antes del pequeño Jude.

—Dios, Holly —dije, casi ahogándome con mi grano de palomita de maíz, pero luego el central elevó el balón y me congelé. Jude amagó hacia un lado, luego el otro, arqueando el balón mientras Tony cargaba contra el campo. El brazo de Jude se puso borroso, la pelota se arqueó en una espiral de digna alabanza, enumerando las yardas hasta que aterrizó en los brazos acunados de Tony en la décimo quinta yarda.

La multitud estalló, los pompones se sacudieron, las manos rebotaron, los fanáticos cantaron; era más intenso que cualquier concierto de rock al que había ido.

—¡Maldita sea! —me gritó Holly, después de silbar entre dientes—. Ese chico no está allí afuera sólo por un dulce trasero.

—Puede jugar —dije, sin hacer hincapié adecuadamente—. Dulce trasero es sólo un título honorario.

Holly lanzó otro comentario, pero Jude estaba de vuelta en posición y yo apagué todo lo demás. Esta vez, tan pronto como Jude atrapó la pelota, echó a correr. Esquivando un par de jugadores que se deslizaban por su camino, se abrió

paso más allá de la décimo quinta, y luego las últimas pocas yardas quedaron abiertas.

Y estábamos en el marcador con seis puntos a menos de un minuto de juego. Sabía que no había ninguna J en la palabra equipo, pero esos puntos eran casi todos gracias al número 17, Jude Ryder.

Agarrando la barandilla en frente de mí, salté, gritando hacia el campo. Holly estaba gritando también, a pesar de que el suyo estaba interrumpido por un "dulce trasero" cada pocas palabras.

Jude dejó caer el balón en la zona final, habiendo ya abandonado hacía mucho tiempo la teatralidad de anotar un touchdown después de su primer partido. Algo acerca de meter la bola en la zona final de una a dos veces por partido, hacía parecer las teatralidades un poco deslucidas.

Sin embargo, había una tradición de apertura de touchdown que él no había dejado morir. Yo ya me inclinaba por encima de la barandilla antes de que él corriera más allá de la décima yarda. Se sentía como si la mitad de los ojos del estadio estuvieran en mí, porque si alguno de ellos había ido a algún partido, sabían por qué Jude Ryder estaba sacándose del casco y a quién le sonreía.

Jamás había sido de las que hacen escenas o de las que participan en demostraciones públicas de afecto, pero cuando se trataba de Jude, lo llevaría a donde quiera que él se ofreciera a ir. Sin importar si estábamos solos o en el medio de miles de aficionados enloquecidos. Cuando nos mirábamos el uno al otro de la manera en que lo estábamos haciendo ahora, todo se desvanecía en el olvido.

Abriéndose paso entre sus compañeros que le daban palmadas en la espalda mientras pasaba, dejó caer su casco antes de saltar en el aire. Sus manos atraparon la barra superior de la primera fila y, colgándose de lado de la barandilla igual que un levantamiento de barbilla, se impulsó.

Inclinándome más, le sonreí a su rostro perlado de sudor.

—Presume —susurré, tan cerca que casi podía saborear la sal de su piel.

Su sonrisa se curvó aún más.

—Ven aquí —ordenó, sus ojos cayendo a mis labios.

Dejando caer mi boca a la suya, probé el salado sudor de su piel. Y luego lo besé. La multitud estalló de nuevo, amando el show que su estrella mariscal de campo les daba. Pero no lo hacíamos por ellos. Esto, lo hacíamos por nosotros. Todo lo que hacíamos como pareja lo hacíamos por nosotros.

No me dejó alejarme cuando me moví. En su lugar, de algunas manera se las arregló para sostenerse con una mano mientras que con la otra agarraba la parte trasera de mi nuca y me acercaba de vuelta a él. Me besó aún más fuerte, así no podía respirar, y el estadio estaba girando y, como esperé, todo excepto

Jude se desvaneció. Me había perdido total y completamente en él.

Luego, inclinándose hacia atrás, presionó un último beso dulce en mis labios.

—Dios mío, Luce —respiró, el calor de éste recubriendo mi rostro—, ¿cómo se supone que un hombre se concentre en el fútbol después de esto?

—Buena suerte con eso —respondí, mi voz tan escalonada como supuse que lo estaría.

—Será mejor que haya más de donde vinieron esos después del partido —dijo, mostrando una sonrisa mientras se bajaba.

—Muchos —le grité.

—¡Ryder! —gritó el entrenador en jefe por encima del ruido—. Seguro que sé como el infierno que no te importa hacer el ridículo por ti mismo, ¡pero deja de hacer el ridículo por mí y el resto del equipo! ¡Tranquiliza tu polla y enfócate!

Jude rodó los ojos hacia mí antes de darse la vuelta y dirigirse a la zona lateral del campo.

—¡Me alegro de verte también, Jude! —gritó Holly, cruzándose de brazos y luciendo positivamente molesta.

Dándose la vuelta, Jude extendió los brazos.

—¡Sabes que te quiero, Hol!

—Sí, sí —murmuró ella, haciendo un ademán de despedida.

Y luego una diosa de bronce se puso en el camino de Jude, con las manos en las caderas y dándole una mirada que me hizo poner muy furiosa otra vez. Dijo algo, pero no pude escuchar qué. Aunque de haber sido lectora de labios, estaría echándome por encima de la baranda y golpeando esa sugestiva sonrisita hasta sacarla de su rostro.

Jude asintió en reconocimiento, agachándose para recuperar su casco. Adriana se movió más rápido, tomando el casco y sacándolo de su alcance. Jude lo intentó alcanzar, pero ella lo esquivó, levantándose más alto. El rostro de Jude no estaba divertido, y el mío estaba enfurecido. Esta chica recurría a la táctica de juegos infantiles para atraer la atención de un chico. Era débil. Y patético.

Volviendo a estirarse para alcanzarlo, Adriana lo esquivó, sosteniéndolo lejos de las manos de Jude. Él se detuvo, con las manos en las caderas, y dejó escapar un suspiro. Parecía como si dijera por favor, a lo cual ella sacudió su cabeza. Luego, sus ojos aterrizaron en mí antes de tocarse la mejilla con el dedo. Ella esperó, sosteniendo su casco lejos de él, asegurándose de que yo la miraba. Lo estaba.

Así que cuando Jude se inclinó y le dio un beso en la mejilla, ella pudo ver la tormenta que nubló mi rostro. Bajando el casco, se lo devolvió, pero no antes

de levantar una ceja hacia mí y poner una sonrisa victoriosa en su lugar.

—¿Quién es esa perra? —dijo Holly, sonando tan furiosa como yo lo estaba.

Ceñuda hacia ella a pesar de que ya se había dado la vuelta y se había reunido con el resto de las Hermanas Espirituales, planeé mi venganza.

—Está a punto de ser una perra muerta.

5

Traducido por Jo

Corregido por LadyPandora

Ponte esto —me ordenó Holly, lanzando un fajo de ropa roja en mi camino. Deteniéndola antes de que cayera como un paracaídas en mi rostro, la sostuve frente a mí. Era un vestido sin tirantes, ajustado y hasta la rodilla.

—¿Por qué? —pregunté. Para un hombre, esto se consideraba ardiente. Para una mujer, vulgar.

—Porque vas a derrotar a esa perra Vix en su propio terreno —comentó despectivamente, desdoblando un vestido blanco con escote halter[5] que era considerablemente más corto que el mío.

—La perra Vix —repetí mientras deslizaba la camiseta de Jude por mi cabeza—. Queda bien.

—Eso es porque sus ancestros fueron las musas para el término.

Reí entre dientes mientras luchaba por quitarme los ajustados pantalones. Estaba agradecida de que Holly estuviera aquí. Sostuvo mi mano a través del resto del partido que Syracuse ganó, gracias a que Jude Ryder pasó un total de siete pases a la zona de anotación en un partido. Entre buscar huecos por la espalda de Adriana y gritar todo lo que daban de sí mis pulmones después de cada pase completado que Jude lanzaba, estaba echa polvo y exhausta.

—¿Qué hora es? —pregunté mientras Holly le enviaba mensajes a alguien desde su teléfono.

—La hora de que metas tu culo en ese vestido y le enseñes a la perra Vix que la venganza es un plato que se sirve mejor con el lado impresionante de Lucy.

Suspiré y me metí en el vestido.

—Tan sólo date prisa, ¿bien? La calle ya está llena de autos aparcados y el equipo llegará pronto. Vas a querer estar ahí abajo cuando Jude entre porque con eso vas a ser lo único que vea —dijo Holly, arrastrándose fuera de su ropa y deslizándose en el vestido blanco.

[5] **Halter:** Escote que deja al descubierto los brazos, los hombros y la espalda. Se abrocha por la parte posterior del cuello. Es muy adecuado para las mujeres con buena figura y ayuda a disimular el busto generoso.

Era una tradición del equipo que la casa de Jude fuera la anfitriona de las fiestas después de los partidos. Nunca faltaban ni mujeres ni alcohol y las inhibiciones estaban siempre en bajas medidas, así que podía y sería un momento salvaje para todos. En la última fiesta que el equipo había tenido aquí hace unas semanas, Jude y yo sólo nos habíamos escondido en su oscura habitación, acariciándonos mutuamente. Estaría más que conforme con repetir eso.

Atando el halter detrás de su cuello, Holly lanzó una bolsa de cosméticos en la cama de Jude y comenzó a revolver el contenido. Tomando un par de tubos, se acercó a mí, blandiéndolos como si fueran armas.

—Quédate quieta —ordenó, destapando lo que supuse que era delineador negro.

—Maquíllame —disparé, sabiendo que discutir con Holly era inútil.

—No creas que no lo haré.

Rindiéndome con un suspiro, cerré los ojos y dejé que se saliera con la suya. La chica me delineó los ojos y puso rímel en un minuto. Tenía un don.

—¿Qué numero de zapato usas? —preguntó, llevándome a su maleta mientras juntaba mis labios.

—Siete y medio.

—Ah, perfecto. —Sacando un par de zapatos negros de cuero de su bolso, los lanzó a mis pies en el suelo.

Intenté meter mi pie en uno, pero no daba. Mirando a la talla de debajo, entendí por qué.

—Estos son del seis —dije, preguntándome si mis botas o pies desnudos serían la mejor opción.

—¿Y? —dijo, pintando sus labios con un brillo rosa coral.

¿Por qué esto no tenía sentido?

—Pues que es una talla y media más pequeño. —Aquí tiene, se lo explicaré más claro.

—El dolor es belleza, cariño —dijo, sacando un par de tacones de tiras plateados de su bolso y poniéndoselos—. Ponte estos taconazos y funcionará.

—¿Podría discutírtelo? —pregunté, presionando mis dientes mientras metía mi primer pie en el zapato pequeño, rezando para que unas pocas horas de usarlos esta noche no afectaran a mi manera de bailar durante unas semanas.

—Podrías —dijo, lanzando su cabeza hacia delante de nuevo y siguió atando las tiras—. Pero sería perder el tiempo.

—Me lo imaginaba —murmuré, fortaleciéndome mientras deslizaba el otro pie en el último zapato.

—Bien, deja que te vea —dijo, deslizando un aro en su oreja. Me contempló, como un pintor inspecciona su obra maestra y una sonrisa se puso en posición—. Quítate la ropa interior.

—¿Qué? —dije, sin estar preparada para la siguiente cosa que salió de la boca de Holly—. ¡No!

—Que. Te. La. Quites —repitió, poniéndose el último arete.

—Quítate la tuya —repliqué como un niño insolente.

Su sonrisa se ensanchó.

—Ya lo hice, nena.

Me estremecí.

—Holly —dije—, no voy a quitarme la ropa interior. Fin de la historia.

—Oh, sí, por supuesto que lo harás —lanzó de vuelta—. Fin de la historia.

Abrí mi boca para devolver la pelota, pero no salió nada. Hacer un argumento lógico contra este tipo de locura era un gran esfuerzo.

—Lucy, si quieres frotar la cara de Adriana Vix en su propia mierda, tienes que tener tantos trucos en la manga como ella. Porque conozco a las de su calaña y juegan sucio. Y son unas pequeñas zorras despiadadas. —Avanzando hacia mí, clavó sus puños en sus caderas—. Truco numero uno: tu pequeño numerito sexy —comenzó, moviendo sus manos por mi vestido—. Truco numero dos: le harás ojitos a Jude cada vez que mire en tu dirección. Truco número tres: serás amable y aduladora cuando la manada de chicos se coloquen a tu alrededor para volverlo loco. —Holly no debe haber experimentado la ira de Jude si pensaba que algún chico en el estado intentaría conquistarme con Jude en la misma habitación—. Y truco número cuatro… —Movió sus cejas—, Adriana se acerca a él, tú con tranquilidad deslizas esas bragas en su mano y te alejas.

Para ser una locura, tenía mucho sentido.

Esperó mientras lo procesaba en mi mente. Finalmente, aceptando que había pensado en esto y cualquier plan era mejor que ninguno, levanté mi vestido y bajé mi ropa interior por mis piernas. Gracias a Dios que había elegido un minúsculo par de encaje que volvería loco a Jude.

Haciéndola una bola en mi puño, la sostuve frente a ella.

—¿Y donde se supone que voy a guardarlas mientras espero el momento perfecto para ponerla en su mano?

Ella no había pensado en todo.

Poniendo los ojos en blanco como si no me enterara de nada, la sacó de mi mano y las metió entre mi escote.

—Ahí —dijo, palmeando mis pechos—. Lista para salir.

—Me alegro de que estés aquí, Holly… —dije, pasando los dedos por mi cabello e intentando eso de coquetear y provocar de lo que ella era tan fanática—, para volverme paranoica por estar a punto de perder a mi novio por las que son como Adriana Vix.

—Eso no es lo que estoy diciendo, Lucy Larson —dijo pareciendo ofendida—. Sé lo que siente Jude por ti. Esa clase de loco amor es profundo, nena. No irá a ninguna parte. —Abriendo la puerta de Jude, me hizo gestos hacia afuera—. No es de él de quién estoy preocupada. Es de esa perra Vix. Ese tipo de mujer ha hecho un arte de manipular a los hombres antes de que siquiera sepan cómo sus pantalones terminaron alrededor de sus tobillos. Son peligrosas, mientras más pronto le muestres que no pondrá sus garras en las espaldas de tu hombre, más pronto podrá avanzar a la siguiente pareja que quiera separar.

Tomé aliento. Iba a necesitarlo.

—Bien, hagamos esto.

—Ese es el espíritu —dijo, dándole una palmada a mi trasero mientras la pasaba—. Hora de volver loco a Jude.

La música comenzó a vibrar mientras pasábamos por el pasillo. Por supuesto era algún hip-hop malo el que vibraba en las tablas del suelo.

—Sé que hay una vena de diva en ti, Lucy —dijo Holly mientras rodeábamos la esquina a las escaleras—. Pero esta noche, necesito que dejes salir a esa diva. Dejarla ser todo lo que pueda. ¿Entendido?

—Entendido —dije, inspeccionando la habitación que ya se hallaba dos veces en su máxima capacidad y el equipo de futbol no había llegado siquiera.

Serpenteando nuestro camino a través de la inundación de cuerpos, vi que el improvisado cambio de imagen de Holly era efectivo. Cada hombre a unos pocos cuerpos de radio se giró para mirarnos mientras nos deslizábamos.

—¡Oye, idiota! —gritó Holly detrás de mí—. ¡Mantén tus manos para ti a menos que quieras que te las corte mientras duermes!

El infractor levantó sus manos y se alejó.

Así que tal vez había sido un poco demasiado efectiva.

—¡Esto está bien! —gritó sobre la música, tomando mi brazo y deteniéndome—. La primera cosa que Jude verá es a ti cuando pase por esa puerta.

—Realmente lo has pensado —dije, diciéndome que el tipo de detrás de mí no se rozaba a propósito contra mí.

—Localización, localización, localización —citó alisando mi vestido antes de levantar más mis pechos.

La boca del tipo de detrás de Holly cayó.

—Detente —demandé, alejando sus manos que ahora moldeaban mis pechos en su posición.

—Bien —dijo, dándoles un toque final—. Sólo recuerda. La diva para acabar con todas las divas. Y desliza esas bragas en su mano a la primera que Vix intente algo.

Asentí con entendimiento. Diva, diva, diva. Piensa como una diva, actúa como una diva. Diva es un estado mental. Mi ánimo mental no me ayudaba, así que decidí poner la teoría diva en práctica.

Girándome al tipo que todavía se frotaba contra mí, puse una media sonrisa en su lugar. Levantando mi mirada a través de las pestañas, vi que había atrapado su atención.

—Que calor que hace aquí —dije lenta y un poco sugestivamente.

Los ojos del chico frotándose se ensancharon; casi pude ver el pulso acelerarse en su cuello.

—Sí que lo hace —replicó, moviéndose más cerca y apoyando una mano en mi lado.

—Podría usar algo para enfriarme.

Crucé un brazo sobre mi estómago, rozando la otra mano arriba y abajo por mi otro brazo. Las esquinas de sus ojos miraron a mis dedos acariciando mi piel.

Mojando sus labios, se acercó. Lo bastante cerca para saber que yo… ejem, había logrado el objetivo.

—Creo que acepto el desafío —dijo con la comisura de su boca curvándose.

—Oye, señor súper-ansioso —intervino Holly—. Se refiere a una bebida. Una fría.

Sacudiendo la cabeza, aclaró su garganta y se alejó un paso.

—Oh, sí —dijo él—. Claro. Lo pillo. —Lanzando una mirada lujuriosa en mi dirección, comenzó a pasar a través de la multitud, dirigiéndose a la cocina.

—Eres lo suficientemente lista para saber que no debes beber nada que te dé, ¿cierto? —dijo Holly mientras mirábamos avanzar al chico.

—Sí —repliqué, sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo estuvo eso de diva?

—Eres una natural —dijo, codeándome—. Continúa con el buen trabajo.

La música dio paso a una brusca pausa, en un santiamén el silencio saturó la habitación antes de que algunos de los primeros acordes de *Eye of the Tiger* hicieran que la habitación se estremeciera. Todos aclamaron a los vencedores, porque si la canción no los había delatado, el ruido que había comenzado

afuera y que estaba abriéndose paso hacia adentro había hecho el trabajo.

—Hora del espectáculo —dijo Holly, codeándome.

—¿Podrías parar con los codos? —le susurré—. Voy a parecer un dálmata morado para cuando te vayas mañana.

—Oh, échale un par —murmuró, enfocándose en la puerta delantera cuando se abrió de golpe—. Diva —agregó.

—Malcriada.

—Ooooh. Enfádate —rió socarrona, codeándome de nuevo.

Esta vez, esquivé su pequeño codo huesudo. El pateador, Kurt o Kirk, fue el primero que atravesó la puerta, con una de las animadoras, sin duda su Hermana Espiritual, colgando de su codo. Justo detrás del pateador llamado K, vino Tony, con una rubita saltarina en su brazo.

Los jugadores nunca habían llegado en este estilo antes; Jude normalmente sólo entraba por la puerta primero, gritando alguna obscenidad, antes de lanzarme sobre su hombro y encontrar algún punto silencioso donde poder estar solos.

Sabía exactamente qué y de quién era la responsabilidad por el cambio en la entrada. El quién, Adriana Vix. El qué, ser una perra.

—Todo bien, Lucy, ponte en posición —dijo Holly, arrastrándome al frente de la puerta—. Esta chica está saliendo de las rejas promiscuas.

—No jodas —dije, sacudiendo la cabeza mientras el desfile continuaba. No estaba conteniendo la respiración por Jude; sabía que ella guardaba su entrada para el gran final.

—Aquí, apoya tu cadera en esto —ordenó Holly, moviéndome de lado hasta que me encontraba apoyada en una vieja mesita sofá dañada por el agua.

De pie, frente de mí, posicionó mi cadera donde la quería y luego tomó mi mano.

—Mano en la cadera, pies cruzados en los tobillos. —Se agachó, ajustándolos. Volviendo arriba, su mirada encontró la mía en un endurecido grado de seriedad—. Cuando él entre y sus ojos caigan en ti, quiero que tus ojos emanen inocencia. Y quiero que tu boca se abra sólo un poco, justo como lo hace durante un orgasmo. —Apoyando sus manos en mis hombros, me niveló con una mirada más—. ¿Entendido?

—¿Claro? —respondí, porque no había tiempo para una aclaración. Podía ver la cima de la cabeza rapada de Jude subiendo por las escaleras delanteras. Una cabeza de brillante cabello oscuro, unos bamboleantes centímetros detrás de ella.

—Pon un clavo en el ataúd de esa perra —dijo Holly, llevando su puño

dentro de su mano antes de desaparecer en la multitud.

Aún oscurecido por una masa de cuerpos, Jude entrando en una habitación hacía que mi corazón se acelerara. Aún con una fantasía masculina pegada en su brazo, hacía que mis piernas se debilitaran.

Como había esperado, Adriana lucía radiante como si estuviera caminando por el escenario de miss América. Sería un honor agregar algunas lágrimas a sus ojos si no soltara su agarre en el brazo de Jude.

Saltando en la habitación como si fuera la atracción estrella, saludó a la multitud mientras el coro resonaba a través de la habitación. Vestía un simple y corto vestido turquesa que casi hacía que su piel brillara con su bronceado.

La multitud coreaba—: Ry-Der. Ry-Der. Ry-Der. —Y mi corazón latía dos veces por cada sílaba. Él se había cambiado a una camiseta que se ajustaba cómodamente y unos vaqueros oscuros que colgaban de sus caderas, terminándolo con su usado par de Converse.

A casi un año de estar juntos, el hombre todavía podía hacer que mi estómago se apretara con sólo mirarlo.

Mientras Jude y Adriana se abrían paso a través de la multitud, ésta comenzó a separarse, abriéndose donde yo estaba apoyada contra la destartalada mesa sofá, mano en mi cadera, ojos y boca listos para llevar a cabo sus órdenes cuando mirara en mi dirección. Holly no pudo haberme puesto en un lugar mejor.

Los ojos de Adriana aterrizaron en mí primero y su rostro se volvió una sonrisa de suficiencia mientras su brazo se curvaba más en el antebrazo musculoso de Jude.

Pero no me desvié del plan, resistiendo la urgencia de sonreírle de vuelta, y mi fuerza de voluntad valió la pena. La mirada de Jude no sólo se giró hacia a mí, derrapó en mí. Deteniéndose en su camino, me sostuvo con sus ojos. Ni siquiera pestañeó.

—Caray —articuló, recorriendo mi cuerpo con sus ojos.

Inhalando por la nariz, empujé pasando por los músculos apretándose más fuerte en mi estómago sólo por la manera en que me miraba. Abriendo mis ojos más aún, pestañeé lentamente, infundiendo tanta inocencia como fuera capaz en ellos. Entonces, mordiendo mi labio sugestivamente, separé mis labios justo como imaginé que Holly hubiera querido.

Jude podía tambalearse en el sitio.

El ceño fruncido de Adriana se hizo más profundo, pareciendo una extraña forma de atrocidad.

Le debía mucho a Holly.

Alejándose del agarre de muerte de Adriana, cortó a través del resto de la

habitación hacia mí.

Adriana golpeó sus manos en sus caderas, luciendo como a un temblor de explotar. Era una visión hermosa.

Aún más era la que me sonreía abiertamente mientras pasaba al resto de la multitud, moviéndose tan rápido como podía. Quedándose frente a mí, sus ojos eran piscinas revueltas de plateado.

—Demonios, Luce —dijo, sonando sin aliento, apreciándome con sus ojos de nuevo. Mirándome con la emoción y anticipación de desenvolver un regalo.

No tenía palabras para el hombre frente a mí, adorándome como él lo hacía. Apoyando mis manos sobre su pecho, me presioné contra él. Su boca se separó con una sorprendida inhalación. Los tacones sirvieron de tal modo que no tuve que ponerme de puntillas cuando aplasté mis labios con los suyos. Mi boca era implacable contra la suya, acariciando, succionando y aplastando sus labios como si todo lo que nos quedara en la vida fuera este momento.

Después de que su sorpresa pasara, sus manos bajaron a su lugar sobre mis caderas, amasándolas con una urgencia que apretaba los músculos de mis muslos. Para este momento en nuestra sesión de besuqueo pública, la multitud había empezado a hacer ruido y cuando la mano de Jude pasó alrededor hasta mi trasero, enterrándose en la piel de ahí atrás, comenzaron a gritar.

Mi respiración se volvió irregular, la cantidad que era capaz de manejar en este estado de torsión de lenguas era baja. Recorriendo su cuello con mis manos para acunar su rostro, lo alejé. Levantando la mirada a esos hambrientos ojos, sintiendo la calidez de su respiración soplando en mi rostro, sonreí.

—Buen partido.

6

Traducido por ♥*...Luisa...*♥

Corregido por Verito

Será mejor que no estés mirando lo que creo que estás mirando, Kurt —advirtió Jude, reapareciendo con un par de cervezas en la mano y limpiando el nombre del pateador K.

—Por supuesto que no estoy mirando lo que crees que estaba mirando —dijo Kurt, inclinando la cerveza hacia nuestra dirección antes de desaparecer entre la multitud.

—Él ciertamente lo hacía —dijo Jude, dándome una de las cervezas antes de descansar su mano en mi costado—. No es que lo pueda culpar.

Haciendo sonar mi botella contra la de Jude, tomé un trago. —Pero lo vas a golpear si lo hace de nuevo —supuse.

—Sí, claro que lo haré —dijo, acariciando mi cuello antes de poner un camino de besos por él. La botella de cristal resbaladiza casi se cayó de mis manos—. Eso va para ti también, Denoza —dijo Jude, mirando por encima a uno de sus compañeros de equipo mientras su boca seguía humedeciendo la piel por encima de mi clavícula—. Y voy a empezar a pinchar esos ojos errantes.

—Lo siento, Ryder —dijo Denoza, sonriendo tímidamente entre los dos—. ¿Qué puedo decir? Tu chica está destinada a ser mirada fijamente.

—Eso es correcto. Lo está —dijo Jude, enderezándose y poniéndose delante de mí—. Por mí.

Denoza levantó las manos en señal de rendición. —No hay daño, ni culpa, hombre —dijo antes de dejar caer su mirada en una sola chica tirada en las escaleras y dirigiéndose hacia ella.

—No en mi libro —murmuró Jude tras él, antes de darse la vuelta—. Vas a hacer que me maten, Luce —dijo, su cara retorciéndose cuando volvió a mirarme—. Soy un hijo de perra duro y puedo luchar contra cada uno de estos chicos, un perdedor a la vez, pero creo que podría darse el caso de que todos vinieran tras de mí a la vez.

—¿Debo irme a cambiar? —sugerí, dando un paso hacia las escaleras.

—Mierda, no —dijo Jude, agarrando mi mano y tirando de mí hacia atrás—. Sólo deseo que fuéramos tú y yo, así puedo disfrutarte toda yo solo.

Levantando los brazos, las enrollé sobre su cuello y comencé a balancearme en el tiempo a nuestro propio ritmo. Bailando al ritmo de la canción de Jude y Lucy.

—Somos sólo tú y yo, cariño —le dije, apoyando mi cabeza sobre su pecho, cerrando los ojos cuando sus brazos me sujetaron a mí alrededor. La música no era apropiada, la multitud no era adecuada, pero todo sobre la manera en que Jude me sujetaba compensaba nuestra incapacidad para encajar en el mundo que nos rodeaba.

Ni un minuto más tarde, la música se detuvo en seco. Jude y yo seguimos balanceándonos al mismo tiempo en el silencio.

—Está bien, todo el mundo —dijo una voz familiar a través de un micrófono—. Es hora de jugar a un juego nuevo de la noche que seguramente se convertirá en una tradición.

Pensé que habíamos estado jugando a un juego toda la noche.

Suspirando, levanté la cabeza del pecho de Jude para ver lo que la perra tenía en la manga ahora.

—Como todo el mundo sabe, los titulares están asignados a una Hermana Espiritual a principios de año. —Puse los ojos en el resto de las porristas agrupadas en torno a Adriana, saltando y aplaudiendo con emoción—. ¡Nuestro objetivo es hacerles la vida más fácil para que puedan centrarse en patear culos todos los sábados!

Un rugido atravesó la habitación.

—Pero un hombre tiene que divertirse, ¿no? —Las cejas de Adriana se levantaron sugerentemente ante un rugido amplificado.

—Así que esta noche marca el comienzo de una nueva tradición de las Hermanas Espirituales. —Levantando el brazo que había escondido detrás de su espalda, reveló una botella de vodka de primera categoría. Otra explosión de vítores. Más de una chica linda con una botella de licor.

Era extrañamente deprimente.

—Nosotras no sólo lavamos su ropa y hacemos brownies, ¡también nos embriagamos como una cuba! —Esperó para calmar a la multitud antes de continuar. Ya me sentía mal del estómago antes de que sus ojos se posaran en Jude—. Cada Hermana Espiritual le servirá un trago a su jugador asignado, comenzando primero con el mariscal de campo.

Sí, eso es lo que esperaba. Ella usaba el truco de un juego y la motivación de la presión del grupo para separar a Jude de mí. Holly tenía razón con su medición de manipulación sobre Adriana.

—¡Eso significa, Jude Ryder! —gritó en el micrófono, agitando la botella hacia él.

Jude se quejó, mirando por encima de mí, pero antes de que pudiera decir nada, una manada de sus compañeros de equipo se trasladó detrás de él y comenzaron a empujarlo hacia la parte delantera de la sala.

—No te preocupes, cita de Jude por la noche, lo vas a tener de regreso —dijo Adriana, mirándome directamente a mí. Quería golpear esa sonrisa petulante de su cara por referirse a mí como nada más que "la cita de Jude"—. Es decir, si quiere volver después de jugar el juego que tenemos planeado para él.

Un par de tipos que me rodeaban bajaron la cabeza hacia atrás e hicieron llamadas de coyote. Me recordó, una vez más, que los hombres evolucionaron de los simios.

Empujando a Jude junto a Adriana, los pastores dieron un paso atrás a la multitud para que todos pudieran ver lo que pasaba en frente. No me gustaba ver a Jude de pie tan cerca de Adriana, ver lo cerca que estaban en la altura. En sus tacones, a sólo un par de pulgadas separados. Habían encajado perfectamente. Por qué mi mente se quedó allí, no lo sé, pero la imagen de Jude tirándose encima de Adriana mientras la besaba, moviéndose dentro de ella, me hizo agarrar mi estómago.

—Así es como funciona esto —dijo Adriana, mirando a Jude, que frotaba la parte de atrás de su cuello, luciendo todos los matices de incómodo—. Un trago de cristal —empezó a decir, levantando un vaso pequeño—. Un trago —continuó, vertiendo el líquido claro hasta el borde. Entonces, entregándole la botella a una de sus compañeras porristas, levantó su dedo índice a la multitud, que miraba a su alrededor el uno al otro como si fuera un *gran asunto*.

Rodando por la parte superior de su vestido sin tirantes, metió el vaso entre sus tetas enormes. —Disfruta —instruyó—. Ninguna mano permitida.

Oh, claro que no.

Los chicos se habían convertido en bestias rabiosas, levantando los brazos en el aire y gritando.

Adriana lo acogió, logrando una pequeña reverencia sin derramar una gota de líquido, justo antes de que su mirada se dirigiera a mí. —¿Qué estás esperando, Jude? —dijo, mirando nada más que a mí—. Bebe.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí de pie, chica estúpida, estúpida? —siseó Holly junto a mí, empujándome hacia la parte delantera de la sala. Al llegar abajo de mi vestido, golpeó las bragas en mi mano—. Ve a vencer a esa perra en su propio juego.

Tomó un empujón más por parte de Holly, pero luego fui a la acción. Corriendo a través de los cuerpos cantando "Ry-der" y lanzando puños al aire, apreté las bragas en la mano, mirando a Jude, que me observaba. Tenía su atención, probablemente porque estaba preocupado por qué consiguiera una molesta atención visual por uno de sus compañeros de equipo, pero ahora

mismo, tomaría su atención de la forma en que pudiera obtenerla.

—Tu trago se está calentando —dijo Adriana a través del micrófono, dándole a su busto una pequeña sacudida. Esta vez, un chorrito de líquido se derramo, corriendo por su escote.

Empujando la mole de hombre que se interponía entre Jude y yo, pasé junto a Jude, encrespando el meñique sobre el suyo, esperando la mano para abrirla. Tan pronto como lo hizo, deslicé la tanga de encaje en sus manos, arqueándole una ceja, y seguí caminando.

Alejarse de Jude, de pie al lado de Adriana, siendo presionado por todo su equipo para ponerse de cabeza hacia un trago entre esas tetas suyas, me hicieron estar al borde de la hiperventilación. Pero no podía dar marcha atrás porque ¿qué iba a decir? ¿Qué iba a hacer? Tenía que confiar en que Holly, en toda su come-hombres sabiduría, supiera lo que hacía.

La multitud comenzó a reducirse por el momento en que llegué al pasillo, y no había ni rastro de nadie cuando entré en el cuarto de baño al final de éste. Cerrando la puerta detrás de mí, apoyé mis manos en el lavabo y me centré en respirar.

Antes de que hubiese terminado una respiración completa, la puerta se abrió un poco. Mirando en el espejo, mi sonrisa tiró con tanta fuerza que casi me dolió cuando vi la cara de Jude, una expresión de hambre estacada en su cara, mirándome.

—Creo que has perdido algo —dijo en voz baja, levantando la mano con mi ropa interior colgando de su dedo.

Mi sonrisa se extendió más allá. Ahora me dolía. —Parece que la persona adecuada la encontró.

Al entrar, Jude cerró la puerta detrás de él. El baño era pequeño, y pequeño era un término generoso para ello. Para que los dos cupiéramos aquí, mi trasero se estrelló contra el fregadero y el mostrador y la espalda de Jude estaba pegada a la pared de la ducha.

—¿Esto quiere decir...? —dijo, mirando mi cuerpo, terminando en el centro del mismo. Sentía todos los músculos de mi interior contraerse, justo antes de suavizarse ante el peso de su mirada.

—¿Por qué no lo averiguas por ti mismo? —susurré, mi respiración ya viniendo en ráfagas cortas.

Su mirada se quedó fija en la punta sur de mi ombligo, mientras una lenta sonrisa se deslizó en su lugar. —Encantado —dijo, con la voz ronca y profunda.

Entonces, antes de que el flash de calor tuviera la oportunidad de propagarse, Jude se lanzó contra mí, levantándome sobre el mostrador. Su boca se aplastó contra la mía, forzando su lengua dentro y moviéndola a través de todos los planos que podía alcanzar. Abrumada, mi cabeza cayó hacia atrás

contra el espejo, tratando de mantener su ritmo.

Justo en el medio de nuestro beso, Jude se apartó de repente, valorándome donde me encontraba sentada tendida sobre el mostrador, respirando como si hubiera corrido una milla en dos minutos. Bajando la mirada al espacio entre mis piernas, su frente se arrugó, como si lo hubiesen torturado, justo antes de que una sonrisa la suavizara. Agarró mi cintura, me movió hasta el mismo borde del mostrador. Apoyando la mano en el interior de una de mis rodillas, la abrió. Repitió lo mismo con la otra, interponiéndose entre mis piernas, mirándome como si no pudiera manejar las emociones que sentía en estos momentos.

Agarrando el dobladillo de mi vestido con ambas manos, Jude lo enrolló una vuelta, con los pulgares detrás de la sensible piel del interior de mis muslos. Mi corazón estaba acelerado y todo se aceleraba de *esa* misma manera.

Y ni siquiera me había tocado allí todavía.

Sus dedos pusieron el vestido más alto, y luego aún más alto. El viaje completo, con los ojos de Jude quedándose en los míos. Como si quisiera ver todas las reacciones que jugaban en mi cara por la forma en que me tocaba.

Un rollo más y ya no quedaba nada para deslizarse más alto. Mi cuerpo estaba dolorido por alguna liberación, pulsando como si tuviera su propio latido.

El pulgar de Jude recorrió el resto de mi muslo interno. Cuando lo retiró, casi gemí en voz alta. Y entonces, cuando la bajó de nuevo en el lugar en que latía peor, me hizo gritar. Agarrando los bordes del mostrador, me obligué a seguir mirando a esos ojos suyos, que se oscurecían con su deseo.

—Voy a ser condenado —respiró, las palabras todo gutural y ásperas.

No podía reconocer las palabras—estaba a un pulgar lejos de las palabras.

Cerrando el espacio entre nosotros, besó la comisura de mi boca. —Te amo —susurró en mi oído, justo antes de que su pulgar comenzara a moverse en círculos sobre mí.

Mi cabeza cayó hacia atrás, golpeando el espejo, pero el dolor sordo se sentía bien emparejado con el latido agudo que esparcía su camino a través de mi cuerpo ante el pulgar diestro de Jude.

Mi respiración se hizo más en jadeos cortos, mientras todo se apretaba en una bola. Estaba tan cerca.

—Te amo tan condenadamente mucho, Luce —dijo Jude mientras su boca exploraba mi garganta.

Y eso era todo lo que necesitaba. Mis dedos se clavaron en su espalda mientras mi cuerpo se estremecía contra el suyo.

A medida que mis músculos se aflojaron, me dejé enroscarme en él. Me las arreglé para suspirar entre mi respiración irregular. Podía sentir su sonrisa contra mi piel.

Mierda. Mi cuerpo se sentía como si estuviera todavía intacto, pero hace unos momentos me sentía como si estuviera cayendo a pedazos desde el centro. No podía calmar mi respiración y mis muslos internos seguían temblando mientras Jude siguió chupando pequeños parches blandos de piel en mi hombro.

Justo cuando mi cabeza caía de nuevo, la puerta del baño se abrió, golpeando a Jude.

—Creo que será mejor que te encontremos otro baño para refrescarte, Adriana. —Holly miró por encima del hombro de Adriana, lanzándome una sonrisa de camaradería. Adriana observó la escena, mis piernas envueltas alrededor de Jude, donde me tenía cautiva contra el mostrador, todavía explorando mi piel con su boca. Nuevas lágrimas pincharon en sus ojos enrojecidos—. Este está... *ocupado* —agregó Holly, haciéndome un guiño antes de tirar el codo de Adriana.

Pero antes de que ella saliera de la habitación, sus ojos se encontraron con los míos. Mi boca se curvó hacia arriba, mis labios aún separándose por mi respiración cortada. Manteniendo su mirada, acurruqué mis dedos en la espalda de Jude, arqueando el cuello más alto para darle un mejor acceso. No tenía que pronunciar una sola palabra para hacer llegar el mensaje a Adriana. Era claro como el cristal.

Jude era mío.

Sólo después de que la puerta se cerrara otra vez la boca de Jude se hizo más lenta. Dando un último pellizco por encima de mi hombro, levantó la cabeza. Su rostro era presumido mientras me miraba, todavía sacudida por lo que me había hecho.

—Supongo que ella descubrió lo que "ocurrió" cuando la dejé arriba y con un trago entre sus tetas —dijo, apoyando las manos sobre el mostrador fuera de mis piernas.

—Creo que lo hizo —le contesté, pasando rápidamente por el borde de la encimera desde que mis piernas se dormían. Mala idea. Porque nada se supone funciona en mi cuerpo. Los brazos de Jude se enrollaron a mí alrededor, manteniéndome firme.

—Supongo que se lo mostré —dije, agarrando los brazos de Jude mientras la sensación se drenaba de nuevo en mis piernas.

Sus cejas se apretaron. —¿Le mostraste qué?

—Que mejor mantiene sus manos y vistas fuera de mi hombre —le contesté, sin saber si debía admitir esto, pero mi mente seguía nublada y bebida por el ponche.

Mirando hacia mí, sus cejas se estrecharon por un momento antes de que su rostro se alisara. —Eso es de lo que todo esto se trata —dijo, pasando sus ojos por mi vestido que estaba aún puesto hasta mi cintura—. ¿No es así? Toda esta

noche ha sido sobre Adriana. No sobre mí.

Bueno, sí. No debería haber dicho nada. Especialmente cuando las comisuras de sus ojos se arrugaban por las palabras que decía.

—No, esto era para ti —le dije, poniendo mi vestido hacia abajo.

—No me mientas, Luce —dijo, los músculos de su mandíbula tensándose—. Todo, el vestido, las pequeñas sonrisas tímidas y los ojos coquetos, las bragas, el maldito orgasmo en el baño cuando Holly "accidentalmente" le mostraba a Adriana lo que pasaba, todo era un plan calculado puesto en juego por una novia celosa.

—No —le dije—. Todo esto en el baño era una gran sorpresa espontánea y placentera —argumenté de regreso—. Por lo menos hasta ahora. No hay nada agradable acerca de que mi novio me llame una novia calculada y celosa. —Mientras decía las palabras, sabía que era verdad.

—Así que esto no estaba planeado —dijo, agitando su dedo alrededor del cuarto—, pero todo lo demás sí. Y de aseguro a ti no te importaba nada cuando Adriana tuvo una imagen de nosotros dos todos calientes y pesados.

¿Por qué estaba siendo así? Jude rara vez me levantaba la voz. Y el hecho de que la razón por la que hubiese roto la tradición fuera por Adriana me puso tan indignada como triste. —Si eso es lo que se necesita, verte haciéndomelo sobre todas las superficies y en el maldito estado, ¡entonces sí! ¡Te aseguro que no me importa! —Súper, ahora gritaba.

Su frente se arrugó mientras se apretaba tan lejos de mí como el cuarto de baño se lo permitía. Pasar de la intimidad que acabábamos de compartir a él queriendo separarse tan lejos de mí como el espacio se lo permitiera hizo que mi cuerpo doliera. —Así que todavía, después de todo, después de todo este tiempo —hizo una pausa, inhalando por la nariz—, ¿aún no confías en mí?

Esperó mi respuesta, pero no tenía una inmediata. La pregunta que me había lanzado, no era en absoluto lo que había estado esperando. ¿Era eso? ¿No confiaba en él? Mi primera respuesta era "no", pero ¿por qué si no había estado actuando como una novia loca? Si confiaba en él, ¿importaba si cada Adriana en el mundo se le arrojaba?

No quería admitir mi respuesta a esa pregunta.

—Sí —dijo, dirigiéndose hacia la puerta—, eso es lo que pensé. —Abrió la puerta y me miró—. Toma, puedes tener estas de vuelta. —Me tiró mi ropa interior—. Bien jugado. Me alegro de que pudiera ser un peón en tu pequeño juego.

—Jude —dije tras de él.

—¡Déjame en paz, Lucy! —gritó, desapareciendo por el pasillo.

Sólo me llamaba Lucy, cuando estaba herido o enojado. Supuse que era

un montón de ambos. Y toda la cosa de dejarlo en paz no iba a suceder.

No cuando sabía que había un conjunto acogedor de brazos moviéndose como tiburones alrededor de las aguas de la fiesta, más que felices de darle un poco de consuelo.

7

Traducido por Nats

*Corregido por Suelick**

El único tiempo que perdí antes de ir tras él fue mientras tardaba en ponerme la ropa interior de vuelta a donde pertenecía. Hice una búsqueda preliminar desde el pasillo hasta la planta principal. Por suerte para mí, Jude era una torre que se hallaba en la misma habitación la mayor parte del tiempo, pero también lo estaban muchos de sus compañeros de equipo, así que hice mi camino hacia las escaleras, subí unas cuantas, saltando por encima de una pareja haciendo algo muy parecido a lo que Jude y yo habíamos hecho detrás de una puerta cerrada. Mirando hacia la sala llena, no lo vi. El hecho de que no estuviera a la vista hizo que mi estómago se revolviera mientras mi imaginación jugaba conmigo, preguntándome con quién podía estar abrazándose y dónde podrían estar encerrados.

Lanzándome por las escaleras, corrí por el pasillo, no siendo capaz de llegar a su habitación lo suficientemente rápido. Me comportaba de una manera irrazonable, lo sabía, pero no podía evitarlo. La loca había echado raíces y no podía morir.

No llamé antes de entrar en su habitación, no muy segura de querer ver lo que descubriría adentro. Suspiré de alivio cuando la encontré a oscuras y vacía. Justo cuando estaba a punto de salir y buscar en el siguiente sitio, noté a una figura de cuclillas en el suelo junto a su cama.

Sus codos apoyados sobre sus piernas dobladas, la cabeza colgando entre ellas. Parecía roto. ¿Qué había hecho?

Cerré la puerta detrás de mí y crucé la habitación.

—¿Jude?

—Vete, Luce —dijo tan bajito que fue casi un susurro.

Nunca me dijo esas palabras antes, y las había escuchado dos veces en menos de cinco minutos.

—No —dije, acercándome al lado de la cama en el que estaba apoyado.

—Vete —repitió, pasándose los dedos por la nuca.

Me arranqué los zapatos y me deslicé a su lado en el suelo.

—No —repetí—. Estás enojado conmigo y yo lo estoy contigo. Discutámoslo.

—Sí, estoy enojado contigo —dijo en el suelo—. Pero tengo una buena razón para estarlo. ¿Por qué diablos lo estás tú?

Abrí la boca para responder.

—Y mejor que tu respuesta no tenga un "Adriana" en ella.

No me gustaba la forma en que su nombre sonaba viniendo de él.

—Maldita sea, mi respuesta tenía su nombre en ella.

Jude negó, todavía rehusándose a mirarme.

—Así que estás cabreada conmigo por Adriana —dijo, sin ocultar su sarcasmo—. Una chica a la que no he tocado ni mirado de una forma íntima. Genial, eso hace que la mierda cobre sentido, Luce.

Mi temperamento quemaba, pude sentirlo encendiéndose.

—No te hagas el tonto —dije—. Como si no fueras consciente de que ella te dejaría tocarla de cualquier forma íntima que malditamente quisieras.

Jude resopló. —Sí, bueno, sólo para que lo sepas, no hay muchas mujeres aquí que no me dejarían hacerles lo que sea que jodidamente quiera. No hay escasez de Adrianas en el mundo, Luce. —Se detuvo, tomando un par de respiraciones mientras yo trataba de no calcular mentalmente el número de mujeres a las que les gustaría acostar a Jude cada noche de la semana—. ¿Pero sabes lo que me hace decir que no cada vez? ¿Sabes lo que me hace inmune a cada mujer y a cualquier estratagema que aplique sobre mí? —No esperó mi respuesta.

—Tú, Luce —dijo, su voz cansada—. Puede que no haya escasez de Adrianas por ahí, pero sólo hay una tú. Y esa es la persona a la que quiero entregarme.

Decía todas las cosas correctas y, en verdad, no me había dado una sola razón para dudar de él desde que aclaramos toda la pequeña situación entre Jude y Holly, pero no estaba preparada para ser apaciguada. No después de toda la mierda que Adriana me había disparado durante todo el día.

—Le dejas que lave tu ropa, Jude —comencé, deseando que una pinza mágica apareciese así podría ponerla sobre mi boca—. Limpia tu habitación. La llevas a una maldita habitación de tu brazo con cientos de personas mirando. —Mi voz huía conmigo, llenando el oscuro cuarto con su inseguridad—. Pasea los dedos sobre tu limpia, ajustada ropa interior. ¡Maldita sea, Jude!

Lo echaba todo sobre él. Todo lo que había reprimido hoy, cuando habría sido más constructivo encontrar una pista de baile y desahogarme ahí.

Su cabeza se retorció en mi camino y si era por la oscuridad de la habitación o por el actual color de sus ojos, parecían negros.

—¿No has escuchado lo que acabo de decirte? —dijo, sus dientes apretados—. ¿Te has perdido cuando he profesado que todo lo que quiero es a ti? ¿Incluso cuando estás actuando como una jodida novia loca? —Estrechando sus ojos en mí, se levantó.

—Sí, escuché eso —contesté, saltando a su lado—. Así que soy tu chica. Soy la única chica a la que quieres hacer gemir en el baño. Sí, lo entiendo. —Mis palabras le hacían daño y observé como cada una añadía una profunda arruga en su cara—. Pero dejas que ella te cuide como si fuese tu mujer. —Agarrando un puñado de la recientemente hecha cama de Jude, arranqué las sábanas—. Tal vez no la quieras íntimamente, pero dejas que se adentre en tu vida íntima.

Jude me miró fijamente, sus ojos entrecerrados como si no reconociera a la persona de pie frente a él.

—Bien —dijo, arrancando las sábanas arrugadas de mi mano y quitándolas de la cama. Enrollándolas en una bola, las arrojó al otro lado de la habitación.

—¿Contenta? —preguntó retóricamente mientras caminaba por la habitación hacia su cómoda. Abriendo el primer cajón y sacándolo de su sitio, llevándolo hasta la ventana. Jude abrió la ventana, sosteniendo el cajón en el exterior y lo giró, vaciando su contenido. Sus limpios, doblados bóxeres cayeron como paracaídas hasta el suelo y el cajón los siguió.

—¿Contenta ahora? —preguntó de nuevo, alzándome las cejas mientras seguía congelada junto a la cama. Lanzándose al otro lado de la habitación, arrancó el segundo cajón de la cómoda. Regresando a la ventana de nuevo, derramó sus camisas fuera. El cajón se astilló cuando golpeó el suelo.

—¿Todavía no? —Esta vez no me miró, simplemente corrió por la habitación, sacó el último cajón y, cuando llegó a la ventana, lo arrojó todo junto. El sonido de ello rompiéndose hizo eco en la habitación.

Girándose, me miró. Su pecho subía y bajaba duramente, sus ojos parpadeaban—estaba perdido.

—¿Qué más, Luce? ¿Qué más quieres que reviente hasta la mierda? —gritó, esperándome—. ¿Huh? Seguro que hay algo más que pueda romper para demostrarte mi amor por ti. ¿Qué es? —Estaba en frenesí, más al borde de lo que jamás le había visto. Todo por mi culpa. Me encantó saber que tenía poder sobre él, pero no este tipo de poder.

—Jude —susurré, apenas siendo capaz de hacer sonido—. Para.

—¿Parar? ¿Por qué? —gritó, extendiendo sus brazos y dando vueltas por la habitación—. Estoy demostrándote mi amor por ti. Así que vamos, Luce. ¿Qué más puedo arruinar para que seas feliz?

—Nada —susurré, mordiéndome el labio.

—¿Qué fue eso?

—Nada —repetí, mirándole—. Esto no es lo que quise decir, Jude. ¿Por qué te vuelves tan loco cada vez que te lo pregunto?

La piel entre sus cejas se arrugó. —¿Por qué lo haces?

Esa fue una pregunta para la que no tenía respuesta. La tomé interiormente, observando a lo que mis celos e inseguridad le habían reducido. Supuestamente iba a ser la persona que le traería consuelo y le apoyaría, pero esta noche, había hecho todo lo contrario. Una lágrima escapó de mi ojo antes de que supiera que estaba formada.

Los ojos de Jude se estrecharon en ella, observándola caer por el lado de mi cara. Una de la suya se tensó.

—Dime qué hacer, Luce. Dime qué quieres de mí. Porque lo haré. Haré cualquier cosa —dijo, poniendo sus brazos detrás de su cuello y mirándome como si tuviera miedo de que desapareciese—. ¿Quieres que le diga a Adriana que se vaya a la mierda y que no vuelva ni a mirarla? Sin problemas. ¿No quieres que hable jamás con ninguna otra chica por el resto de mi vida? Lo haré. —Cruzando la habitación, se detuvo frente a mí, agarrando mis brazos—. Haré lo que sea. Sólo dime que hacer. —Me sostuvo, mirándome mientras esperaba mi respuesta.

No tenía ninguna.

—Eres todo lo que tengo, Luce. Haré cualquier cosa para no perderte —dijo, su cicatriz pellizcando su mejilla—. Simplemente dime lo que estoy haciendo mal y lo arreglaré.

Este hombre había sufrido ya bastante. ¿Por qué le hacía caminar a través de más mierda?

—No estás haciendo nada mal, Jude —dije, tragando. El es mi soñado novio y tenía todas las características para serlo de por vida—. Soy yo. Estoy haciéndolo todo mal esta noche. —Presioné mis manos en los lados de su cara, tratando de alejar las arrugas en ella—. Vi a Adriana toda loca por ti y dejé que mis inseguridades me convirtieran en otra persona. Confío en ti. No confío en ella.

Suspiró. —¿Confías en mí?

Mi garganta se apretó porque tuviese que preguntarlo. —Sí, Jude. Confío en ti.

—¿Me quieres?

—Siempre —contesté, acariciando sus mejillas.

—Entonces que le den a Adriana Vix —dijo.

Arqueé una ceja.

—Alguien que no esté loco por su chica puede tirársela —aclaró, sonriéndome—. No dejes que nadie se interponga entre nosotros, Luce. Esta cosa que tenemos será reto suficiente sin los gustos de Adriana Vix complicándola.

—Lo sé —dije, mirando hacia otro lado—. A veces se siente como si estuviera esperando tocar fondo por debajo de nosotros. ¿Sabes? —Me sentía culpable por admitirlo, pero era realista, y las parejas como Jude y yo teníamos más probabilidades en contra que a favor.

—Lo sé, nena —dijo—. Lo sé. Cuando lo hagamos, sin embargo, tendremos que agarrarnos a una cuerda y esperar.

Asentí, preguntándome si este era el tipo de vida que nos esperaba a partir de ahora. Abrazados por momentos de pasión, interrumpidos por problemas de comunicación, seguidos por emborronamientos del maquillaje. No sería una mala forma de pasar la vida.

—Vamos entonces —dijo, pasando sus manos por las mías—. Ven a la cama conmigo. —Tendiéndome sobre la cama sin mantas, se quitó los zapatos, me tomó entre sus brazos, y se desplomó sobre el colchón.

Rodándome hacia mi lado, se presionó contra mi espalda, envolviéndome entre sus brazos y piernas. —Discutir contigo es agotador —dijo cerca de mi oído, medio bostezando—. No volvamos a hacerlo.

—Está bien —mentí. Era una buena idea, pero una de la que Jude y yo no nos daríamos cuenta si durábamos. La gente como nosotros no pasaba a través de la vida sin una gritona pelea de vez en cuando; esa era la realidad. Pero la realidad era mucho más fácil de enfrentar con Jude abrazándome como lo hacía ahora.

Estuvimos tumbados así por un rato, en silencio y quietos, disfrutando de la calidez del otro. Una brisa cruzó por la ventana, acariciando mi rostro. Sonreí.

—Espero que tengas más ropa interior escondida en algún lugar —dije, codeándole las costillas, reproduciendo a Jude lanzando sus cajones por la ventana.

—Eso sería un: negativo —dijo con voz soñolienta—. No tenía ropa interior limpia esta mañana.

—Espera —dije, de repente muy despierta—. ¿Eso significa…?

—Síp —contestó, acomodándose más profundamente en mi cuello, ya medio dormido. Le daría un pase libre esta noche. Ganó un gran partido, me hizo sentir cosas que una chica no debería difundir sobre la encimera del baño de un chico, se mantuvo firme en una discusión conmigo, y logró decir exactamente lo correcto para calmarme. Tenía derecho a estar agotado.

Sonriendo, me acurruqué más en él. —Eso podría haber hecho las cosas mucho más interesantes en el baño.

Sentí su sonrisa curvándose contra mi cuello antes de seguirle hacia el sueño.

8

Traducido por perpi27

Corregido por Zafiro

Su cuerpo no se hallaba envuelto alrededor de mí, como si me estuviera protegiendo del mundo, ya no, pero estaba cerca. Cualquiera que sea el vínculo que habíamos construido en los tumultuosos meses que hemos compartido, pasamos a un nuevo nivel de conciencia cuando se trataba del otro.

—Puedo sentirte mirándome fijamente —le dije, manteniendo mis ojos cerrados y curvándome más profundo en la almohada de Jude. Olía como a él, tal vez por eso mis sueños eran tan dulces.

Enroscó su mano sobre la mía, llevándola a su boca. —Lo siento, Luce —dijo, besándome los nudillos—. No quería despertarte. Vuelve a dormir. —Girando mi mano, presionó otro beso en la parte carnosa inferior.

—¿Cómo se supone que una chica va a dormir cuando estás haciendo eso? —Sonreí, abriendo los ojos.

Sus ojos estaban fijos en mí, metálicos en la luz de la mañana. Una esquina de su boca curvada hacia arriba.

—Ella no lo haría —dijo, saltando sobre la cama, aterrizando estratégicamente sobre mí.

—Bueno —le dije, deseando poder tener un minuto para cepillarme los dientes y pasar un cepillo por mi cabello, pero con Jude, estos momentos de descuido llegaban rara vez, así que no iba a perder la oportunidad excusándome mientras que todos sus motores estaban encendido—, el sueño está sobrevalorado.

Su mano se deslizó a mi lado, desviándose dentro y fuera por encima de mi caja torácica, antes de ponerse en la parte superior de mi pecho. —Sí, lo está —susurró, besando el área debajo de mi oreja.

Este era un infierno de despertador.

—¿Has cerrado la puerta? —bromeé, situándome por debajo de él, por lo que las partes importantes quedaron alineadas. Nadie en su sano juicio entraba en el dormitorio de Jude Ryder cuando la puerta estaba cerrada. No, si no deseaban llevar una abolladura del tamaño de un puño en la frente.

Desafiando mi previa suposición, la puerta de Jude explotó abierta al siguiente segundo, rebotando en la pared.

—Ehh —dijo Holly, haciendo una cara y sosteniendo sus manos sobre sus ojos—. Ustedes son como un par de malditos conejos.

Así que todo el mundo excepto Holly sabía que lo mejor era no lanzarse a la habitación de Jude sin ser invitado.

—¿No tuvieron los dos lo suficiente el uno del otro anoche? —hablaba en voz baja, al menos para Holly, y a juzgar por la forma en que enroscaba sus dedos en las sienes, había tenido una noche salvaje.

—No —respondió Jude, levantándose fuera de mí.

—Buenos días, Holly —murmuré, sentándome en la cama—. Genial verte.

—No te quejes como un bebé. Lo tuviste para ti misma toda la noche y ahora tengo que pedirlo prestado unas cuantas horas o bien voy a perder mi vuelo.

—Sí —le dije, arrastrándome fuera de la cama—. Tengo un lío de tarea que terminar también. —Pasando mis dedos por mi cabello, me hice una trenza rápida, ya que parecía que no habría tiempo para una ducha—. Parece que tienes dos chicas que necesitan tus servicios de chofer esta mañana.

—Vivo para servir —dijo, con una expresión curvada en su cara que delataba lo que pensaba. O revivía.

Yo no era una chica de sonrojarse, ese código genético no se había construido en mi sistema, pero me pareció sentir uno arrastrándose por mi cuello con su continua mirada.

—Todo correcto, chico amante —dijo Holly, chasqueando los dedos. Ella hizo una mueca, agarrando sus sienes de nuevo—. El aeropuerto. En algún momento de hoy.

Corrí alrededor de la cama, agarrando los zapatos que Holly me había prestado, y saqué mi bolso del estante de su armario. Tomando sus llaves de la mesa de noche, Jude tomó mi mano y me llevó hasta la puerta.

—Ya era hora —susurró Holly, hurgando en su bolso.

Jude enganchó la maleta de Holly ubicada frente a la puerta y nos abrimos paso por el pasillo, pasando por encima y alrededor de los cuerpos que decoraban el piso.

—Parece que nos perdimos de alguna fiesta —le dije, mirando a una pareja en estado comatoso, preguntándome cómo en todas las acrobacias lograron llegar a esa posición.

—Yo no diría que nos perdimos —dijo Jude, mirando hacia mí con una sonrisa sugerente.

—Creo que este es con el que lo hice como una adicta al sexo en remisión anoche —dijo Holly, inclinándose sobre uno de los compañeros de Jude que seguía sonriendo en sueños—. O tal vez fue ese —dijo, apuntando con el pie la mano del chico de enfrente e inspeccionando su cara—. Sí, definitivamente es éste. De los dos, sus labios están más hinchados. Hablando de eso —agitando su bolso, sacó un tubo de lápiz labial—, mis labios tienen un grave dolor.

—Pensé que habías dicho que tenías prisa, Hol —llamó Jude desde las escaleras hacia ella, manteniendo mi mano en la suya. Al final de la escalera, una pirámide de cuerpos bloqueaba el camino. Saltando sobre ella, Jude se dio la vuelta, agarró mi cintura y me levantó sobre la barricada humana. Esperando a que Holly vacilantemente se abriese paso hacia abajo, la levantó por encima también.

El camión de Jude se hallaba estacionado sin bloqueo, así que nos libramos de eso. Viniendo por el costado de la casa, ropa y madera astillada adornaban el patio lateral. Me detuve en seco, evaluando las habilidades de decoración de Jude.

—Alguien tuvo una visita de los monos de la ira anoche —dijo Holly, deteniéndose junto a mí.

Mirando hacia Jude, me miró por el rabillo de sus ojos. —Ellos ciertamente lo hicieron.

—La rabia es una cosa terrible —añadió, cruzando el césped, pero no antes de agarrar una camiseta oscura que estaba sobre un arbusto.

Sonreí a su espalda.

Para cuando Holly y yo arrastramos nuestros cansados y lentos traseros, al camión de Jude, él ya tenía la maleta de Holly en la cama y las dos puertas estaban abiertas para nosotras. Quitándose la camiseta blanca que seguía luciendo sobre su cabeza, la arrojó en la cama también. No es de extrañar que nunca tuviera nada de ropa limpia. Levantó la camiseta negra por encima de su cabeza, se detuvo y me miró, con sus cejas unidas.

—Todo está bien —le dije, rodando mis ojos. El hecho de que me comportara como una lunática celosa anoche no significaba que quería recordarlo. Eran sus ropas, independientemente de quien las había lavado y doblado.

—Sólo comprobando —dijo con una débil sonrisa antes de tirarla por encima de su cabeza.

Holly y yo nos quedamos fuera de la camioneta, viendo el espectáculo. Metiendo la camisa en sus pantalones vaqueros, Jude se detuvo, mirando hacia nosotros con confusión.

—¿Qué? —preguntó, metiendo la parte de atrás y dándome una sonrisa diabólica.

Aparté mi mirada, tratando de parecer poco impresionada cuando subí a la cabina. —Oh, vaya "qué" a ti.

Holly rió entre dientes. —Tú sabes, Jude, entre más viejo te haces, más feo te pones —dijo, guiñándome un ojo mientras se arrastraba a mi lado.

—Sí, sí —dijo, subiendo al asiento del conductor y arrancó el camión—. Y entre más vieja te haces, más mala te vuelves.

Agarrando mi muslo, me deslizó más cerca, hasta que ocupamos un espacio destinado para una persona. No me dejó ir mientras conducía.

—¿Por qué parece que el jueves nunca va a llegar aquí? —gemí, cuando la camioneta de Jude se detuvo afuera de mi dormitorio

—Debido a que se siente de esa manera —respondió, rozando mi cabello sobre mi hombro.

Gemí fuerte. Holly había logrado llegar a tiempo y, aunque había querido que el viaje desde el aeropuerto a Juilliard fuera lento, por supuesto que no lo fue. El adiós que Jude y yo estamos obligados a hacer todos los domingos nunca era más fácil. Íbamos a escuelas a casi cinco horas de distancia, por lo que la posibilidad de colarse en una visita de lunes a viernes por la tarde se encontraba fuera de cuestión. Cuando nos despedíamos, era un adiós por unos eternos cinco días.

A excepción de esta semana. Sería sólo por tres días debido a las vacaciones de Acción de Gracias. Era realmente un momento para estar agradecidos.

—¿Así que estás de acuerdo en celebrar con mi papá y mi mamá el jueves? —le pregunté de nuevo, sólo para asegurarme. Jude ha sido civilizado, mientras lo han sido, pero había una tensión entre las dos familias que dudaba que incluso se aflojara con el tiempo. El padre de Jude asesinando a mi hermano porque mi padre lo había despedido, era el tipo de drama que los creadores de televisivos ni siquiera podían imaginar. Era la clase de cosas que la gente no "supera" después de unas pocas cenas familiares.

—Luce —dijo, acariciando mi rostro—, eres mi familia. Donde tú vayas, yo voy. —Parpadeó, mirando a través del parabrisas—. No hay nadie más que tú.

No me gusta hacer hincapié en la falta de familia de Jude, porque hacía que mi corazón doliera como lo hacía ahora. Jude realmente no tenía familia. Sin padres, sin hermanos, sin abuelos, tías o tíos. Y no debido a una elección. Toda la familia de Jude, uno por uno, lo abandonó.

Yo sabía, que en el fondo de su ira y posesividad sobre mí, eso era lo que más temía de mi parte: que un día le diera la espalda y caminara tan lejos como pudiera llegar.

El dolor en mi corazón se profundizo.

—Bien —dije, tratando de actuar como si no estuviera dolida—, porque somos un equipo y los equipos no dejan a sus miembros ir a unas vacaciones en familia solos.

—Muy bien, equipo —dijo, girándose en su asiento, evadiéndose tanto como yo. Tomando una mirada a mi dormitorio que se asomaba en frente de nosotros, suspiró.

—¿Hasta el jueves?

Tomé donde dejó salir su suspiro. —Hasta el jueves.

Inclinándose, sus ojos se dirigieron hacia mi boca. —Mejor que sea uno bueno entonces.

Yo no podía dejar de sonreír, a pesar de sentirme como una mierda. Mojé mis labios, me incliné más cerca, haciéndolo uno bueno.

9

Traducido por Vane-1095

Corregido por Vericity

El aroma de pachulí[6] y el ritmo del reggae recorrió el pasillo, alertándome que mi compañera y amiga, India, estaba, en este momento, o a punto de tener sexo en nuestro dormitorio. Era en todos los otros días una ocurrencia en mi vida.

Si estaba de suerte, podía esquivar y esquivar con mis libros para que pudiera estudiar en el área común. Si no lo estaba, y de la habitación salía una erupción con gritos y gruñidos y gemidos, sólo tendría que esperar. La última vez que había entrado con India y su hombre del día, había visto cosas que ninguna persona temerosa de Dios debía hacer.

Deteniéndome fuera de la puerta, escuché. Nada más que *Bob Marley* consiguiendo su arboleda. —¿Indie? —dije, dando golpecitos en la puerta—. ¿Es seguro entrar ahí?

—Es seguro, señorita pura y mojigata —gritó India a través de la puerta.

Al abrir la puerta, el almizcle de pachulí casi me derribó. India se encontraba envuelta en la silla que había metido en la esquina vestida con su bata de baño rojo kimono de seda, fumando algo que probablemente no sería kosher con el asesor residente.

—¿Divirtiéndote?

—Eh-eh —suspiró, dándome una pequeña sonrisa estúpida—. Si hubieses llegado cinco minutos antes, podríamos haber hecho de esto una reunión a tres.

Lanzando mi bolso en mi cama, me dejé caer en nuestra silla rodante.

—Apesta ser yo.

India se inclinó hacia adelante en su silla, su piel oscura todavía salpicada de sudor. —Hablando de chupar[7] —comenzó, frunciendo los labios—. ¿Ustedes...? —Hizo unos círculos con su dedo índice.

—No es asunto tuyo —le dije, haciendo girar la silla.

—Así que no lo hiciste —dijo, echándose hacia atrás en la silla.

---

[6] **Pachulí:** Es una planta y aceite esencial obtenido de las hojas de la planta del mismo nombre. La esencia de pachuli es fuerte e intensa. Se la ha usado durante cientos de años en perfumes, y crece en el oeste y este de la India.

[7] Juego de palabras con suks, significa normalmente apestas o chupar.

—No —dije, chasqueando la lengua—, no lo hicimos.

—Apesta ser tú —dijo, riéndose entre dientes.

—Oh, cállate —dije, agarrando nuestro peluche hormiguero que manteníamos apoyado en nuestro escritorio de la computadora y lo arrojé hacia ella—. Estás consiguiendo suficiente para todos de nosotros.

—Sí —dijo, tomando otro trago de su humo—. Sí, lo estoy.

Dando otra vuelta en la silla, miré al techo, paralizando todo el esfuerzo en el estudio, ya que, mientras que India era el equivalente femenino de un libertino, no había más que pudiera escuchar u ofrecer un mejor asesoramiento a la hora del complicado mundo de hombres que mi compañera de cuarto. Salvo por Holly, pero estaba atrapada en un vuelo por el próximo par de horas y necesitaba inmediatamente un consejo.

—¿Cómo fue Jude? —preguntó, interrumpiendo mis tácticas dilatorias.

—Él fue... —Suspiré, repitiendo el fin de semana. Una gran cantidad de altos y bajos—. Fue Jude —me decidí por eso.

—La montaña rusa de Jude —dijo Indie, haciendo un sonido mm-mm-mmm con la boca—. Ahora, cariño, ese es un paseo del que nunca querría bajar.

—Lo sé —le dije, empezando a sentirme mareada por la rotación—. Yo no quiero tampoco.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es la montaña rusa —le dije—. Estamos bien en la cima del mundo o llamando a la puerta del infierno. No hay en medio. No hay espacio para respirar. Sólo constante subir y bajar a cien millas por hora.

Siempre se sentía bien hablando con India acerca de mis preocupaciones con Jude y mi relación. Ella nunca juzgaba, sólo daba sólidos consejos.

—Lo sé, Lucy —dijo, cambiando en su asiento—, pero tu hombre es una persona apasionada. Al igual que tú. Si los dos están juntos, tienes que aceptar la montaña rusa como una forma de vida. No quieres que cambie, que es más de lo que él querría cambiar. Las subidas y bajadas drásticas serán lo que el gasto de tu vida con Jude será. Eso es un hecho. Sólo tienes que preguntarte si vale la pena. ¿Lo que ustedes dos juntos tienen vale la pena el sacrificio? —Entrecerró los ojos en mí, proyectando el mensaje.

Sabía que tenía razón, y sabía que valía la pena, pero era un ser humano y no podía evitar querer lo inalcanzable. —Me gustaría poder comerciar en la montaña rusa de un carrusel. Ser capaz de anticipar lo que está a la vuelta de cada esquina, haciendo el recorrido con subidas y bajadas menos dramáticas.

—Lo entiendo —dijo India, asintiendo con la cabeza—, pero eso no es la mano que te repartieron, nena. Jude fue la mano que te repartieron, y ese hombre no es carrusel, Lucy. Ese hombre es el super-loco, Six Flags[8], rodillas

[8] **Six Flags:** Es la cadena mundial más grande de parques de diversiones.

temblando por la extraordinaria montaña rusa. —Contuvo el aliento, fuera de sí después de la deposición.

—Lo sé —admití, ya sintiéndome mejor.

Jude era una montaña rusa—yo era una montaña rusa. Juntos hemos creado esa súper cosa loca. Daba miedo, de pie en el suelo y mirando hacia él, pero si ese es el viaje que tenía que tomar para estar con Jude, estaría primera en la fila.

—Oye, gracias a las estrellas que tu hombre no es un coche chocante para niños —añadió India, tomando otra bocanada antes de soplar un anillo de humo—. Salí con un hombre que una vez fue así. El hombre que es el único responsable de por qué no salgo más. Incluso hizo el amor como los malditos coches de niños. Bump. Chisporroteo, chisporroteo. —India se sentó, sacudiéndose hacia atrás y adelante—. Bump. Chisporroteo, chisporroteo. —Empecé a reír, viendo su actuación fuera de la escena—. Bump. Catódica, chisporroteo, chisporroteo. Bump. Explosión. —Encrespando su nariz, gimió, colapsando de nuevo en la silla.

Nuestra risa se mezcló por el pasillo con el señor Marley.

***

—Gran práctica de hoy Lucy —dijo Thomas, viniendo detrás de mí mientras salía de las puertas del auditorio.

—Bueno, ayuda que mi pareja sea un infierno de bailarín —le dije, dándole un codazo mientras envolvía mi bufanda alrededor del cuello.

Era el miércoles antes de Acción de Gracias y el clima de Nueva York ya lo llevaba adelante. ¿Qué había poseído a una chica que cree que el sol era esencial en la vida para ir a la escuela en un lugar donde el invierno gélido corría a largo plazo?

Mis zapatillas de ballet rebotaron contra mi cuerpo mientras caminaba, recordándome por qué.

—Sí, así que, tu novio —comenzó Thomas, luciendo inquieto por sólo hablar acerca de Jude—, ¿sabe que somos compañeros para el recital de invierno?

Pobre Thomas. Él era un bailarín, no un luchador. Yo tendría miedo de mis medias también si se suponía que debía levantar por la entrepierna la novia de un chico que daba buenos golpes.

—Todavía no —le dije, tirando la gorra sobre mí. Viviría en un estado de pelo sombrero de aquí a mayo.

Thomas se aclaró la garganta, jugueteando con la correa de su mochila.

—¿Estás pensando en decirle?

—Por supuesto —dije, volviéndome hacia mi dormitorio. Todavía tenía que terminar una tarea antes del final del día y cuanto antes me meta en la cama, lo más pronto Jude estaría aquí por la mañana para pasar cuatro días enteros juntos. India volaba de regreso a casa de sus padres fuera de Miami, así que tendríamos la habitación entera para nosotros.

Yo no pensaba dejarlo una vez. Eso es para lo que la entrega era.

—¿Cuándo?

Me encogí de hombros. No me había dado realmente mucho pensamiento. —Este fin de semana, supongo.

—Está bien —dijo Thomas—. Sólo quiero estar preparado. Probablemente lo mejor es saber más temprano que tarde. Hará el choque un poco menos... extremo.

—Has reflexionado sobre esto —le dije, tratando de no sonreír para regalar mi diversión—. Bien por ti.

—Sí —dijo Thomas—. Si el tío casi pegaba mi culo por ayudarte a salir de un corsé, me va a matar en el acto al ver nuestra interpretación moderna del *Rapto de Proserpina.*

Thomas deletreándome movió el decirle a Jude acerca de nuestro desempeño y los "encuentros" que Thomas y yo compartiríamos en el escenario hasta el número uno en la lista. Más aviso tenía Jude sobre eso, más tiempo tendría para hacerse la idea y, como Thomas lo había puesto, no matarlo en el acto.

—No te preocupes, todo irá bien —le dije, deteniéndome fuera de la sala del dormitorio.

—Yo diría que voy a ser otra cosa que "bien" después de que tu novio termine conmigo, pero gracias por el voto de confianza. —Dirigiéndose a la acera, Thomas de despidió—. Que tengas un buen descanso, Lucy.

Lo haría.

—Tú también —dije después de él, corriendo hacia el edificio porque tenía veinte segundos de entrar en un festival de charla.

India ya se había ido para el momento en que estuve de regreso, pero había dejado un regalo detrás. Acostado en mi cama estaba un bolso de compras negro, en cascada con papel de seda rojo y rosa. No el primer pensamiento de colores cuando se celebra Acción de Gracias.

Lagrimeando en la bolsa, tiré del papel de seda detrás de mí, mirando dentro. Mi boca cayó cuando saqué el artículo en la parte superior. Era negro, de encaje, y tenía agujeros en los lugares que estaban cubiertos normalmente.

—India —murmuré, sacudiendo la cabeza. Poniendo la ropa interior a un lado, agarré lo primero en la bolsa que cayó en mis dedos. Algo frío y duro. Saqué

un par de esposas hardcore, completas con llave, que colgaban de mi dedo. Lanzándolas de nuevo en la bolsa como si picaran, hice rodar la parte superior de la bolsa y la metí en el fondo de nuestro armario.

Podría estar lista para dar el siguiente paso con Jude, pero no estaba lista para ir de A a Z en la misma noche. Regalaría de nuevo estas joyas en Navidad a la chica que tan cuidadosamente las había seleccionado para su mojigata residente.

Me apresuré a través de mi último trabajo y fue enviado por correo electrónico al profesor a las ocho de la noche. Tomando una taza de té caliente y una hamburguesa vegetariana para la cena, apagué las luces y me metí en la cama, esperando caer en un sueño profundo.

Después de dar vueltas en mis sábanas en un tornado tres horas más tarde, me di cuenta de que mi sueño y yo no hacíamos las cosas fáciles para los otros. Un poco de tiempo después de la medianoche, tiré un viejo DVD en el reproductor y vi dos películas hasta el final antes de que me las arreglara para quedarme dormida. Mi alarma sonaba a todo volumen en menos de dos horas después.

Esto en cuanto a las cualidades recuperativas del sueño.

10

Traducido por Lucia A y Elle 87

*Corregido por Suelick**

Estaba en mi tercera taza de café y en algún lugar entre mi segunda y tercera, había cruzado la línea de alerta. Estando nerviosa apunto de entrar en coma.

El saber que Jude llegaría en cualquier momento ayudó a mi perspectiva significativamente. Mis padres habían hecho reservas en algún lugar de lujo en el centro de la ciudad, queriendo ofrecernos una buena comida de acción de gracias. Yo había insistido que no necesitamos nada de lujo, pero mamá dijo que ella sólo había conseguido una nueva y grande cuenta y las cosas estaban mejorando. No importa lo que dije, no cedió, así que los cuatro comíamos en algún lugar ostentoso en SoHo.

Jude ya me había enviado un mensaje preguntándome que llevaba puesto y preguntándose si esto era una especie de reunión que requería corbata. Le respondí diciéndole que era una especie de lo-que-sea-que-él-quisiera en una especie de reunión porque Jude siempre parecía increíble en corbata o sin corbata.

Yo había elegido algo más elegante, un vestido de color arándano estilo vintage, porque había estado viviendo en jeans, suéteres y se sentía bien arreglarse de vez en cuando. Deslizándome en mis Mary Jane, un golpe sonó en la puerta.

Prácticamente bailaba en toda la habitación. Tiré la puerta abierta, encontrando a Jude allí de pie, luciendo un poco incómodo en su corbata y camisa de etiqueta, con las manos detrás de su espalda. Su incomodidad se derritió cuando tomó un buen vistazo a mí.

—Estás más linda cada vez que te veo —dijo, tomándome como si estuviera tratando de consolidar este momento en su memoria.

—Gracias —respondí, haciendo una reverencia—. Y tú estás bastante bien por ti mismo.

Deslicé mis dedos hacia abajo de su corbata.

—Es de Tony —dijo, adivinando mis pensamientos.

—¿Tony tiene corbatas? —No se ajusta a mi imagen del encantador que

conocía.

—Él es católico —dijo Jude, observando como mis dedos paseaban por su corbata—. Y su mamá lo llama cada domingo para asegurarse de que fue a misa. Así que sí, Tony tiene un montón de corbatas.

—Se ve bien en ti —dije, dejando la corbata gris caer en su lugar.

—Tony tuvo que ayudarme a atarla porque no sabía qué mierda hacía —dijo, moviendo su cuello de lado a lado como si la cosa estuviera estrangulándolo.

—¿Tienes tu maleta? —le pregunté, sin ver una a la vista.

La cara de Jude cayó. —¿Qué maleta?

Mi cara cayó junto con la suya. —La maleta en la que se suponía tenías que empacar para pasar cuatro días enteros conmigo —dije, queriendo hacer pucheros—. Esa maleta.

—Oh —dijo Jude, mientras su brazo buscaba algo—. ¿Te refieres a esta maleta?

Agarrándola entre sus manos, la arrojó sobre la cama. Ahora estábamos listos para el fin de semana.

—Y esto también es para ti —dijo, moviendo la otra mano por su espalda. Otra rosa. Una rosada esta vez. Hacíamos progresos; todavía no era la rosa roja de amor, pasión y en mi libro de sexo, pero era un paso hacia la dirección correcta de la rosa blanca de pureza que me había dado la última vez.

Se rió entre dientes mientras yo continuaba estudiando la rosa. —Es simplemente una flor, Luce. No es la respuesta a todas las preguntas de la vida.

Tomándola, la puse sobre mi almohada. —Todo tiene un significado. Queramos admitirlo a nosotros mismos o no.

Al entrar en mi habitación, se quedó observando mi cama antes de mirar de nuevo hacia mí. Me dio una pequeña sonrisa estúpida mientras agarraba el abrigo colgado en la silla giratoria.

—Supongo que es cierto —admitió Jude, sosteniendo mi abrigo abierto para mí—. Si eres una mujer. Pero para nosotros los hombres, una rosa es una rosa. Y a menos de que estemos enamorados de una chica o con la esperanza de que nuestro jodido cerebro salga de nuestros oídos, no salimos de nuestro camino para conseguirla.

Deslizando mis brazos en mi abrigo de lana hasta la rodilla, Jude deslizó mi pelo debajo del cuello. Sus dedos apenas rozaron mi cuello y se disparó un rayo a través de mi cuerpo, esto hizo su toque aún más caliente.

—¿Así que un hombre por este motivo es reducido a comprar una rosa para una chica? —dijo apretando el cinturón del abrigo. Me gire hacia él.

Tenía la misma sonrisa en su rostro y arqueó sus cejas. —Ambos.

Mi estómago se desplomo y cayó.

—Vamos —dijo, agarrando mi mano y llevándome fuera de la habitación—. Tenemos todo el fin de semana. Vamos a llegar a la comida de acción de gracias, desayuno-almuerzo, sea lo que sea, antes de que la ropa comience a volar.

Cerrando la puerta detrás de nosotros, dejé escapar un suspiro. —Si tenemos que hacerlo.

Jude se rió entre dientes mientras nos dirigimos por el pasillo.

—Desde que tus padres volaron a través del país, para poder tener una cena con su preciosa hija y su novio hijo de puta en algún restaurante YUPPI, sí, yo diría que tenemos que hacerlo.

—Tienes mucho sentido para ser un miembro de la especie masculina—dije mientras bajábamos la escalera.

Jude me dio una mirada que decía: *Obviamente*.

Mis tacones resonaron por la escalera, llenando el espacio con el eco.

—¿Cómo demonios caminan las chicas en esas cosas? —dijo Jude, estudiando los zapatos con una mueca de dolor.

—Tenemos poderes especiales que nos permiten hacerlo.

Jude se detuvo en la escalera debajo de mí.

—Sí, bueno, poderes especiales o no —recogiéndome en sus brazos, él me tiró contra su pecho—, no quiero que te rompas el cuello en las escaleras.

Envolví mis brazos alrededor de su cuello. —¿Vas a llevarme caminando por cuatro escalones más?

—No —respondió, con los ojos brillantes hacia mí—. Voy a besarte por cuatro escalones más. —Bajó su cuello, levanté el mío y cuando nuestras bocas conectaron, no estaba segura de cómo él fue capaz de seguir rebotando por las escaleras sin colapsar, pero yo no habría sido capaz de hacerlo. Tal vez esa es la verdadera razón por la que había decidido llevarme.

Rígidamente la puerta de salida se abrió, una sorpresa de Nueva York nos esperaba. Airosos copos de nieve se arremolinaban desde el cielo, aterrizando en nuestras caras. Jude levantó la mirada, llevando sus labios con él. El cielo estaba nublado, un tono azul grisáceo le teñía.

—Parece que la tormenta se dirige a nuestro camino —dijo, llevándome el resto del camino a su camioneta—. Menos mal que estoy preparado. —Pateando sus nuevos neumáticos de nieve, abrió la puerta y me dejó caer en su interior.

Miré a mi Mazda, estacionado en su lugar, sus ventanas ya cubiertas por una fina capa de nieve. Los neumáticos de nieve eran un concepto extraño para

mí, y estaba sin equipo para el invierno que ya se encontraba aquí, al parecer.

—No te preocupes, Luce —dijo Jude, saltando junto a mí—. Tendré cuidado. Voy a conducir tu coche hasta la tienda en algún momento de este fin de semana y conseguir un par de neumáticos de nieve.

No me gustó esa solución por un par de razones.

—No vas cualquier lugar este fin de semana a menos que cuentes moverte de la cabecera de mi cama a los pies de la misma —empecé, mirando por encima de él mientras salía del estacionamiento. Él sonreía—. Y soy más capaz de cuidar de mis propios neumáticos de nieve. No necesito que hagas todo para mí.

Su rostro se torció. —¿Por qué no?

—Porque no —respondí.

—Pero, ¿por qué?

Debido a un montón de razones, pero no me sentía con ganas de enumerarlas. Así que en lugar de eso me deslicé a su lado y apoyé mi cabeza en su hombro. —Porque simplemente no.

El viaje a SoHo duró veinte minutos, pero mi cabeza metida en el cuello de Jude con el brazo colgando sobre mí, hizo que el viaje fuera aún más rápido.

—¿Este es el lugar? —preguntó Jude, inspeccionando el restaurante que parecía estar construido con ventanas mientras lo rodeábamos.

—Este es —respondí, buscando a mis padres. Habían volado esta mañana y dijeron que podrían estar ubicados en su hotel antes de reunirse con nosotros para el almuerzo. Jude lucía visiblemente incómodo, continuaba mirando el lugar como si no encajara.

—Oye —dije, descansando mi mano sobre su pierna—, ¿Estás bien con esto?

Por supuesto que quería que compartiera acción de gracias con mi familia, pero no si eso significaba que él estaba incómodo todo el tiempo.

Maniobrando su camioneta en un apretado sitio en la calle, me miró. —Sí, estoy bien. —Agarró mi mano y la besó antes de apagar el coche—. Eres mi familia. Voy a donde vayas, Luce.

Esa sensación de calor que parecía siempre presente cuando Jude se encontraba alrededor se fundió a través de mí. Sus palabras eran tan hábiles como sus manos. Sabía entonces que el sufrimiento de montar la montaña rusa valía la pena por ser capaz de llamar mío al hombre a mi lado.

Viniendo hacia a mi lado, abrió la puerta para mí y, en lugar de prestarme una mano, me recogió nuevamente en sus brazos. Presionando un cálido beso en mi frente, me llevó a través de la calle blanca como la nieve y no me dejó hasta que nos hallábamos de pie en el vestíbulo del restaurante.

Los dos reíamos, consumidos por el otro, así que los clientes y el personal del restaurante nos observaba como si el circo acabara de llegar a la ciudad y no se registró con cualquiera de nosotros de inmediato. Una línea de personas esperando sus mesas nos evaluaban con caras amargas, y las anfitrionas de pie detrás de su podio saltaban de Jude con los ojos muy abiertos hacia mí con los ojos ceñidos.

—Lo siento —dije, aclarando mi garganta.

La mano de Jude serpenteó entre mi brazo, presionando mi cintura y con su otra mano se repitió en el otro lado.

—Yo no —dijo en voz alta, las palabras haciendo eco en el vestíbulo de techo alto.

Y entonces él estaba sumergiéndome cerca del suelo, sus ojos sonriendo sobre mí antes de que sus labios hicieran un lento trabajo descongelando los míos. Tan pronto como se fundieron en sumisión, se inclinó hacia atrás.

Sonriendo hacia mí, me susurró—: Yo no. —Antes de levantarme y ponerme nuevamente en posición vertical.

La habitación giraba y ahora los curiosos con los ojos entrecerrados habían intercambiado por pequeñas sonrisas. Algunos de los hombres incluso inclinaron sus copas de Martini hacia nosotros dos.

—Nombre bajo reserva —dijo la menuda y pelirroja anfitriona, todavía mirándome con ojos ceñidos. Estaba bien. Yo estaría dándole una mala mirada si un hombre como Jude acababa de sumergirla en el piso, sin dar atención si el mundo entero veía cómo de loco estaba por ella. Ser la novia de Jude era digno de malas miradas de cerca y lejos.

—Larson —contesté, dándole una dulce sonrisa mientras envolvía ambas manos alrededor del brazo de Judas.

Comprobando su libro, sus ojos se clavaron de vuelta a donde mis manos se hallaban puestas en Jude.

—Mesa veintidós —ladró a la camarera a su lado.

—Por aquí —dijo la otra, conduciéndonos al comedor.

—Gracias —le dije con otra sonrisa mientras caminamos pasando a la pelirroja cuyos ojos podía sentir observando cada balanceo que hacía el culo de Jude. Mira todo lo que quieras cariño porque el hombre es mío.

Mis padres se levantaron de la mesa tan pronto como nos vieron cruzar el amplio comedor. Los dos sonriendo, ambos cada vez más cerca a parecerse a los padres de mi juventud. Los padres que habían sido antes de que la tragedia nos cambiara a todos en personas que no reconocíamos.

Jude sostuvo mi mano apretada en la suya, masajeándola como si fuera una de preocupación. Entendí por qué. Incluso para mí, antes de la crisis

financiera de la familia, este lugar habría sido un poco fuera de liga de la familia Larson, reservado por primera vez para una cena especial del año quizás. Pero para Jude, alguien que venía de no exactamente una familia indigente, pero pobre, antes de pasar cinco años de su adolescencia en casas de chicos donde perros calientes y conservas vegetales eran un acontecimiento de cada noche, este lugar probablemente parecía un país extranjero.

Un país extranjero donde los ciudadanos lo observaban, su única camisa de etiqueta de un tamaño demasiado pequeño metida dentro de un par de jeans oscuros con el dobladillo deshilachado sobre unos viejos Converse, como si fuera un turista no deseado.

Me puse rígida, agarrando su mano, apretándola y mirando a algunos de los peores criminales a nuestro paso.

—Mi Lucy en el cielo —dijo papá, abriendo sus brazos mientras nos acercábamos.

—Hola papá —respondí, soltando la mano de Jude a darle un abrazo.

—Feliz día del pavo —dijo, apretándome firmemente.

—Gobble, Gobble —dije, sonriendo más a mamá.

—Hola, Cariño —dijo ella, su rostro luciendo más joven que la última vez que la había visto. Algunas de las arrugas profundas se habían solventado, y en vez de mirarse permanentemente cabreada, tendía más hacia el lado pacífico de las expresiones faciales.

Moviéndome de papá a mamá, le di un abrazo.

—Hey, Jude. —Escuché decir a papá, la sonrisa de puro placer en su rostro—. Lo siento, eso simplemente nunca pasa de moda.

—Hola, señor Larson —dijo Jude formalmente, estrechando la mano con él—. Feliz Acción de Gracias.

Mirando a mi mamá, Jude aclaró su garganta.

—Gracias por invitarme —dijo, cambiando su peso, su cara lucía inquieta. Caminé alrededor de la mesa hacia él, agarrando su mano de nuevo y relajándose visiblemente. Esto iba a ser más difícil para Jude superar de lo que yo había previsto. Sostendría su mano toda la tarde si eso es lo que necesitaba.

Mi mamá llegó alrededor de la mesa, deteniéndose delante de Jude y apoyó las manos en sus hombros. —Nos alegramos de que hayas podido venir —dijo con voz suave y una sonrisa bastante triste como para adivinar lo que pasaba por su mente. Envolviendo sus brazos alrededor de él, empujó a Jude a un abrazo. Él se veía tan torpe como ella.

Una vez que los saludos estaban fuera del camino, tomamos nuestros asientos. Me deslicé en mi silla cerca de Jude y encontré su mano debajo del mantel.

—Este es un lugar elegante —dijo Jude, mirando a los techos pintados y las lámparas de araña que colgaban encima de nosotros.

La mirada de papá siguió la de Jude y, aunque era sólo un poco después del mediodía y se encontraba sentado en una silla de respaldo alto que no era nada parecida a su viejo sillón reclinable, papá parecía alerta presenciando el momento. Era un cambio agradable.

—Es un poco exagerado, pero la comida se supone que es increíble —respondió papá.

Jude asintió, bajando la mirada al menú del día de Acción de Gracias.

—Muy elegante —añadió, abriendo mucho los ojos mientras revisaba los precios—. Tendrá que dejarme pagar por Luce y yo, señor Larson.

Ambas caras de mis padres parecían ofendidas.

Jude se las arregló para trabajar tiempo parcial en un taller cerca del campus para traer un poco de dinero extra. Yo no sabía cómo se las arregló para trabajar veinte horas a la semana sobre sus clases y su horario de fútbol y hacer tiempo para nosotros, pero lo hizo. Dijo que sólo él podía hacerlo porque no tenía que dormir. No creo que fuera una exageración.

—No podemos dejar que hagas eso —dijo mi mamá—. Los invitamos a ustedes dos aquí e insistimos.

Jude abrió su boca, lo cual era prácticamente un esfuerzo inútil a la hora de discutir con mi madre, cuando papá agitó su mano.

—Lo tenemos, Jude —dijo—. Es lo mínimo que podemos hacer.

La cara de Jude lucía pálida, antes de que su mano se apretara alrededor de la mía.

—¿Lo menos que podías hacer porque arruinaste mi familia?

Mi cabeza giró hacia un lado, mi boca abierta. Sabía que Jude estaba incómodo, pero nunca habría imaginado que se sentía ofendido. Me equivoqué. Lo había empujado en esto a él. Demasiado, demasiado rápido.

Los hombros de mi padre se hundieron mientras se reclinaba en su silla.

—Quise decir lo mínimo que podríamos hacer desde que has cuidado tan bien de nuestra hija.

Ni Jude ni nadie más tuvo la oportunidad de responder porque nuestra camarera llegó, sus ojos automáticamente focalizados en Jude.

—¿Qué puedo traerles para beber esta tarde? —preguntó. Bueno, le preguntó a Jude.

Nadie respondió; todos seguíamos todavía en un silencio sorprendido ante la mini explosión de Jude. Así que rompí el hielo.

—Voy a tomar un té de Granada. —Supongo que pude haber agregado un "por favor" por si acaso, pero la tipa no quitó sus ojos como lunas de Jude.

—Voy a tomar agua —dijo Jude, mirando fijamente su menú.

—Oh, haz algo divertido —dijo mamá, tratando de aligerar el ambiente—. Tienen una sidra caliente especial para hoy o…

Jude levantó la mirada, poniendo sus ojos sobre mamá. —Voy a querer agua —repitió, apretando su mandíbula.

Disparándole a mamá una mirada de déjalo, volví a mirar a la camarera. Ella todavía seguía obsesionada con Jude.

—¿Saben qué? Voy a tomar agua también.

Jude se volvió hacia mí, los músculos de su cuello tensionados, y le sonreí. Parecía afligido y listo para volverse loco como un gorila enjaulado. Nunca habría imaginado que un almuerzo de acción de gracias con mis padres sería tan potencialmente peligroso como se estaba convirtiendo.

Debería de haber sabido mejor.

—Que sean cuatro aguas —dijo papá, dejando caer su menú.

—¿Todos saben lo que van a ordenar? —preguntó la camarera.

—Tendremos cuatro de los cinco platos por la comida del día de acción de gracias —dijo papá, recogiendo nuestros menús.

—Estoy bien —dijo Jude, sacudiendo su cabeza—. Gracias, sin embargo.

—Jude —empecé, antes de que me apuntara con una mirada que cortó mi oración.

—No tengo hambre Luce —dijo—. Estoy bien.

Habíamos ido de mal en peor en diez segundos. Las cosas no pintaban bien para el resto de la tarde si continuamos a este ritmo.

—Hijo… —comenzó papá, nada más que preocupación en su voz, antes que la cabeza de Jude se girara para mirarlo.

—No soy su hijo —dijo Jude, apretando su mandíbula—. El hombre del que soy hijo está en la cárcel por matar a su hijo. Así que no pretenda que tenemos algún tipo de relación que le da derecho a referirse a mí como "hijo". —Estallando en su asiento, Jude empujó el respaldo de su silla y se marchó de la mesa.

Saltando de mi asiento, lo seguí. Incluso a paso rápido, él atronaba a través de la salida antes de que yo estuviera fuera del comedor. Estoy segura de que las personas nos observaban, pero todo a lo que presté atención fue a la amplia espalda dirigiéndose hacia la calle.

Tan pronto como salí por la puerta, corrí escaleras abajo hacia la calle.

—¡Jude! —le grité, pero no me escuchó. Caminaba de un lado al otro junto a su camión, sus manos en las caderas y sus ojos ausentes. Apretándose la cabeza pateó la rueda del camión justo antes de estampar un puñetazo en la arrugada cama. Su otro puño siguió, hasta que ambos se movían con tal rapidez que no podía saber cuál de los dos provocaba más daño.

—¡Jude! —Crucé la calle hacia él, casi resbalando con la nieve fresca—. ¡Jude para! —dije, deteniéndome a su lado y sujetando uno de sus brazos. Estaba tan concentrado en hacer mierda su camión, que tuve que envolver los brazos alrededor del suyo antes de conseguir su atención—. Jude —tomé aliento—, ¿qué estás haciendo?

Su mirada se mudó de las abolladuras que había causado en su camión a mis ojos. No se eclipsaron de negro a claro como hacían normalmente cuando yo interrumpía uno de sus ataques de rabia, y tenerlo mirándome con esos oscuros y torturados ojos hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

—Ahora mismo necesito que me dejes solo Luce —dijo, mordiendo cada palabra.

—Ni de broma te voy a dejar solo —dije sin soltar su brazo.

—¡Maldición Lucy! —gritó, dirigiendo el otro puño hacia la cama del camión—. No es seguro estar a mi lado ahora.

—No me harías daño —dije

—Nunca lo haría intencionalmente, pero daño cosas Luce. Lastimo gente —me dijo y apartó la mirada—. Seguro que no lo hago a propósito, está en mi maldito ADN. El único modo en que puedo protegerte de mí es reconociendo los momentos en que no es seguro estar cerca de mí, decírtelo y que me escuches.

Su tono había variado del enojo a la plegaria. Me rogaba que diera media vuelta y que lo dejara solo en este preciso momento, cuando más nos necesitábamos el uno al otro.

—Necesito lidiar con mi mierda ahora mismo. Necesito hacer esto solo —dijo, amoldando su mano a mi mejilla, pero fue tan cuidadoso que parecía que temiera que el contacto pudiera quebrarme—. Dile a tus padres que lo siento.

Levanté mi mano y la doblé sobre la suya en mi mejilla, intentando presionarla más fuerte contra mí. Sentí una cálida humedad. Sujetando mi mano frente a mi rostro agarré la suya.

—Estás sangrando.

—Apenas —dijo, retirando la mano

—"Apenas" es cuando te cortas con un papel —dije, mirando fijamente su otra mano, que también goteaba sangre—. Estás haciendo piscinas de sangre en la nieve. Necesitas puntos.

Abriendo el lado del conductor tomé las llaves que dejaba bajo el asiento.

No sabía dónde quedaba el Servicio de Urgencias más cercano, pero nos encontrábamos en Nueva York, alguno tendría que estar cerca.

—Entra —le instruí—. Te estoy llevando a que te cosan esos tajazos.

—No, no lo harás —dijo Jude, atrapando mi cintura y sacándome del camión—. Vas a regresar ahí dentro y disfrutar el día con tus padres.

—Necesitas que te miren eso —dije, agitando mis manos hacia las suyas

—Déjalo Luce —me advirtió, soltándome y saltando dentro de la cabina.

—¡Deja de actuar como un idiota y piensa! —le dije, pateando la puerta mientras la cerraba.

Bajó la ventanilla y suspiró. No me miraba.

—Estoy trabajando en ello —dijo—. ¿Tus padres te pueden dar un aventón hasta tu casa?

—Si dijera que no ¿te quedarías?

No hizo una pausa.

—No —dijo, encendiendo el camión—. Pero me aseguraría de que un taxi te llevara a casa a salvo.

Desquiciante.

—Entonces sí, me llevarán a casa.

—Bien. —Asintió una vez—. Te llamaré más tarde, después de que organice mi cabeza.

Manifesté mi frustración con una risa.

—Si tuviera que esperar a que organices tu cabeza, estaría esperando para siempre.

Su rostro se arrugó mientras cerraba los ojos.

—Creo que comienzo a ver eso también Luce.

Entonces, sin siquiera mirarme, sacó el auto, hizo una pausa y esperó a que me moviera. Cediendo, retrocedí unos pasos.

—Adiós —susurró, las llantas del camión dibujaron líneas en la nieve.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero no las dejé caer porque hacerlo era como admitir que había algo por lo que valía la pena llorar. Ese era un sitio al que no quería ir cuando se trataba de Jude y de mí. Así que no lloré, obligué a las lágrimas a desaparecer. Me concentré en la nieve salpicada de sangre, apartando los pensamientos que se colaban en mi cabeza, susurrando que esto era una metáfora de lo que estaba por venir.

Sí regresé al restaurante ignorando las miradas curiosas, el desdén y la desaprobación. Me las arreglé para mantener una conversación casual con mis

padres y comer un poco de todo lo que habían servido. Gesticulaba y ponía el rostro de "está todo bien", pero no lo estaba. Cada segundo que pasaba taladraba otro agujero en mi corazón. Quería estar con él, reconfortar lo que hubiera que reconfortar, asegurarme de que íbamos a estar bien, saber que campearíamos el temporal.

Después del almuerzo les mostré Nueva York a mis padres. Vimos las vistas, intercambiamos más charla casual y el dolor en mi corazón creció.

—Cariño, ¿estás segura de que no quieres quedarte con nosotros en el hotel esta noche? —me preguntó mamá, girando en su asiento mientras papá conducía a través del campus de Julliard—. Volamos temprano mañana, pero puedes dormir un poco más, ordenar servicio de habitación y podemos hacer que un taxi te lleve de vuelta.

—Gracias, pero tengo un montón de tarea que necesito hacer y necesito ensayar para el recital de invierno —dije mirando por la ventana, intentando tararear "Blackbird" al ritmo de los altavoces. Aún en auto alquilado papá tenía que poner *The Beatles* a todo lo que daba.

—¿Tienes deberes en el descanso de Acción de Gracias? —Papá metió baza, mirándome a través del retrovisor.

—Ni que lo digas —dije, sonando tan entumecida como me sentía—. Aquí son unos esclavistas.

Papá chasqueó la lengua, moviendo la cabeza.

—¿Esta es Lucy en el cielo? —preguntó papá mientras aminoraba frente al oscuro dormitorio

—Hogar dulce hogar —dije, mientras alcanzaba la manija del auto en el que habían derrochado dinero. De hecho, habían derrochado en el viaje completo, y un robot hubiera sido igual de buena compañía.

Saliendo del auto miré hacia el Mazda, la nieve había cesado, pero unas cuantas pulgadas lo cubrían.

—¿Estarás bien Lucy? —preguntó mamá, bajándose y mirando hacia el coche conmigo.

—Estará bien —respondió papá en mi lugar, saliendo del coche y sonriéndome con complicidad.

Asentí, era la única mentira de la que era capaz ahora.

—Gracias por venir —dije, abrazando a papá—. Siento que las cosas se hayan estropeado.

—La vida es así, mi Lucy en el cielo —me dijo, acariciando mi mejilla—. Es lo que se espera.

Para alguien que había sido declarado inestable mentalmente cinco años

atrás, mi padre era un hombre muy sabio.

Mamá dio la vuelta y me envolvió en sus brazos.

—Todo estará bien cariño —me dijo al oído—. Los hombres necesitan tiempo para aclarar las cosas, no necesitan hacer papilla cada asunto como nosotras.

Y para alguien que había sido una reina de hielo por los últimos cinco años, podía ser sorprendentemente cálida.

—Gracias, mamá —repliqué—. Eso suena como un buen consejo.

—Soy la experta —dijo, sonriendo frente a mí—. Lo he vivido por los últimos cinco años —articuló las palabras echando un vistazo a papá.

—Que tengan un buen viaje —dije, dándoles pequeños besos en las mejillas a cada uno antes de dirigirme a la pasarela—. Los veo en Navidad.

—Te quiero cariño —dijo mamá mientras me observaban alejarme hacia mi dormitorio.

Obviamente no iban a dejar de mirarme hasta que estuviera encerrada dentro, a salvo. Para los padres, cuyos hijos no crecieron en Nueva York, la ciudad es un sitio donde los homicidios ocurren al doblar de la esquina y un criminal acecha en cada sombra. Estaba convencida de que mi mamá tenía un bote de gas lacrimógeno entre sus manos cuando se bajó del auto.

Deslicé mi tarjeta magnética en la ranura y empujé la puerta. Antes de entrar les hice un gesto con la mano y ellos respondieron igual. Sonriendo, mamá se refugió bajo el brazo de papá, luciendo como los padres que habían sido cuando estaba en la escuela primaria. Al menos una cosa en mi vida mejoraba.

El pasillo del dormitorio se hallaba traquilo, en silencio. La mayoría había regresado a sus casas, celebrando con sus familias; mientras que los que quedaban era probable que estuvieran celebrando con sus amigos.

Empujando la puerta de la escalera, caminé por el pasillo vacío, considerando mi próximo movimiento. Luché contra todos mis instintos de subirme al Mazda y no detenerme hasta encontrar a Jude. Sabía que debía resistirme y mantenerme quieta, como me había pedido. Sentarme tranquila, darle espacio, y él me llamaría cuando el arranque de furia se hubiera calmado.

¿Pero cuánto tiempo hasta que llamara? ¿Quería decir esta noche? ¿Mañana? ¿La próxima semana?

Topando mi cabeza contra la puerta mientras la abría, jugueteaba con la idea de lanzar una moneda. Por fortuna llegué a la conclusión de que eso era un desastre esperando a ocurrir. No iba a dejar que el destino tomara decisiones por mí. Ese era mi trabajo.

Prefería ser la culpable de tomar una mala decisión que dejar que el destino se llevara el crédito cuando tomara la correcta.

Encendiendo la luz, me detuve en el umbral, mirando a la cama donde descansaba la maleta de Jude y la rosa rosada que me había dado horas antes. La rosa había comenzado a marchitarse.

Observando la flor, los pétalos rosados curvándose en los extremos mientras la vida se le escapaba, me ayudó a tomar una decisión. Apagué la luz, cerré la puerta nuevamente y corrí por el pasillo. No iba a dejar que lo que teníamos muriese por negligencia.

Me encontraba escaleras abajo y fuera del dormitorio minutos después de que mis padres se fueran. Todavía tenía que comprar una de esas cosas quitanieves que los neoyorquinos nativos parecían tener por pares en las cajuelas de sus autos cualquier día del año. Usé mi brazo para barrer la nieve de las ventanillas antes de lanzarme dentro.

Encendí los calentadores tan pronto como puse el coche en marcha y apreté el acelerador un poco más duro de lo que las condiciones invernales permitían. El coche patinó, dejando un patrón marcado en la nieve, antes de poder controlarlo. No había dejado el estacionamiento y ya perdía el control.

Inspirando suavemente, apreté el acelerador con cuidado y el coche se comportó. Para cuando había abandonado Long Island, ya me sentía confortable manejando por la nieve, pero los caminos estaban tranquilos, y lo estarían aún más para cuando llegara a Syracuse. Serían pasadas las dos de la mañana, tal vez tarde, antes de que llegara a la entrada de grava de Jude.

No sabía si sería ahí al sitio que había ido, podía estar donde quiera pero sería el punto de inicio. Miraría en cada rincón y exploraría cada grieta de Nueva York hasta encontrarlo. No me importaba que me dijera que lo dejara solo, que le diera tiempo para arreglar su mierda. También sabía que había verdad en lo que mamá me había dicho acerca de los hombres y su falta de necesidad de hablar de los asuntos hasta la muerte.

Yo no necesitaba hablar, sólo que supiera que estaba ahí para él. Necesitaba que me sostuviera mientras averiguaba lo que necesitaba averiguar. Necesitaba que supiera que no iba a marcharme a ningún sitio y que no podía enviarme a otro lugar que no fuera donde estuviera él.

Necesitaba que me mirara a los ojos y que supiera que todo estaría bien.

Eran más de las tres cuando apagué el auto fuera de la casa de Jude. La nieve había hecho el viaje complicado, además de agregarle una hora más. Ya no me sentía cansada: atravesando el patio delantero se encontraba el camión de Jude, la evidencia del incidente de la tarde donde su camión se había convertido en su saco de boxeo estaba frente a mí.

El montón usual de autos adornaban la calle y las entradas de garajes, pero cada noche en este sitio parecía un tipo de fiesta.

Atravesé el césped, asegurándome de ir despacio porque la caída de las temperaturas en Nueva York había convertido a la mayor parte del estado en

una delgada sábana de hielo. Todavía tenía puestos mis Mary Jane y no eran los zapatos ideales para caminatas por terrenos de hielo.

Llegué al camino y las escaleras, descansé la mano en el pomo de la puerta, exhalé; dándome cuenta del apuro en el que había estado para llegar, me percaté de que no había planeado nada de lo que iba a decirle.

No necesitaba decirle nada, me recordé. Sólo necesitaba enroscar mis brazos a su alrededor y hacerle saber que estaba ahí para él, como me necesitara que estuviera. Mientras no se tratara de ser abandonada en alguna calle del SoHo.

No toqué la puerta porque nadie hubiera respondido, y tocar a la puerta no era una formalidad a la que se adhiriera este sitio. De hecho, no había formalidades habitando los muros de esta casa más allá de llamar un taxi para la última chica con la que se hubiera acostado alguno de los chicos.

Algunos chicos perdían el tiempo en el salón, comiendo pizza y jugando video juegos, pero ninguno se dio cuenta cuando entré. Jude no se hallaba entre ellos, así que troté escaleras arriba, esperando que mi búsqueda terminara en su habitación. No necesitaba una audiencia para la reacción de Jude cuando me viera aparecer en medio de la noche.

Su puerta estaba cerrada, ningún sonido venía del otro lado excepto la ducha. Abriendo poco a poco, entré. Ya me dirigía hacia el baño, cuando me di cuenta de que no era Jude quien estaba en la ducha, causando las nubes de vapor en la habitación.

Se encontraba en su cama, en un coma alcohólico, completamente desnudo.

Sus dedos aún rodeaban una botella de tequila casi vacía. Mi mente no podía mantener el paso de lo que venía. Jude. Desnudo. Cama. Borracho. Tequila. Ducha.

Justo cuando mi corazón caía en la cuenta de lo que no quería, la ducha se cerró. Quería dar media vuelta y huir de su habitación y de la casa y pretender que no había visto nada. Quería despertar mañana con la memoria borrada de todo lo que había pasado desde las doce del mediodía de ayer hasta las tres de la mañana de hoy.

Escuché abrirse la cortina de la ducha y justo cuando retrocedía hacia la puerta alguien salió sin prisa del baño. Tan desnuda como Jude y mojada por la ducha, la mirada de Adriana se dirigió a mí, su rostro cayendo por un segundo y luego alzándose en una sonrisa.

—Ups —dijo, volteando hacia mí para que pudiera ver cada pulgada de su cuerpo desnudo que Jude había disfrutado—. No te esperábamos exactamente.

Continué retrocediendo sin poder salir lo más rápido posible de la habitación. En mi prisa, mi cadera se estampó en uno de los costados del tocador

de Jude. Algo cayó al piso, rompiéndose. No necesitaba mirar para confirmar lo que acababa de hacerse añicos.

El sonido sacudió a Jude. Meneando la cabeza, lo primero que notó fue la botella que sostenía. Arrugó el ceño. Examinando sus brazos desnudos, sus ojos siguieron toda su extensión. Otra arruga se sumó a su expresión. Entonces notó a Adriana, desnuda, en su mojado esplendor, tomándose un descanso de su sonrisa de satisfacción hacia mí y dirigiéndole un guiño a él.

La expresión de Jude se endureció, empalideciendo, entonces, sus ojos barrieron el camino hasta mí, todo su rostro se rompió, justo como había hecho el mío.

No iba a perderlo frente a ella. No la iba a dejar ver que había ganado. Alcanzando la puerta finalmente, me lancé fuera, corriendo por el pasillo cuando el gritó de Jude resonó tras de mí.

—¡Luce!

No me detuve, ni siquiera aminoré. No me detendría o aminoraría el paso o suspiraría cuando dijera Luce nuevamente. Dando tumbos por la escalera me tropecé con un pecho duro.

—Guau —dijo Tony, sosteniéndome—. ¿Lucy? ¿Qué haces aquí? —preguntó, mirándome—. ¿Por qué estás enojada?

Mirando por encima de mi hombro, evité el agarre de Tony. No lo vi, pero su voz se acercaba.

—¡Luce! —gritó Jude desde el pasillo—. ¡Espera!

No lo hice. No podía.

Apresurándome, salí, salté hacia las escaleras, deslizándome casi todo el camino hacia el Mazda. Mis manos temblaban, pero me las arreglé para sacar las llaves del bolsillo de mi abrigo y encender el auto. Una sombra eclipsó la luz que se filtraba por la puerta principal abierta.

Jude.

Pisé el acelerador, olvidándome que está sobre un plano de hielo. Las llantas giraron, llegando a ningún sitio.

—¡No Luce! —gritó tan alto que pude escucharlo a través del césped y de las ventanillas del coche.

Tomando aliento, desaceleré, esta vez gané. Animando al Mazda hacia adelante, retomé velocidad.

Antes de llegar unos cuantos coches más allá, vislumbré a Jude, saltando las escaleras y corriendo a través del césped tras de mí. Aún estaba desnudo, nada más que un par de calzones apretados frente a la región inferior.

Apretando el volante, presioné despacio, rezando para no terminar en una

cuneta al final del camino.

—¡Lucy! —gritó, golpeando el costado del coche.

Grité sorprendida, pisando más despacio el acelerador. Golpeando mi ventana, él corría a la par del coche.

—¡Detente Lucy! —gritó—. ¡No hagas esto!

No podía mirarlo, no podía mirar lo que había perdido tan pronto después de perderlo por primera vez. Manteniendo los ojos en el camino, me mordí el labio para evitar llorar, y sacudí la cabeza antes de presionar el acelerador.

Él paró de intentar mantener el paso cuando llegué al final del bloque, y aunque hubiera jurado que no lo haría, miré por el retrovisor. Estaba en cuclillas en medio del camino, exhalando su aliento en nubes hacia el aire de la noche, y su cabeza colgando como si rezara y al mismo tiempo estuviera aceptando su castigo.

11

Traducido por Mery St. Clair

Corregido por Verito

No sé cómo llegué al estacionamiento de un hotel fuera de Monticello —sin un rasguño— pero supongo que tenía algo que ver con los ángeles. Había numerosas alertas a través de la radio sobre personas saliéndose de la carretera, y si alguien tenía que salir por una emergencia, debía asegurarse tener un buen par de neumáticos para la nieve.

Así que el hecho de que una joven que nunca había conducido en la nieve o el hielo en su vida lograra conducir su auto sin siquiera llantas para la nieve, por varios cientos de kilómetros, sin tener un accidente, yo sabía que algún tipo de ser etéreo tenía algo que ver.

Agarré mi bolso y salí del auto. Mis tacones resbalaron y patiné a través del estacionamiento, pero logré llegar al vestíbulo de forma segura. El aire estaba perfumado con café y algún limpiador químico. Pero se encontraba limpio y era un lugar donde Jude no sería capaz de encontrarme.

Sabía que él estaría buscándome—revisé mi espejo retrovisor cada kilómetro, esperando ver los faros de su camioneta encendiéndose y apagándose como señal para orillarme, pero nunca aparecieron. Pero, de nuevo, ¿quién sabe? Quizás lo sobrestimé. Quizás ya no le interesaba más cuando corrió desnudo en medio de la calle helada, usando nada más que un bóxer. El pensamiento me deprimió más. Quería que me persiguiera, una parte de mi no quería reconocerlo, pero yo quería saber que significaba para él algo más que una persecución de unos minutos.

Pero luego recordé el reluciente cuerpo desnudo de Adriana y esa sonrisa suya, y me juré que nunca querría volver a ver a Jude Ryder.

Caminé cuidadosamente a través del vestíbulo, como si estuviera todavía caminando sobre hielo, y la recepcionista levantó la mirada. Su sonrisa era cálida. —Buenos días —saludó.

—Hola —contesté, porque no había nada de "bueno" en esta mañana—. Necesito una habitación, si hay alguna disponible.

No consideré que el hotel pudiera estar lleno. El pensamiento de

regresar al auto y manejar con los nudillos blancos varios kilómetros para buscar el siguiente hotel hizo que mi estómago se revolviera.

—Seguramente tenemos una —dijo, sus dedos volando sobre el teclado—. ¿Cuánto tiempo te quedarás con nosotros?

El mayor tiempo posible. Hasta el final de los tiempos.

—Hasta el domingo —dije. No quería estar en mi dormitorio o un lugar donde yo pudiera ser encontrada.

—El cobro por día es hasta las tres, así que técnicamente se supone que el cargo serán por cuatro noches —dijo, deslizando una tarjeta llave a través de un dispositivo.

—De acuerdo —dije, sacando mi billetera.

—Pero es semana de Acción de Gracias y me gusta dar "técnicamente" un día descanso en las vacaciones —dijo, mirándome con esa sonrisa de nuevo.

No sabía cuánto costaría, ni siquiera sabía si la única habitación que quedaba disponible era la suite presidencial. Sólo quería meterme en una cama y dejar que el sueño me lleve lejos de la realidad.

Tomó mi tarjeta, estudiando mi rostro. Su sonrisa vaciló con preocupación. —Cariño, ¿estás bien?

Grandioso. Yo era una obvia exhibición de mis emociones. Supongo que mis ojos enrojecidos y cara hinchada no decían "todo está bien".

Asentí. —Sólo estoy cansada —dije, deseando que se cobrará rápido para poder seguir con mi camino.

Dándome una copia de mi recibo, me entregó mi tarjeta de nuevo. —Danos una llamada a recepción si necesitas cualquier cosa —dijo, apoyando su mano sobre la mía. Palmeándola, me dio otra sonrisa—. Dios sabe que los quiero, pero los hombres son un enorme dolor en el trasero.

No le pregunté por qué todas las recepcionistas de hoteles parecían ser más perspicaz que los demás.

Intenté sonreírle de regreso, tomé mi tarjeta llave del mostrador. —De acuerdo —contesté, antes de dirigirme hacia el ascensor.

Llegué hasta el tercer piso; incluso pude caminar por el pasillo y entrar a mi habitación antes de que la siguiente tanda de lágrimas comenzara. Para alguien que odiaba llorar, no había dejado de hacerlo hoy. Tomándome unos segundos para quitarme los zapatos y el abrigo, me deslicé entre las sábanas y cerré los ojos. Me dormí antes que las siguientes lágrimas cayeran en mi almohada.

***

Pasé los siguientes tres días sin salir de mi habitación. Dormí casi todo el viernes, vi la televisión sin prestarle atención, y no pedí mi primera comida hasta el sábado por la tarde, ya que había perdido el apetito. Aun así, tuve que esforzarme para terminar la mitad de mi sándwich de queso a la parrilla. Entre cambiar canales y dormir, tomé muchas duchas. Prefería el baño porque podía fingir que no lloraba cuando el agua caía sobre mí. Incluso intenté encontrar un estudio de ballet para poder bailar y poder sacar el dolor sofocante fuera de mi sistema. Por supuesto, no hubo ningún estudio que abriera esté fin de semana.

Apagué mi teléfono cuando desperté el viernes, ya que Jude había estado llamándome cada media hora desde la madrugada. Supuse que él ya había estado en mi dormitorio y descubrió que yo no estaba allí, y se volvía loco intentando averiguar dónde me encontraba o se preocupaba por mí.

Al apagar mi teléfono, me recordé a mí misma que un hombre que se acostó con otra mujer no tenía derecho a preocuparse por mí, y que yo no debía contestarle para decirle que estaba a salvo.

Dormí tarde hasta el domingo, queriendo retrasar lo inevitable. El hotel había sido como una cálida manta de seguridad, abrigándome de la tormenta que venía a por mí, pero yo no podía ocultarme por siempre. Tenía que volver a la realidad y desde luego, yo no arruinaría mi vida por un chico que me engaño a la primera oportunidad.

El hielo y la nieve se habían derretido desde la tarde del viernes, así que la carretera y mi Mazda se llevaron mucho mejor en este viaje, a pesar que la carretera estaba cien veces más transitada este viaje gracias a todos los turistas que regresaban a casa.

Ya era tarde cuando llegué a Juilliard. Me dije que no era una cobarde por haber querido disfrutar de las vistas de la ciudad desde el parabrisas de mi auto. Por supuesto, había estado viviendo en un estado de negación todo el fin de semana, así que, ¿por qué debería de detenerme ahora?

El estacionamiento se encontraba casi lleno otra vez, la luz de casi todos los dormitorios encendidas y había gente regresando de un largo fin de semana. Entrando a mi espacio asignado, apagué el auto y tomé un par de respiraciones profundas antes de salir. No podía retrasar esto por más tiempo.

Jude y su camioneta no estaba a la vista, así que quizás yo tenía

razón y no valía más que unos minutos de persecución y un millón de llamadas. El pensamiento me deprimió más.

Yo aún vestía la misma ropa que me puse el jueves, pero ahora estaba arrugada, sucia y necesitaba lanzarla al bote de basura pronto.

Podía oler el incienso y escuchar débiles sonidos, incluso antes de llegar al hueco de la escalera, que indicaban que India ya había regresado. Eso era justo lo que yo necesitaba. Acurrucarme a su lado mientras me hacía algún tipo de té hippy que contenga hierbas que yo no quiero saber, mientras me daba un consejo sabio y encajaba alfileres en un muñeco vudú parecido a él.

Empujando la puerta del hueco de la escalera, la cual se sentía el doble de pesada que lo normal, me puse rígida cuando entré al pasillo. La misma figura, en casi la misma posición que yo vi en mi espejo retrovisor cuatro noches atrás, estaba en cuclillas en el pasillo, mirando mi puerta como si estuviera rogando que le dejaran entrar.

Sólo había dado mi primer paso para regresar a las escaleras cuando los hombros de Jude se tensaron, justo antes de volver su cabeza en mi dirección.

—Luce —suspiró, diciéndolo como si fuera una oración.

Sacudí la cabeza, mis ojos se llenaron de malditas lágrimas mientras seguía retrocediendo. Yo no podía con esto más. No podía con Jude Ryder, él terminaría siendo el motivo de mi muerte o la razón de que terminé internada.

—Luce. Por favor —rogó, abriéndose camino hasta mí. Se tambaleó, como si se hubiera quedado sin fuerza o estuviera cayéndose de borracho.

Seguí retrocediendo. Era la única manera en que yo podía mantenerme protegida de él. Me iría hasta el fin del mundo si tuviera que hacerlo.

—Luce —repitió, su rostro retorcido. Apoyándose en la pared, Jude dio un par de pasos hacia mí. Pero no antes de que sus piernas cedieran, su cuerpo entero derrumbándose sobre sus rodillas.

Fue instintivo, no racional, como yo respondí. Corriendo hacia él, atravesándome un rayo de pánico de que estuviera muriendo. Nunca había visto a Jude débil; no pensaba así de él. Vulnerable, seguro, pero nunca débil. Y allí estaba, incapaz de soportar su propio peso más de un paso.

Deslizándome en el suelo junto a él, noté enseguida que su falta de equilibrio y coordinación no era inducida por el alcohol. Su aliento olía sólo a Jude, y sus ojos estaban claros.

Pero cuando sus ojos se encontraron con los míos, se nublaron con una emoción tan profunda que yo no estaba segura de poder descifrar nunca.

—Dios, Luce —susurró, su respiración pesada—, no vuelvas a hacerme esto otra vez.

Sus brazos alrededor de mí, empujándome contra él con toda la fuerza que le quedaba. No era un abrazo normal, de esos que me hacían sentirme segura de todo el mundo; este era vacío y un poco incómodo.

Apartándome de él, asegurándome de que no moriría en cualquier momento, mi dolor se transformó en ira. En parte, porque no debía estar aquí cuando ya no era bienvenido, y en parte porque no quería mirarlo perdido otra vez. Tenía su rostro lleno de dolor cuando lo rechacé.

—¿No vuelvas a *hacerme* esto otra vez? —Escupí las palabras hacía él. No me importaba que estuviera débil; No se merecía ni un poco de misericordia—. ¿No vuelvas a hacerme esto otra vez? —No era capaz de decir algo más.

—Sí —dijo, mirando al suelo—, no vuelvas a hacerme esto otra vez. ¿Sabes cuan jodido estuve preocupado por ti? —Su pecho subía y bajaba con sus palabras, como si el oxígeno no se quedara en sus pulmones—. ¿Sabes cuántas veces te busqué por la ciudad para asegurarme de que no estabas muerta en algún callejón? ¿Sabes cuántos hospitales, estaciones de policía y estaciones de noticias llamé cada hora para asegurarme de que no te habían encontrado en el fondo de una zanja? —Levantó sus ojos hacia los míos, y brillaron como ónix—. Así que, sí, no vuelvas a hacerme eso otra vez.

—Bien —dije, dándole otro empujón en el pecho. Por primera vez, pude realmente moverlo—. Dejaré de hacer eso cuando tú dejes de acostarte con zorras a mis espaldas. Oh, espera, he terminado contigo y tus jodidos engaños, así que puedes acostarte con quien se te dé la gana. —Empujándolo de nuevo, me levanté, lanzándome hacia mi puerta. Necesitaba mantener las distancias de él justo ahora, preferiblemente un Estado o dos, pero me conformaría con la puerta de mi dormitorio.

—Tú no me has terminado —dijo, con los dientes apretados mientras caminaba arrodillado hacia mí.

—Oh, sí, lo hice. ¡Terminé contigo, Jude Ryder! —grité, girándome para abrir la puerta—. ¡TERMINE CON ESTO! —Abrí la puerta de golpe. Jude parecía querer entrar en la habitación, pero yo me las arreglaría para cerrarle la puerta justo en la nariz.

Hizo una mueca, pero parecía que el dolor no era físico.

—¡El Infierno y Hades, ustedes dos! —gritó India, saltando de su silla en la esquina y caminando a través de la habitación hacia nosotros—. Dejen de hacer una escena. No son la primera pareja que tienen un problema, dejan de actuar así.

Haciéndome a un lado, se inclinó sobre Jude, bajando la mirada al suelo. —Lo siento —gritó—, estamos intentando arreglar un situación aquí. Y la arreglaremos aunque nos quedemos despiertos toda la noche.

Mirando nuestro alrededor para después bajar la mirada hacia Jude, quien se encontraba apoyado en el marco de la puerta, respirando como si aún no pudiera recuperar el aliento y la mirada fija en el suelo como si esperara que esté se lo tragara. Jaloneando los brazos de Jude, tiró de él dentro del dormitorio. —Entra aquí, loco hijo de perra.

Una vez que Jude estuvo dentro, cerró la puerta y se apoyó contra ella. Exhalando, miró hacia donde yo estaba de pie al lado de mi cama, brazos cruzados y mirando a todas partes menos a Jude.

—Escucha al hombre —dijo como si fuera una orden—, se lo ha ganado y tú te lo mereces.

—Espera —mis ojos fueron hacia India—, ¿ya has hablado con él? ¿Realmente crees todas esas mentiras que seguramente te dijo?

India no era ingenua y si le creía, como todas las especies, los humanos no eran de fiar, así que lo que fuera que le dijo Jude, debía de haber sido impresionante.

Una gran y gorda mentira, impresionante.

—Le creo —dijo, mirándome como si me estuviera comportando como una niña—. ¿Tienes un problema con eso?

—Sólo como un millón —repliqué rápidamente—, *amiga* —la acusé.

No funcionó. India era un pilar que no podía ser atravesado con palabras de culpa.

—Escucha, amiga —añadió, arqueando una ceja—. Él está aquí. Tú estás aquí. Discutan esta mierda y luego pueden volver a ser miserables de nuevo.

Caminando hacia mí, me abrazó y me dio un fuerte y largo apretón. Sus largos aretes de oro titilaron sobre mi hombro. —Hablen. Escúchalo. Sé que parece difícil, pero en realidad no lo es —dijo, moviéndose hacia la puerta—. Voy a estar por allí, si me necesitas.

Inclinándose sobre Jude, le acarició la mejilla. Él no respondió. —Aquí está tu oportunidad. No la desperdicies.

Abriendo la puerta, India lanzó una mirada hacia Jude, frunciendo el ceño. —Ve si puedes conseguirle a este hombre algo de comer o beber, Lucy. Estará tocando la puerta de la muerte pronto si no bebe algo de agua. Y será mejor que bebas, loco hijo de puta —dijo, pateando la pierna de Jude—, por que una persona sólo puede vivir siete días sin fluidos antes de que su cuerpo se venga abajo. Supongo que llevas cuatro días.

Antes de cerrar la puerta detrás de ella, India me dirigió una pequeña sonrisa de aliento, y entonces estuvimos sólo Jude y yo.

A pesar de que estaba muy cabreada con él, por fin noté que se encontraba cansado y débil, apenas capaz de recuperar el aliento, mirando al suelo sin verlo.

—¿Realmente no has comido, ni bebido nada en cuatro días? —pregunté, caminando hacia la nevera.

—No me acuerdo —respondió, con voz tan débil como el resto de él.

—Maldita sea, tonto —murmuré, tomando un par de botellas de agua en mi brazo y una barra de chocolate de India que yo escondí en el fondo para casos de emergencia. Un hombre a punto de desmayarse por no comer en días se calificaba como un caso de emergencia.

Cayendo de rodillas frente a él, desenrosqué la tapa de una de las botellas. —Aquí —dije, llevándola a sus labios—, bebe.

No fue una petición.

No se movió; su cabeza colgaba allí, con sus puños abriéndose y cerrándose sobre sus muslos.

—Jude —dije, levantando su barbilla para que nuestras miradas se encontraran—, bebe esto. Por favor.

Sus ojos lucían tan vacíos como su abrazo se sintió en el pasillo. Algo se retorció en mis entrañas, algo que iba más allá de cualquier cosa que él hubiera hecho.

Separó los labios y levanté la botella hasta su boca y la incliné para que un flujo constante cayera dentro de su boca.

Bebió, manteniendo sus ojos fijos en los míos, tragando todo lo que le di hasta que la botella estuvo vacía.

Tuve que apartar la mirada porque no podía mirar esos ojos por mucho tiempo. El gris se había drenado de ellos, dejando nada más de

negro detrás.

—¿Mejor? —pregunté, apartando la botella a un lado y dándole la siguiente.

Asintió, parecía que estaba a punto de jalarme hacia él.

—Bien —dije, levantando mi mano para estamparla en su mejilla. No me di cuenta de lo que hacía, pero se sintió muy bien.

Al menos, se sintió bien hasta que sus ojos se cerraron mientras una mano roja floreció sobre su mejilla.

—Lo siento —dije, inclinándome hacia él e inspeccionando su rostro.

Acababa de golpear a Jude. Duro. Y ni siquiera sabía que estaba a punto de hacerlo.

Llegué hasta la cumbre de la montaña rusa, y ahora comenzaba a bajar a toda velocidad.

—Jude, Dios —dije, examinando su rostro. Me había reducido a un monstruo emocional e instintivo—. Lo siento.

—Hazlo de nuevo —susurró, sus ojos todavía cerrados.

—¿Qué? —dije, con la esperanza de haber oído mal o que él se equivocó de palabras—. No.

—Hazlo —abrió los ojos, su mirada se encontró con la mía—, de nuevo.

Esta montaña rusa se venía abajo. De golpe. —No —dije otra vez, preguntándome si mi bofetada lo dejó mal de la cabeza.

—Maldición, Luce —gritó, agarrando mi muñeca mientras yo trataba de apartarme—, ¡golpéame de nuevo!

—¡No! —Ahora yo también gritaba—. ¡Suéltame, Jude!

—¡Golpéame! —gritó, levantando mi mano y lanzándola contra su rostro—. ¡Otra vez! —Tomando mi otra mano, la llevó con velocidad a su otra mejilla.

—¡Detente! —grité, intentando liberar mis muñecas de su agarre. Sus manos eran de hierro sobre las mías, sin dejarme ir. Condujo la otra palma hasta su rostro, y luego la otra—. ¡Detente! —lloré, mi garganta contraída por mis sollozos.

No lo hizo. Golpe tras golpe, Jude se abofeteó con mis manos hasta que mis palmas picaron.

—Jude, detente —lloré, sollozando con fuerza. Sus mejillas estaban rojas, las marcas de mis dedos en su rostro—, por favor.

Entonces, tan pronto como comenzó, liberó mis manos, dejándolas caer en mi regazo. Ardían, como si cientos de agujas hubieran pinchado mis palmas, pero como me sentía por dentro dolía peor.

Amaba al hombre roto arrodillado frente a mí—lo amaba como nunca amaría a nadie más. Pero no podía estar con él. Por muchas razones, este último episodio era el más reciente.

—¿Te sientes mejor? —dijo, retrocediendo, usando mi cama como un respaldo.

—No —dije, secándome la cara con el dorso de mí abrigo, mirando mis palmas como si no pudiera creer lo que eran capaces de hacer.

—Yo tampoco —dijo, frotándose sus manos por el rostro.

Su respiración se había vuelvo más rápida, y partes de su rostro que no estaban enrojecidas se encontraban pálida y pegajosa. Nunca había visto a Jude tan frágil, nunca me imagine que él pudiera serlo.

—Aquí —dije, dándole la barra de chocolate—, como esto.

—Pensé que no te importaba —dijo, jugueteando con la barra de chocolate, inspeccionándola.

—No me importas —mentí, sentándome en una posición más cómoda en el suelo—. Sólo cómela. No quiero que te desmayes porque necesitaría una docena de tipos para sacarte de aquí.

Una de las esquinas de su boca se curvó mientras desenvolvía la barra. Partiéndola en dos, me dio una parte. —Parece que necesitas comer tanto como yo —dijo, rompió otro trozo—. Comeré si tú también comes.

Suspiré, sabiendo que tenía razón, por mucho que quisiera que se equivocara.

—De acuerdo. —Le di un mordisco, dejé que el chocolate se derritiera en mi boca.

Mirándome, llevó todo su trozo a su boca. Lo masticó, observándome como si estuviera contemplado su siguiente movimiento. —No me acosté con Adriana, Luce.

Casi me atraganté con el poco chocolate que aún no se derretía en mi boca. Él no quería comenzar por el camino fácil. Estaba agitando la bandera roja a un toro.

—Claro que no lo hiciste —dije, quitándome los zapatos y arrojándolos al otro extremo de la habitación—, te pidió prestada la ducha. Mientras dormías desnudo en la cama. Con una botella vacía

de tequila en la mano.

Los músculos de su cuello se tensaron, su mandíbula apretada. —No me acosté con ella, Luce —repitió.

Reí sin humor. —Estabas borracho, Jude. Hasta la mierda de borracho —dije, tratando de no visualizar toda la escena en mi mente otra vez—. ¿Cómo diablos puedes saberlo?

Me sentía insultada porque seguía negándolo todo. Jude sabía que yo no era una ingenua y el hecho de que me tratara como una ahora era francamente insultante.

—¿Cómo diablos voy a saberlo? —repitió, su rostro crispado de incredulidad—. ¿Cómo diablos voy a saberlo, Luce? —Bien, ahora él era el insultado—. Lo sé porque aunque me bebí hasta la última gota de alcohol de todos los bares de mala suerte en esta ciudad, sólo hay una chica con quien me gustaría acostarme. Hay sólo una chica con quien fantaseo llevar a la cama.

—Déjame adivinar —reflexioné, golpeando mi sien—. ¿Adriana Vix?

Jude golpeó el suelo con su puño. —¿Puedes dejar de hacer esto tan difícil?

—¿Quieres dejar de acostarte con perras manipuladoras a mis espaldas? —Fue un golpe bajo, pero comenzaba a sentir que lo golpearía de nuevo.

—No puedo dejar de hacer algo que yo nunca he hecho —dijo, la bomba parecía querer explotar en cualquier momento.

—¿Así que me estás diciendo que Adriana apareció mágicamente desnuda y recién bañada en tu dormitorio por arte de magia? —Esperaba que sonara tan absurdo como lo era.

—¿Me creerás si te digo que eso fue lo que ocurrió? —preguntó, pronunciando cada palabra lentamente, con sus músculos relajados.

—No —espeté—, pero estoy segura de que todo será muy entretenido e imaginativo, así que por favor, cuéntamelo.

Tomó una respiración profunda, en realidad, trataba de no morder mi anzuelo.

—Después de que dejé el restaurante, conduje de vuelta a casa. Estaba molesto y enojado conmigo mismo por arruinar el día, así que tomé una botella de tequila y subí a mi dormitorio y allí estuve hasta que me emborraché.

—Hasta que estuviste hasta la mierda de borracho —aclaré.

—Luce —dejó caer su mirada en mí—, ambos sabemos que me

tomaría más de una botella para poder estar hasta la mierda de borracho.

¿Y qué importaba si él soportará beber mucho? No en ese día. No con el estómago vacío. No después de haber dejado a su novia en medio de la calle cubierta de nieve.

—Estaba algo mareado, claro, pero cuando me metí en la cama esa noche, yo estaba solo. Y al menos tenía puestos mis bóxers.

—¿Así que Adriana se metió en tu dormitorio, se desnudó, y se metió a tu cama y a tu ducha?

—Quizás.

—¿Acaso tengo "tonta" tatuado en mi rostro? —pregunté, mirándolo.

—Nunca he pensado que seas tonta, Luce, así que no vayas por allí ahora —dijo, casi gritando—. Te estoy diciendo lo que sé que pasó, estoy admitiendo que no lo sé, pero te juro sobre la tumba de tu hermano que no me acosté con Adriana Vix esa noche.

Retrocedí con las palabras, cabreándome de golpe. —No metas a mi hermano en esto —advertí, señalándolo—. ¡No jures sobre su tumba, bastardo mentiroso!

—De acuerdo —dijo Jude, exhalando por la nariz—. No juraré sobre la tumba de nadie. Sólo te daré mi palabra. No lo hice, Luce. Te amo. Sólo te amo a ti. —El dolor relampagueó a través de tus ojos—. Necesito que me creas.

Reí. —Esto esta tan mal.

Dejando caer un trozo de chocolate a su costado, exhaló. Estaba cansado y agotado, tal vez incluso más que yo.

—Entonces, necesito que confíes en mí, Luce. —Levantando la mirada, se encontró con mis ojos y no necesité leer entre líneas para saber lo que intentaba decir.

Confianza. Lo que no le di meses atrás. Me pedía que confiara en él, sabiendo que yo no podía negárselo. Sé lo que vi, así que no podía creerle. Pero *lo* conocía, y por eso —sin importar cuán absurdo era creerle esto— intenté que mi mente confiara en él.

—De acuerdo —suspiré, descubriendo que la confianza era tan dolorosa como el amor.

La respiración que había estado conteniendo escapó de su boca, las líneas se alisaron en su rostro. Su cuerpo se relajó. —Entonces, ¿estamos bien? —preguntó en voz baja, como si tuviera miedo de la respuesta—. ¿Seremos capaces de superar el pasado?

Mis manos temblaban por el significado de esto. El fin.

—Confío en ti, Jude —comencé, concentrándome en mis manos temblando porque si veía su rostro me rompería de nuevo—, pero no puedo seguir con esto ahora. Necesito tiempo.

Tuve que hacer una pausa para recobrar la compostura antes de continuar. —No puedo seguir con esto, nunca sé lo que pasará a la vuelta de la esquina. Necesito tiempo para mí misma. Para saber lo que quiero y como encajamos en esto. Necesito concentrarme en la escuela y el baile y lo que quiero en mi futuro. Necesito… tiempo.

Se quedó en silencio, sin moverse, todo el tiempo, dejándome decir todo lo que necesitaba.

—Luce —dijo después de un minuto de silencio—, ¿Estás diciendo lo que yo creo que estás diciendo?

Su voz casi me hizo echarme a llorar de nuevo. —Sí —dije, jugueteando con mis manos—. Creo que sí.

Contuvo la respiración, su cabeza cayendo hacia atrás contra el colchón.

—Sólo necesito un poco de tiempo en este momento, Jude —agregué rápidamente, con ganas de darle una pizca de esperanza que yo sabía que no debería darle—. Necesito un descanso del tornado que eres y todo lo que somos.

—¿Cuánto tiempo? —Su voz fue un susurro, su mirada se centró en mis manos temblando en mi regazo.

—No lo sé —respondí—. Un mes. Quizás más.

—¿Un *mes*? —jadeó, golpeando el suelo nuevamente.

—No lo sé, Jude. Maldición, no sé nada justo ahora —dije, sintiendo el control a punto de perderlo otra vez—. Lo siento.

Y era cierto. A pesar de todo lo que sucedió o no sucedió en el dormitorio de Jude la noche del jueves y en la mañana del viernes, yo no quería lastimarlo. No quería ser responsable del dolor en su voz o la agonía en su rostro.

Me estudió, observándome silenciosamente. Por lo que se sintió una eternidad. Sus ojos no se perdieron ningún detalle.

Arrastrándose por el suelo hacia mí, sus manos entrelazadas sobre las mías en mi regazo, donde aún temblaba.

—De acuerdo —dijo, su voz tensa—. Tómate tu tiempo. Tómate el tiempo que necesites. —Inhalando fuertemente, dejó salir su respiración lentamente—. Estaré allí cuando estés lista. Sin importar cuanto tiempo te tome. Siempre estaré allí, luce. Soy tuyo —respiró, apretando mis

manos—, para siempre.

Se puso de pie, bajando la mirada hacia donde me encontraba sentada, me miró fijamente. Como si la idea de darse la vuelta y salir por esa puerta fuera agobiante. Agachándose, besó la corinilla de mi cabeza.

—Te amo, Luce —dijo, volviéndose y dirigiéndose a la puerta—, y lamento que el estar en tu vida la haga tan difícil. Y lamento ser un pedazo de mierda en tu camino. —Abriendo la puerta, se detuvo antes de cerrarla tras de él—. Haría cualquier cosa para hacerte feliz.

Tan pronto como la puerta se cerró, mis ojos revolotearon hacia ella, deseando poder retroceder todo. Pero sabía que no podía. No podía seguir haciéndome esto a mí misma. No era saludable todos estos tipos de sentimientos embargándome.

Me quedé allí sentada en la misma posición, diciéndome que cometí un gran error, sólo para recordarme que hice lo correcto, dos segundo más tarde. No estaba segura de cuánto tiempo pasé jugando al abogado del diablo cuando sonaron unos golpecitos en la puerta.

—Adelante. —Me dolía la garganta y mi voz era ronca.

India asomó su cabeza y frunció el ceño al verme en el suelo. —¿Este bastardo sólo rompió tu corazón? —preguntó, entrando y arrodillándose a mi lado.

Sacudí la cabeza. —No —dije—, pero creo que yo rompí el suyo.

—Ustedes dos —dijo, ladeando la cabeza—. ¿Cuándo van a superarlo todo y seguir adelante, eh?

Mis manos habían dejado de temblar, pero estaban entumecidas. Muertas.

—Quizás nunca —respondí—. Quizás nunca debimos estar juntos en primer lugar. —Decir esas palabras dolieron más que llorar.

—Lucy, el Señor sabe que te amo y eres como mi hermana, pero puedes ser una idiota algunas veces.

Levanté la cabeza. Lo que necesitaba era la compasión de India y un hombro para llorar hasta que mis ojos se secaran. No una voz que me decía que acababa de cometer el peor error de mi vida.

—¿Cuándo dejaras de buscar todas las razones por las cuales no deberían estar juntos y comenzar a centrarte en las razones por las cuales luchar? —preguntó, el anillo en su ceja subió y bajo.

—India —dije—, a pesar de todos los pros y contras, se acostó con mi archienemiga. Las razones que teníamos para estar juntos desaparecieron junto con su bóxer.

—¿Jude admitió que lo hizo? —preguntó, sentándose a mi lado—. ¿Qué se acostó con tu archienemiga?

—Claro que no admitió eso —espeté, mirando la barra de chocolate a medio comer en el suelo—. Me dijo que no lo hizo.

—Entonces, la culpa es tuya —dijo India, sus ojos entrecerrándose al mismo tiempo que me abrazaba—. Si dices que vas a confiar en un novio, entonces debes confiar en tu novio. No le revoques ese privilegio cuando más lo necesita.

—Oh, vamos, India —dije, cansada de discutir—. No tú también.

—Te digo mi opinión —dijo, llevando una mano hasta su pecho—. Eres libre de cometer errores como el resto de nosotros. Pero creo que por éste te arrepentirás el resto de tu vida.

—Gracias por subirme el ánimo —dije, levantando mi pulgar hacia arriba—, *amiga* —añadí, para enterrar la daga un poco más profundo.

Ella no se dejó impresionar. —Hablando del Sr. Error Más Grande de Tu Vida —dijo, sonriéndome dulcemente—. ¿Dónde está el follador-de-archienemigas?

Me encogí de hombros. —De regreso en la escuela —supuse.

—¿Cómo? —preguntó, mirándome como si estuviera bromeando.

—Esa carcacha que consume un galón por cada dos millas y todas esas jodidas abolladuras. —Y ella tenía el descaro de llamarme tonta.

—Esa carcacha fue remolcada hace tres noches después de que se presentó aquí —dijo, poniéndose de pie y caminando hacia la ventana—. Uno de los chicos que merodeaba por allí el fin de semana dijo que él condujo su camioneta justo en la puerta principal y la dejó allí mientras te buscaba en cada piso y dormitorio. Supongo que Juilliard decidió que una camioneta bloqueando la entrada de unos de sus dormitorios era una violación a las reglas de tránsito.

—Entonces, ¿cómo volverá a casa?

—A menos que haya una línea de autobuses que vaya desde Nueva York hasta Syracuse los domingo por la noche, creo que se irá caminando —contestó India, mirando por la ventana.

—Tienes que estar bromeando —murmuré, sabiendo que tenía razón. Jude estaba lo suficientemente loco para intentarlo. O acabaría atropellado, el pensamiento de alguna persona lastimándolo hizo que mi estómago saltara hasta mi garganta.

—India —dije, esperanzada—, ¿podrías ir a buscarlo y darle un aventón a casa? ¿Por favor? —Casi rogué.

—No puedo hacerlo —dijo, dejándose caer en su silla y encendiendo su portátil—. Tengo más trabajo esta noche que un latino con encanto.

—India —me quejé, dándole una carita triste que sólo hizo que ella rodara los ojos.

—Lo siento, no puedo hacerlo —dijo, sacando algo del bolsillo trasero de sus vaqueros—. Pero puedes usar mi querido auto. Te llevará a donde quieres rápido y a salvo. —Lanzándome las llaves, me despidió—. Date prisa. Él no puede estar muy lejos todavía.

Levantando la mirada hacia mí, sonrió. —Apresúrate, no vayas a ser que pida aventón.

Mirándola, agarré mi bolso y me dirigí hacia la puerta.

—Ten un lindo viaje —gritó detrás de mí, ronroneando como una descarada.

Mientras hice mi camino de regreso por el pasillo, bajé por la escalera, y salí a la puerta principal, me debatí si irme en el auto de India o en el mío. Tan pronto como salí a la fría noche de noviembre, decidí. La elección eran los asientos de piel y calefacción.

Caminando entre autos lujosos, miré a mí alrededor, en realidad no esperaba ver a Jude, pero tenía un poco de esperanza. Apreté los botones del llavero hasta que finalmente me las arreglé para quitar el seguro al tercer intento. Deslizándome en el asiento, lo ajuste a mi estatura, arranqué el auto y configuré la calefacción a la temperatura más alta. El calor entró en mi cuerpo casi de inmediato.

Saliendo del estacionamiento, decidí conducir la ruta que yo manejaba cada fin de semana cuando iba a ver a Jude. No sabía que camino tomó él —ni siquiera sabía si se fue caminando— pero era un buen comienzo.

Recorrí unos cuantos kilómetros por debajo del límite de velocidad, buscándolo de acera a acera, segura de que lo vería aparecer en la siguiente cuadra. La siguiente cuadra resultó ser tres kilómetros de carretera. India tenía razón. Él planeaba caminar desde Nueva York a Syracuse a pie.

No necesité más confirmación para saber que el hombre estaba loco.

Su caminar era con propósito, con los hombros caídos y sus manos dentro de los bolsillos, probablemente para mantener el calor. Pude ver la niebla de su respiración desde media calle atrás. Estacionándome a su lado, bajé la ventanilla.

—¿Necesitas un aventón, vaquero?

Su boca se curvó mientras seguía en la acera. —Las chicas no deberían ofrecer aventones a los hombres locos que vagan por la calle a altas horas de la noche.

Me recordé que estaba cabreada con él y que le pedí un tiempo. Después de que lo envié a su casa. —Me gustan los hombres locos.

Deteniéndose, se dio la vuelta y caminó hacia el auto. —Entonces, me encantaría un aventón —dijo, deslizándose en el asiento del pasajero y sonriéndome. Era una sonrisa triste, porque no llegó hasta sus ojos.

—¿Tienes frío? —pregunté, aumentando la calefacción.

Se encogió de hombros. —He tenido más frío.

Noté que ocultaba algo entre líneas, como un mensaje subliminal, pero no estuve segura de qué.

—De acuerdo, entonces —dije, arrancando el auto—. ¿Syracuse o alguna otra parte?

Colocando sus manos en frente de la calefacción, apartó la mirada de mí y miró por la ventana. —Tomaré "o alguna otra parte".

Le miré. El calor distribuía el tenue aroma de Jude. Cada respiración que yo inhalaba olía a Jude. Cada respiración dolía. —Claro, como desees.

—Ambos sabemos donde quiero estar, pero dado a que no puedo tener eso, entonces, Syracuse está bien.

Bajé la mirada al reloj brillando en la oscuridad. Sólo habíamos recorrido cinco minutos de un viaje de cinco horas. Si seguíamos lanzándonos este tipo de golpes bajos ni siquiera llegaríamos juntos a la interestatal.

—¿A qué viene todo esto? —pregunté—. Necesito un respiro. Tú concordaste dármelo. Pero no dejaré que camines cientos de kilómetros en el frío y en noche. ¿Podemos fingir que estamos bien?

—Sí, Luce —dijo, echando su cabeza contra el respaldo del asiento—. Puedo fingir lo que sea que tú quieras que finja.

Para cuando llegamos a la interestatal, Jude y yo no habíamos dicho una palabra al otro. Nunca habíamos dominado el arte de la charla y dado que teníamos tantas cosas sobre nosotros, concordamos mantenernos en silencio. A pesar de que esto no se sintió tranquilo.

En la primera parada, Jude insistió en conducir el resto del camino, y esas fueron las primeras y últimas palabras que me dirigió el

resto del viaje.

12

Traducido por Elle87

Corregido por Zafiro

Me desperté con un sobresalto, pero duró poco. Estaba en el asiento del pasajero en el auto de India, con el cinturón de seguridad apretado a mí alrededor y la luz de la mañana abriéndose paso dentro del coche. Miraba al techo porque mi asiento estaba reclinado. Desabroché mi cinturón y me removí en el.

Jude se encontraba reclinado en el asiento del conductor, despierto y mirándome.

—¿Qué hora es? —pregunté, alejándome un poco más para mirarlo directamente.

—Un poco después de las cinco, creo —dijo, las medias lunas bajo sus ojos se oscurecieron. No estaba segura de cuánto tiempo Jude había pasado sin dormir, pero sabía que, fuera una noche o cuatro, no era nada saludable.

Yo, *nosotros* siendo la verdadera barra de dinamita, era tan poco saludable para él, como lo era él para mí.

Mi primera clase era a las nueve, así que no había manera de evitar llegar tarde a menos que fuera a treinta kilómetros por encima del límite de velocidad.

—Tengo que irme —dije, alcanzando la palanca para levantar el asiento.

Jude no se movió, sólo se quedó reclinado, enroscado en esa posición, la mirada fija en el espacio donde yo había estado durmiendo.

Finalmente suspiró. —Sí, lo sé.

Enderezando su asiento, salió del coche. Me esperó mientras yo daba la vuelta, sujetó la puerta abierta y daba puntapiés al suelo. Otro adiós que tenía que decir a Jude, del tipo semipermanente, y no quería hacerlo otra vez.

—Adiós —susurré, escurriéndome al pasarlo para meterme en el auto, la palabra atascada en mi garganta con un sabor acre.

Sus brazos me rodearon repentinamente y me atrajo hacia sí, sorprendiéndome. Se aferró a mí, negándose a dejarme, y se lo permití. En el pasado, siempre se sentía como que era Jude el que me sostenía cuando nos hallábamos así de cerca, pero ahora se sentía como que era yo quien lo sostenía a él.

Acariciando mi cuello con su nariz, su cuerpo se estremeció. Empezaría a llorar de nuevo si no me dejaba ir.

Yo estaba a un suspiro contra mi cuello de derramar la primera lágrima cuando sus brazos se alejaron, se sentía como si estuviera rompiendo concreto para liberarlos.

—Adiós Luce —susurró, presionando sus labios contra mi sien antes de girar y marcharse hacia la casa.

No miró atrás ni una sola vez, pero lo observé hasta que desapareció dentro. Arrastrándome en el auto, ajusté el asiento del conductor, y justo antes de marcharme, eché un vistazo hacia la ventana de la habitación de Jude. Estaba allí, mirándome con los mismos ojos con los que lo había observado mientras se alejaba de mí.

¿Por qué me hacía esto a mí misma? ¿Por qué no sólo apretaba el acelerador, sin darle un segundo pensamiento a la ventana?

Por supuesto que sabía la respuesta. Lo amaba.

Pero a veces, como estaba aprendiendo, amar no era suficiente.

***

Unas pocas semanas pasaron. Unas pocas semanas nunca habían pasado tan lentamente.

Jude mantuvo su palabra, dándome el espacio que necesitaba, tanto como para no enviarme un mensaje de "hola". Porque soy quien soy, parte de mí estaba agradecida porque él había respetado mi pedido, pero la otra parte se sentía herida. Pero debido a que Jude era quién era, nada ni nadie le decía qué hacer, y una parte de mí sabía que si él hubiera querido enviarme un mensaje de "hola", lo habría hecho.

El martes siguiente a nuestra separación indefinida, me desperté con un nuevo juego de llantas de alta resistencia en el Mazda. No había una nota ni nada que indicara quién había sido el hada nocturna de los neumáticos, pero por supuesto que yo lo sabía. No sabía cómo lo había hecho, pero el gesto, conociendo lo que costaban y el tiempo que le había tomado ponerlas, me hizo derramar una nueva serie de lágrimas

esa mañana, después de haber tenido un día de descanso.

La semana siguiente desperté con una rosa apoyada en el parabrisas. Una rosa roja.

Me había reducido a una de esas chicas emocionales poniendo mis ojos en blanco, y dejando charcos de lágrimas dondequiera que fuera. Me molestaba al máximo, pero seguí con eso.

Seguir sin Jude se sentía como ir por la vida sin una brújula, así que si mi cuerpo necesitaba algunas lágrimas para lidiar con eso, yo podía manejarlo. Así que traté de perderme en la pista de baile. Me lancé a la danza, que siempre había sido mi terapia, y que por primera vez, se quedó corta en el departamento de sanación. No importaba cuanto o cuán duro bailaba, el dolor no enmudecía. Incluso nunca se embotó.

Thomas y yo bailamos el último fin de semana en el recital de invierno y la gente aún hablaba de ello. Me negué a mirar hacia el asiento del centro de la primera fila, mientras bailábamos, porque sabía que si lo encontraba vacío u ocupado por alguien más, no sería capaz de continuar durante el resto de la función.

Tenía razón. Mientras Thomas y yo saludábamos, me resbalé y mis ojos se dirigieron hacia ese asiento que había sido ocupado todo el año pasado por un rostro sonriente. No esta noche. Un hombre de mediana edad y rostro pétreo estaba sentado en el sitio de Jude.

Tuve que cortar las reverencias y breves aplausos porque no iba a llorar sobre el escenario. Todavía tenía un poco de sentido del decoro cuando se trataba de dónde y a quién le dejaría verme llorar.

En resumen, era un desastre.

El viernes por la tarde, una semana antes de que la escuela nos dejara salir para las vacaciones de invierno, me apresuraba hacia mi dormitorio, esperando que, mientras más rápido caminara más caliente estaría contra las no tan heladas temperaturas. Era un pensamiento agradable.

—No creo que puedas lucir más molesta con el clima ni aunque lo intentaras —exclamó una voz familiar mientras caminaba por el sendero.

Alzando la cabeza me encontré con Tony, apoyado en el último escalón frente a la puerta, enfundado en un enorme abrigo negro y dándome esa sonrisa marca Tony.

—Hace mucho que no te veía —le dije, permitiéndome sonreír. Se sentía bien tener un pedazo de Jude cerca.

Tony arqueó una negra ceja. —¿No era esa la forma en que lo

que querías?

Envolviendo la bufanda alrededor de mi cuello una vuelta más, caminé hacia él. —Maldita sea si lo sé.

—Mujeres —dijo, meneando la cabeza—. Ustedes juegan este difícil juego de fingir saber lo que quieren, pero tan pronto como se lo damos, quieren lo contrario.

Le sonreí con satisfacción mientras subía la escalera y pasaba mi tarjeta magnética. No era necesario mantener una conversación en el frío cuando había una habitación caliente a un pase de tarjeta magnética de distancia.

—Eres bastante observador para un consumado jugador —dije, manteniendo la puerta abierta.

Levantándose, Tony entró y lo seguí. Se desplomó en la primera silla que se encontró en el área común.

—Este es un alojamiento muy agradable —elogió, evaluando la habitación.

Ocupando el asiento más próximo me quité los guantes.

—¿Por qué estás aquí Tony? —pregunté, aún no lo había mencionado, y sólo éramos amigos por asociación con Jude. No teníamos el tipo de relación que justificara el que condujera cinco horas para visitarme.

Su rostro cayó. Mi estómago le siguió.

—Oh, Dios mío —suspiré—. ¿Jude está bien? —Mi mente, por supuesto, comenzó a disparar una lista de cosas que podrían haberle sucedido.

—¿Qué crees? —me preguntó, mirándome.

—No juegues conmigo Tony —le advertí, mi corazón comenzando a desacelerar cuando me di cuenta de a dónde quería llegar Tony. Jude estaba sano y salvo físicamente. Su corazón y su alma, por otro lado, eran un caos sangriento, justo a la par conmigo.

—En términos de la reacción de tu cara, sí, está bien. No hay huesos rotos, ni extremidades colgando, no se detectaron tumores expandiéndose con rapidez.

Esperé a que mi pulso se normalizara.

—Entonces ¿qué pasa?

Mirando al piso, Tony se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas. Su pie golpeaba el piso como un pistón acelerado.

—Escuché lo que pasó con Adriana —comenzó, lo que me hizo

estremecer. Había pasado tres semanas sin escuchar ese nombre y tratando de no pensar en ello. Oírlo ahora me golpeaba contra la pared—. Escuché la historia de Jude, me contó la tuya, y el Señor sabe que tuve que escuchar a Adriana, fanfarroneando sobre haberse acostado con el mariscal de campo que tiene novia.

Deseaba no haberlo invitado a entrar.

—De todos modos no pensé mucho en ello hasta que el drama se calmó un poco. Le creí a Jude porque es mi muchacho, pero incluso tengo que admitir que tenía dudas sobre el testimonio de "de ninguna manera en el infierno me acosté o me acostaría con Adriana Vix" —dijo, sus ojos se movieron por la estancia—. Quiero decir, es Adriana Vix. Adriana. Vix.

—Lo entiendo Tony —le interrumpí, no estaba de humor para que tuviera una erección mientras fantaseaba con ella frente a mí—. ¿Cuál es tu punto?

Sacudiendo la cabeza, me miró. —Hace un par de noches estaba con mi Hermana Espiritual siendo —su rostro se arrugó—, servido y puede que haya estado un poquito achispada y se fue de lengua un poco más de lo que a Adriana le hubiera gustado.

Esa era una oración que no podía y no quería imaginar, así que miré a Tony y esperé.

—Mi Hermana Espiritual es Payton Presley —explicó, lo que realmente no me decía nada—. Ella y Adriana son como mejores amigas. Al menos tanto como pueden serlo esas chicas. Es más como "eres mi enemiga favorita, así que te clavaré el cuchillo por la espalda despacito cuando te des vuelta". Ese tipo de cosas.

Nada de eso tenía que ver con Jude y conmigo.

—¿Y? —Traté de no sonar irritada.

—Entonces Payton dijo que al menos ella no había tenido que organizar todo un cuento sobre acostarse con su jugador de fútbol.

Mis latidos se aceleraron de nuevo.

—La presioné indiferentemente por más detalles, y aparentemente Adriana le contó todo lo que pasó. Acerca de Jude entrando en la casa como un bólido después de su pelea contigo, encerrándose en su habitación con una botella de tequila. Y así. No me odies —dijo, mirándome como si estuviera un poco asustado de mí. Me superaba por unos sesenta y ocho kilos y parecía que quería alejarse de mí—, pero puede que yo le haya mencionado a Adriana algo sobre su pelea esa noche. Jude se sinceró conmigo sobre lo que había pasado, no mucho, no quería hablar mucho, pero no creí que fuera la gran cosa

decírselo a ella cuando llegó tarde esa noche.

Todas las piezas encajaban ahora, y darme cuenta de lo que había sucedido me estaba causando toda clase de sentimientos.

—Payton me dijo que Adriana adivinó que eventualmente tú aparecerías, así que acampó en la habitación de Jude, desnudándolo mientras el dormitaba en un estupor de tequila, colgando con una bata de baño en frente a la ventana hasta que llegaste —Tony suspiró, recostándose en la silla y mirando al techo—, y ya sabes el resto.

Las palabras me fallaron. Mi corazón latía tan fuerte que hacía eco a través de mí. Había tantas cosas que necesitaba decir y que tenía que hacer. Jude había tenido razón.

No había dormido con ella. Me había dicho que no importaba lo borracho que estuviera, nunca desearía a alguien más que a mí, o al menos en ese momento. ¿Quién sabe lo que había cambiado en él durante esas semanas de separación?

Tenía un montón de preguntas aclaratorias para Tony, y alrededor de un millón de cosas que quería decir, pero sólo dos palabras estaban en la punta de mi lengua.

—Esa. Perra.

Tony asintió.

—No son precisamente noticias de última hora Lucy. —Levantándose rápidamente, bajó la mirada hacia mí—. Sé que no es asunto mío, y que cargaré con un montón de mierda por parte de las porristas si averiguan que delaté a una de ellas, pero no me importa. Me agrada Jude. Me agradas tú. Él te ama —dijo, metiendo sus manos en los bolsillos—. Mereces saber la verdad.

Había tenido la verdad por semanas, y me había rehusado a dejar que eche raíces.

—Siento lanzar todo esto sobre ti Lucy. Sé que querías tu espacio y tiempo y todo eso, pero no podía no decirte.

—¿Jude sabe que estás aquí? —le pregunté, pensando mi próximo movimiento.

—No —dijo, dándome una tímida sonrisa—. Y probablemente me patearía el trasero si lo supiera.

Asentí.

Palmeó mi pierna antes de dirigirse a la puerta. —Tengo que regresar. Estamos preparando una gran fiesta hoy por la noche y alguien tiene que montar los barriles de cerveza.

—¿Tony? —lo llamé.

Deteniéndose, se volteó.

—Gracias.

—¿Qué puedo decir? —dijo, pasando una mano por su cabello oscuro—. Puede que nunca encuentre algo tan especial como lo que tienen ustedes, pero seguro como el infierno que no voy a dejar que lo tiren por la borda sin luchar.

¿Eso era lo que todo el mundo pensaba que había hecho? ¿Tirar lejos mi relación con Jude? Eso distaba mucho de como yo lo describiría. Si algo, lo llevaba conmigo dondequiera que iba.

—Te hablo más tarde Lucy —ondeó la mano antes de abrir la puerta y saltar por las escaleras.

Decidí que ese "más tarde" no iba a estar muy lejos.

Guiándome por mi instinto, dejándole dictar algo que era imprudente y todos los matices de irresponsable, salté de mi asiento y fui rebotando por la escalera frontal del dormitorio mientras la camioneta de Tony se alejaba del estacionamiento.

Subí a mi auto y salí del estacionamiento con el rostro de una sola persona en mente mientras me dirigía hacia el norte.

13

Traducido por Juli_Arg

Corregido por Annabelle

Un capuchino doble, una parada para descansar, y medio tanque de gasolina más tarde, me dirigí hasta la calle de la casa de Jude. La calle ya se hallaba abarrotada de autos, pero no permití que eso me detuviera. Sólo tenía una cosa en mente y ya estaba cerca de ponerla en práctica, así que, paré en frente de la casa, puse el coche en aparcar, y lo dejé en el medio de la calle. El camión de Jude se encontraba detrás del camino de entrada, lo cual me decía que si el mío lograba ser remolcado, entonces tendría una forma de regresar a casa.

Saltando a través del patio y por la escalera, entré. No olía tan mal como pensé, luego de no haber venido durante semanas, pero sabía que todo tenía que ver con la adrenalina despertando en mi interior. Tenía un mensaje que entregar y no me iría de aquí hasta hacerlo escuchar.

Corriendo a través de la habitación atestada de cuerpos, me quité mi abrigo y lo dejé caer sobre el mueble más cercano. Me quité el sombrero seguido de las manoplas. Reconocí algunas caras en la multitud, pero la mayoría eran extraños cuyos ojos se posaron en mí, probablemente preguntándose cuál era el motivo de la expresión hirviente en mi rostro.

Abriéndome paso hasta el final de la sala donde se hallaba la chimenea, vi a Jude. Se encontraba sentado en el sofá, solo, con un vaso lleno de cerveza en la mano, mirando fijamente a la chimenea donde el fuego no quemaba. Su gorro gris había regresado, posicionado hasta la frente.

El estómago me ardía, viéndolo así. Quería ir y envolver mis brazos a su alrededor hasta asegurarme que debajo de la estatua sentada frente a mí, se encontraba el hombre que amaba.

Pero eso tendría que esperar.

Había venido aquí en busca de alguien más.

Había conducido cinco horas para encontrar a esa perra Adriana

Vix y ponerla en su lugar—ayudándome con mi puño.

No tenía que adivinar quien se encontraba en el centro del círculo de chicos a lo largo de la mesa del comedor. Un nuevo estallido de adrenalina me atravesó mientras marchaba a través de la habitación. Empujando mi camino a través del grupo de chicos, me detuve delante de Adriana.

Por un segundo pareció sorprendida de verme, luego sus ojos se estrecharon mientras se cruzaba de brazos, luciendo enfadada de que esté ocupando su espacio.

—¿Qué? —dijo, moviendo el cuello hacia un lado.

Sonreí. No debería haber venido a mí con palabras cuando yo ya me encontraba más que hastiada de palabras. Mi brazo ya se encontraba posicionado hacia atrás cuando sus ojos se abrieron, dándose cuenta de que no estaba de humor para "hablar".

Mi puño se disparó hasta su mejilla, lanzándola de regreso a la multitud de chicos sorprendidos.

—¡Eso! —le dije, sacudiendo mi mano. Sus pómulos quedaron marcados, pero maldita sea si no lo merecía—. ¡Perra! —añadí, frunciéndole el ceño.

Enderezándose, se apartó de los chicos que la consentían. Aquellos ojos verdes se volvieron negros.

—Vas a pagar por eso —bulló, apretando los puños—. Esto va a dejar un moretón.

Sin siquiera pensarlo dos veces, mi otro brazo salió disparado de mi cuerpo, aterrizando en el otro lado de su cara. —¡Ahí! —grité, sacudiendo esa mano también—. Ahí tienes otro, así combinan.

La piel de bronce de Adriana brilló roja justo antes de que se abalanzara sobre mí, sus dedos envolviéndose alrededor de mi cuello. —¡Tú, puta sobrevalorada!

Dirigiéndome hacia la mesa, sus uñas se clavaron en mi cuello, mientras me pateaba las piernas. Mi espalda se estrelló contra la mesa, y el aire inmediatamente abandonó mis pulmones.

El impacto aflojó sus manos, así que me empujé a mí misma debajo de la mesa, pero no antes de agarrar un puñado de su pelo y tirarlo conmigo.

Adriana gritó, sonando como una leona estreñida. Lanzándose al otro lado de la mesa hacia mí, me rasguñó el brazo con el cual agarraba su pelo. Santo Freddie Kruger, esas uñas. Iban a dejar una cicatriz.

Ahora, mientras Adriana y yo rodábamos, luchábamos, y casi desatábamos la pelea de gatas del siglo, una multitud se reunía en torno a la mesa. Los chicos gritaban, lanzando sus puños en el aire, y cantando—: ¡Pelea de gatas! ¡Pelea de gatas! ¡Pelea! ¡Gatas!

La longitud del puto vestido de Adriana se había alzado sobre sus nalgas, y el tanga que llevaba no dejaba nada a la imaginación. Yo por lo menos había venido preparada para la batalla con un par de jeans, pero en algún lugar a lo largo del camino, se las había arreglado para dividir mi blusa hasta mi ombligo, por lo que mi sostén de encaje blanco se exhibía para todos los ojos saltones y celulares listos para tomar una foto.

Otro mechón de pelo voló, y con mis palmas golpeé la mesa y caí encima de Adriana, logrando sujetarla a la mesa con mis piernas. Ella se retorcía debajo de mí, intentando liberarse. Esta chica podría tener quince centímetros y diez kilos más que yo, incluso aunque sólo sea en su sujetador, pero yo era una bailarina y podía estrangular a un rinoceronte sólo con mis muslos internos si fuera necesario.

Levantando mi mano en el aire, le di una bofetada en la mejilla.

—¡Esto es por todas las otras chicas que has embrutecido! —grité por encima de ella, doblando mi mano en un puño y golpeándola—. Y eso fue por Jude. —Su labio inferior se había partido y sangraba, con las mejillas rojas de incontables cachetadas y golpes, y su cabello parecía un huracán que acababa de llegar a la ciudad. Yo no podría lucir mucho mejor.

—Y esto es por mí —le dije, tragando una bocanada de aire y mostrándole mi dedo medio. Sonreí, manteniendo mi dedo sobre su cara.

Gritando, se retorció con más fuerza, logrando liberar una pierna con la que rápidamente me golpeó en la barbilla.

Volé de la mesa, aterrizando en el suelo a los pies de los incontables espectadores. Adriana saltó de la mesa, cayendo encima de mí, y soltando un frenesí de golpes y gruñidos. Esto ya no podía ser clasificado como una pelea de gatas. De hecho, estoy segura que una vez que todo esto sea difundido en Internet, la WW-algo nos llamaría para firmar contratos de lucha libre.

—¡Qué demonios! —gritó una voz por encima del coro de gritos. Antes de que Adriana pudiera darme otro puñetazo en la cara, fue empujada lejos, aterrizando a pocos metros de distancia sobre su trasero cubierto por hilo dental.

—Luce —respiró en mi oído, sonando tan asustado como nunca lo había oído—. Te tengo. —Dos fuertes brazos se envolvieron a mí

alrededor, levantándome suavemente contra su pecho—. ¿Qué demonios hacías? ¿Estás bien? —preguntó, tragando cuando me miró a la cara.

—¿Gané? —le pregunté, dejándolo que me acercara a él.

Al mirar hacia abajo a Adriana, sus ojos se entrecerraron.

—Le pateaste el culo, nena —dijo, levantando una de las esquinas de su boca hacia mí.

El dolor comenzó a golpearme después, extendiéndose desde mi cabeza.

—Entonces estoy bien —le contesté.

Exhalando, Jude sacudió la cabeza. —Vamos a salir de aquí, asesina —dijo, dirigiéndome a través de la multitud, sin importarle contra quién o cuántas personas arremetía.

—¡Te ves muy bonita! —le grité a Adriana a medida que la pasábamos—. Puta —le deseché en buena medida.

Limpiándose su labio sangrante, se burló de mí. —Incluso en mi peor día, tu novio todavía se masturba con mi cara cuando no estás cerca.

Esta perra no tomaba bien una indirecta. Me retorcí en los brazos de Jude, intentado liberarme para poder terminar lo que había empezado, pero me abrazó con más fuerza.

—¿Lista para la segunda ronda? —Bullí hacia ella, empujando contra el pecho de Jude.

—Lucy —dijo él, moviéndose más rápido a través de la multitud, probablemente con la esperanza de poner más espacio entre Adriana y yo—. Cálmate. Toma un respiro —me aconsejó, mirándome a los ojos. Uno de ellos se sentía como que podría cerrarse por la hinchazón.

Tomando una cantidad formidable de esfuerzo, hice lo que me pidió, tomé una respiración profunda y me visualicé a mí misma fundiéndome en sus brazos.

—Y pensé que yo era el único con problemas de ira —dijo, subiendo las escaleras—. Temo que luego de esta noche, me ganaste, Luce.

El dolor realmente empezaba a notarse ahora, combinando en cada punta nerviosa.

—Ira por ósmosis —le contesté, moviendo la mandíbula. Sí, eso iba a doler también.

Inmediatamente, lamenté las palabras. Su rostro decayó, aunque

intentó impedir que llegara a sus ojos.

No podía imaginar cómo rectificar todos los errores que le había lanzado a Jude —sólo parecía seguir añadiendo más al montón— así que crucé mi mano sobre su corazón y dejé que me llevara a su habitación.

Me llevó a su cama, apoyándome sobre un montón de almohadas.

—Dios, Luce —dijo, arrodillándose a mi lado y examinando mi rostro. Realmente no quería saber, y estaba bastante segura como el infierno que no me miraría en un espejo durante el próximo par de semanas—. ¿Qué demonios pensabas?

Pasando mis dedos sobre mi cara, hice una mueca con casi cada lugar que tocaba. —Pensé en darle a esa perra un poco de su propia medicina —le dije—, haciendo de mi puño la medicación.

Suspiró, pasando la mano por el costado de mi cuello.

—No te preocupes —dijo cuando aparté mis manos para encontrar manchas de sangre sobre mis dedos—. Te voy a curar. —Levantándose, se lanzó al otro lado de la habitación—. Ya vuelvo —dijo, desapareciendo detrás de la puerta.

Con Jude fuera, el dolor realmente comenzó a desgastarme. Había sentido dolor, y no era una enorme cobarde, pero esto se sentía como si todos los nervios hubiesen decidido cultivar un corazón que latía con fuerza.

Se había sentido tan bien en el momento —dando y recibiendo una paliza con Adriana— pero ahora empezaba a preguntarme por qué lo había hecho. No lo lamentaba, simplemente me lo preguntaba. Nunca había sido una persona violenta —tenía un mal genio, claro— pero nunca dejaría que mis puños resolvieran un problema que tuviera con alguien.

¿Por qué lo había hecho esta vez?

Todas las preguntas condujeron a una respuesta: Jude.

Él no me había hecho perseguir a Adriana, pero mi amor por él y el dolor que me había causado Adriana había sido el combustible de mi fuego. Entonces me di cuenta que Jude no era el problema. No era la razón de que nuestra relación no sea nada, excepto explosiva. Era yo. Era la persona en la que me convertí con Jude a mi lado.

Mi enojo alcanzó su punto máximo en nuevos niveles, superando el suyo, pero yo no tenía el auto-control para sofocar la ira antes de que quemara a alguien.

No podía arreglarnos hasta arreglarme a mí misma. Y él no podría arreglarme. Era una tarea que sólo me correspondía a mí.

Era una que no estaba segura de poder enfrentar.

Jude regresó a la habitación antes de que yo pudiera conducir esos pensamientos por un camino deprimente.

—¿Me extrañaste? —dijo, con un puñado de artículos metidos en su pecho.

—Te extrañé —le contesté, descansando mi cabeza sobre la almohada.

—Por suerte para ti, Luce, elegiste empezar una pelea a mí alrededor —dijo, dejando caer el contenido de sus brazos en la cama—. Alguien que ha sido curado, atendido y cosido de casi cualquier tipo de herida que algún hombre, o mujer —me sonrió—, pueda infligir al cuerpo de alguien.

—Yo lo tenía todo planeado —dije mientras él rociaba con alcohol algunas almohadillas de algodón—. ¿De verdad piensas que fue una calentura del momento y que debería haber sabido pelear mejor?

—Oh, no, Luce. Parecía como si supieras exactamente lo que estabas haciendo.

Secando mi mejilla con el algodón, se estremeció antes que yo. Ardió, pero no peor que cualquier otra parte de mi cuerpo.

—Te estás volviendo un peor mentiroso con cada día que pasa —le dije, haciendo una mueca cuando pasó la almohadilla por encima de mi ceja. Debí de haberme ganado un corte pequeño y agradable allí.

Él sonrió hacia mi ceja. —Verdad por ósmosis.

Empecé a sonreír con él, pero me dolía la cara demasiado, así que me conformé con una mirada pequeña. La ignoró, sin dejar de trabajar en mi cara meticulosamente.

No debería haberlo hecho, pero lo miré trabajar sobre mí, sus ojos se estrecharon al enfocarse, la punta de su lengua entre sus dientes, mientras que atendía a cada rasguño, contusión, y corte. Nunca había experimentado manos tan suaves como las suyas.

—¿Todavía me veo como una momia? —le pregunté un poco más tarde, cuando se echó hacia atrás e investigó mi cara después de deslizar otro vendaje sobre el lugar.

—Nah —dijo, cerrando la pomada de primeros auxilios—. Te ves como la chica mala más bonita que alguna vez haya visto.

—Grandes elogios viniendo del rey de los tipos duros —le dije, sonriendo a pesar del dolor que me causó mover la boca.

Juntando las envolturas vacías y almohadillas de algodón manchadas de sangre, las vertió en el cubo de basura. —¿Te importaría decirme de qué fue todo eso?

—Ya te lo dije —exclamé—. Darle a Adriana Vix un pedazo de Adriana Vix.

—Sí —dijo, arrastrando las palabras—. Pero has querido pegarle a Adriana desde la noche en que el idiota de Tony la mencionó. ¿Por qué elegiste hacerlo esta noche? —Agitando una botella de calmantes para el dolor en su mano, me entregó tres. Las tragué sin líquido.

—Porque "el idiota de Tony" me hizo una pequeña visita hoy que provocó mi necesidad de pelear con Adriana.

Jude estudió mis manos cruzadas sobre el regazo. —¿Te dijo lo que le dijo Payton?

—Sí.

—¿Entonces fui yo o Tony el que te convenció de que te había contado la verdad? —Las arrugas alrededor de sus ojos se profundizaron.

—Tú, Jude —le respondí—. Te prometí que iba a confiar en ti. No quería creerlo, pero confiaba en ti. Tony sólo fue el que arrojó una luz sobre la verdad.

Su mandíbula se apretó. —Así que cuando entraste en tu coche y condujiste hasta aquí, ¿viniste para ver a Adriana? ¿O a mí?

No podía mentirle, pero no podía verbalizar la verdad. Mi falta de respuesta respondió a su pregunta.

Sus ojos se cerraron mientras su cabeza caía sobre sus manos.

—Jude —comencé—, no importa a quien vine a ver, no he venido aquí para hacerte daño. —Deslizándome por la cama, deseé que los calmantes para el dolor funcionaran más rápido—. Lo último que quiero hacer es dañarte. Y eso es todo lo que parezco ser capaz de hacer últimamente.

La única solución para no hacerle daño nunca más era marcharme.

—Gracias por curarme —le dije, arrastrándome al final de la cama—. Realmente sabes lo que haces cuando se trata de luchar contra las heridas. Qué suerte la mía. —Le di una sonrisa por encima de mi hombro mientras me levanté. Me tambaleé en el lugar cuando todos mis músculos gritaron para que me quedara acostada. Apretando los

dientes, me dirigí hacia la puerta.

—¿De verdad odias tanto tenerme cerca que sales disparada lejos de mí cuando apenas puedes levantarte?

Sus palabras me detuvieron, pero fue su voz la que me quebró. Esa voz profunda y cálida en la que una chica podría perderse acababa de ser drenada de toda su alma.

—No te odio, Jude —le dije, mirando hacia la puerta—. Te amo. Ese es el problema. Te amo malditamente tanto que no es saludable. —Cogí un sollozo que estaba a punto de estallar en mi pecho—. Es por eso que necesitaba tiempo y espacio. Es por eso que no puedo quedarme aquí contigo un minuto más.

—Has tenido tiempo, Luce. Te he dado tu espacio —dijo, la cama gimiendo mientras se levantaba—. He envejecido cincuenta años en tres semanas porque hice mi parte y me quedé lejos de ti. Pero ahora estás aquí. Y a lo mejor no estás aquí por mí, pero de cualquier manera, no podías estar lejos.

Hizo una pausa, y aunque no vi el agotamiento en su cara, porque no podía darme la vuelta y enfrentarlo, podía imaginármelo.

—¿Necesitas más tiempo? Bien. Puedo darte eso. Podría hacer cualquier cosa por ti, Luce. Pero, por favor, por el amor de Dios, dame un poco de esperanza.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla, sangrando en una de mis vendas.

—Dame la menor brizna de esperanza de que todavía hay un lugar para ti y para mí al otro lado de esto.

No podía mentirle. No podía hacerle daño. Por qué estos dos deseos no podrían caber mano a mano, y esa era una de las razones por las que había concluido que la vida no era justa.

—No voy a mentirte, Jude —susurré, eligiendo no mentirle, por lo que esta confesión, me hizo dañarlo.

Ahora sí que no podía estar en este cuarto por más tiempo. Corriendo hacia la puerta, sintiendo que mis piernas iban a ceder bajo mis pies con cada paso, me tragué las lágrimas.

—No te vayas —susurró.

Su solicitud funcionó en mí como si hubiera sido una demanda.

Oí el gemido del suelo mientras caminaba sobre él, poco a poco viniendo detrás de mí.

—Quédate —pidió, deteniéndose detrás de mí. Podía sentir el

calor irradiando de su pecho, se encontraba tan cerca.

—No puedo —le dije, centrándome en el pomo brillante de la puerta. Era tanto la puerta a mi escape como el camino a mi infierno personal.

—Lo sé —dijo, y las tablas del suelo gimieron mientras daba un paso más hacia mí. Su pecho rozó mi espalda, pero no me tocó en ningún otro lugar—. No te quedes porque *tú* quieras. Quédate porque *yo* quiero.

Maldita sea. Mi corazón no podría romperse otra vez antes de que fuera imposible encajar de nuevo junto.

—Vamos —declaró, su corazón estalló en mi espalda—, piensa en esto como un regalo de Navidad.

Cerré los ojos.

—Sé que no tengo derecho a uno, pero quiero uno. Lo necesito. —Jude tenía el orgullo suficiente como para no rogar, pero fue lo más cercano que había oído—. Quédate.

Y esa fue mi perdición. El chico que hacía que madres cruzaran la calle con sus hijos cuando lo veían caminando por la acera, el chico que no tenía a nadie más, el chico al que amaba, rogándome para que me quedara con él.

—Está bien —le dije, estirando mi mano hacia la suya.

Sus dedos se entrelazaron con los míos, masajeándolos como si fueran capaces de darle fuerza. Girándome, levantó la mano a mi cara y no hizo nada más que mirarme a los ojos.

Dejando escapar el aire que él había estado manteniendo cautivo, me hundió en sus brazos, y Jude Ryder me abrazó. Me abrazó como si fuera todo lo que quisiera y todo lo que nunca podría tener. Me abrazó sin la expectativa de un abrazo que conduce a otra cosa.

Fue el momento más íntimo que habíamos compartido. Completamente vestidos, alineados verticalmente, bocas separadas, y me ahogaba en la intimidad.

A medida que sus brazos comenzaron a desenrollarse de mí, agarré una de sus manos y lo conduje a la cama. Acostándome, di unas palmaditas en el espacio junto a mí. Avanzó lentamente hacia allí, el colchón haciéndome rodar mientras se acomodaba a mi lado. Enrollando mis brazos alrededor de él, metí la barbilla sobre su cabeza, sabiendo que por la mañana, tendría que dejarlo ir. Pero no ahora. No esta noche.

Deseaba que mañana nunca llegara.

—Te amo, Lucy —susurró, sonando como si el sueño lo fuera a encontrar en la siguiente respiración.

Tragué saliva, empujando hacia abajo el creciente dolor en la garganta. —Te amo, Jude.

* * *

No había dormido tan bien en semanas. Tres semanas para ser exacta. Por supuesto que sabía qué, o quién, era responsable de las ocho horas sólidas de sueño. Jude seguía durmiendo en la misma posición en la que se había quedado dormido anoche, a excepción de las líneas que se habían suavizado en su rostro.

Casi le di un beso en los labios entreabiertos antes de detenerme a mí misma.

Deslizando mi brazo de debajo de él, rodé a un lado de la cama. Mi cuerpo se sentía rígido, como si tuviera que lubricar las articulaciones para conseguir que se movieran correctamente. Echando un vistazo a Jude para asegurarme de que no se había despertado, me puse mis botas y me levanté.

Esta hazaña dolía más que anoche, haciéndome desear que aún tuviese la botella de calmantes en la guantera. Dándome a mí misma una cuenta de tres, me permití darle una mirada. Así era como elegiría recordarlo cuando mi corazón doliera con cada latido después de que lo dejara. En paz, satisfecha al salir de su vida.

Dándome la vuelta, me moví a través de la habitación tan silenciosamente como una persona rígida podría. La puerta chirrió al abrirse, y mi adrenalina se disparó cuando miré de nuevo a Jude, segura que se levantaría en cualquier momento.

Pero seguía durmiendo, disfrutando de unos minutos u horas de paz antes de que se despertara y descubriera que había escapado de él sin un adiós, pero tal vez eso es lo que anoche había significado. Un adiós.

Nuestro adiós.

Una vez que bajé al pasillo, las escaleras presentaron un desafío, ya que cada escalón me hizo sentir como si los músculos de mis piernas fueran a reventarse a través de la piel. Unos pocos rezagados de la fiesta decoraban los sofás y alfombras, pero una vez que los pasé, me encontraba fuera de la casa.

El Mazda no había sido remolcado, más allá de todos los milagros de los policías de tránsito en todas partes, así que me deslicé en el asiento del conductor, di vuelta a la llave y pisé el acelerador en el siguiente instante. Ahora que yo había sucumbido ante lo inevitable, no

podría salir de aquí lo suficientemente rápido.

Ya había avanzado un par de millas por el camino, cuando paré en la primera luz roja, y un pedazo de papel doblado descansando sobre mi salpicadero llamó mi atención. Mantenía mi coche limpio, demasiado limpio, así que sabía que no podría haber sido algún boceto aleatorio o notas de clase. Tomándolo, lo desdoblé, inmediatamente reconociendo la escritura a mano.

Sólo quería que supieras que estaría persiguiéndote ahora mismo, desnudo si fuera necesario. Pero porque estoy respetando tu necesidad de espacio y tiempo, voy a forzarme a mí mismo a mentir, aquí en la cama, y fingir que estoy dormido.

No tenía firma, pero no lo necesitaba. Saber que Jude se había despertado en algún momento de la noche, consciente de que lo dejaría sin una despedida formal, había garabateado una nota y metido dentro de mi coche, me hizo maldecir el día en que dejé que la duda entrara en mi vida. El momento, en algún lugar a lo largo del camino, en el que había dejado que la duda se instalará entre Jude y yo, construyendo un muro tan alto que no habría manera en que pudiera ver para escalarlo.

Sostuve la nota en la mano durante todo el camino a casa.

14

Traducido por Juli_Arg

Corregido por Violet~

La escuela estaba oficialmente cerrada por las vacaciones de invierno. India se había ido ayer para una Navidad soleada y arenosa en Barbados, junto con el resto de los residentes del dormitorio, y ya que mi vuelo no era hasta el domingo por la mañana, iba a tener un fin de semana tranquilo para mí sola. La perspectiva no era atractiva en ningún nivel de la escala de placer.

Aparte de la nota, no había tenido ningún contacto con Jude desde que huí en el auto la mañana del sábado pasado. Y a pesar de que había llorado en mi cama todas las noches, sintiendo sus brazos fantasmas alrededor de mí, habían valido la pena esas ocho horas el sábado por la noche. El placer de entonces valió la pena el dolor de ahora.

Sentada en la silla giratoria, mirando la cafetera filtrando, yo sabía que no podía pasar el rato en esta habitación vacía durante otras veinticuatro horas. Corriendo a mi armario antes de que pudiera cambiar de idea, me deslicé en unos pantalones, botas, y debatí que usar en la parte superior. El debate había terminado cuando mi mano apretó la sudadera naranja gigante doblada en el estante superior. Me la puse y, después de reorganizarme el pelo y aplicar un poco de maquillaje, me encontraba fuera de la puerta, con las llaves y el monedero en mano.

Me dirigí al norte del aparcamiento, comprobando el indicador de combustible para asegurarme de que tenía el depósito lleno. Iba a ser un viaje largo.

Hoy era un gran partido de eliminatoria para Syracuse. Un día antes de Nochebuena se esperaba que fuera el juego de la temporada. No podía faltar. Me perdí el último par de partidos en casa de Jude y no podía faltar a otro.

Podríamos haber estado tomando un tiempo, pero todavía podía desaparecer en la multitud de decenas de miles de personas y disfrutarlo en el juego que había sido creado para él. Era una cosa egoísta lo que estaba haciendo, pero teniendo en cuenta que me

encontraba sola un día antes de Navidad, hoy egoísta parecía más aceptable.

Pasé el tiempo de conducción escuchando algunos de mis discos favoritos, tratando de no pensar acerca de Jude, en su defecto, y luego darme a mí misma un temprano regalo de Navidad y escribirme un pase libre para pensar en Jude tanto como yo quería hoy.

Estaba a menos de media hora para empezar, lo que significaba que tenía que aparcar a un kilómetro de distancia y caminar. Me encantaban los partidos de fútbol, siempre lo habían hecho. Incluso cuando era una niña, arrancaba la hierba en el banquillo durante los partidos de John, me encantaba.

Me encantaba el rugido de la gente, me encantaba el choque del casco golpeando otro casco, me encantaba la energía en el aire, me encantaban los perros calientes. Me encantaba todo.

Pero sobre todo, me encantaba ver jugar a Jude. Jugaba con el corazón de un jugador que realmente amaba el juego. Él habría jugado todos los días, incluso si no era a cambio de una beca universitaria o, algún día pronto, a cambio de millones de dólares al año.

Jude jugaba porque lo amaba.

Y me encantaba verlo jugar.

Haciendo mi camino hasta la taquilla, inmediatamente me hubiera gustado haber elegido otra.

—Usted consigue estar más bonita cada vez que la veo, jovencita —dijo el hombre mayor detrás de la mesa con una sonrisa. Su nombre era Lou, y me recordaba a mi abuelo—. No la he visto los dos últimos partidos. El Sr. Jude no ha estropeado las cosas con usted, ¿no?

Le devolví la sonrisa educadamente.

—No señor, Jude no ha hecho nada para estropear las cosas —le dije, cruzando los brazos sobre el mostrador.

—Es bueno saberlo, señorita Lucy. No me gustaría tener que enseñarle una lección sobre cómo un hombre tiene que tratar a una mujer.

—No creo que alguno de nosotros quiera eso. —Sonreí y esperé a que Lou terminara. Al hombre le encantaban las bromas de ida y vuelta conmigo y por lo general me sentía feliz de seguirle el juego, pero ésta vez era diferente. Dudé de que si él supiera cuanto había dañado a Jude, estaría bromeando cordialmente conmigo.

Leyendo a través de la pila de entradas, sacó dos. Jude siempre dejaba una para mí y una extra por si quería traer a un amigo.

—Me preguntaba si estas entradas se quedarían sin reclamar de nuevo hoy —dijo, deslizándolas a través de la ventana—. Si no estuviera seguro de que el Sr. Jude saldría del campo para sacarme físicamente, yo podría haber resbalado en uno de estos asientos.

—¿Por qué no los tomas hoy, Lou? —le dije, devolviéndoselas—. Hoy sólo quiero una entrada de admisión general.

—¿Por qué quieres una entrada general cuándo tienes asientos de primera fila, cariño? —Profundizó las líneas de expresión en su rostro.

—¿Por favor, Lou? —le pedí, mordiéndome el labio. No quería explicarle lo que no podía explicarme a mí misma—. ¿Sólo una entrada de admisión general?

Suspiró, tamborileando con los dedos sobre el mostrador.

—Está bien —dijo—, pero sólo porque no puedo decir que no a una cara bonita.

Buscando una entrada general sobre las otras dos que Jude reservaba para mí cada juego, las deslizó por la ventana hacia mí.

—Está es de la casa, pero tienes que llevar estas dos contigo. El Sr. Jude tendría mi trabajo si supiera que estuviste aquí y no te las di.

—Gracias, Lou —le dije, tomando las entradas—. Tal vez uno de estos juegos tú y yo podemos usar estos juntos.

Los ojos marrones Lou se suavizaron.

—Eso sería un verdadero honor, señorita Lucy.

Tomando las entradas sobre el mostrador, me di vuelta para dirigirme hacia las puertas.

—Gracias de nuevo.

Él asintió, mirando sin saber qué decir.

Caminando a través del túnel, el rugido de la multitud se amplificó. Syracuse tomaba el campo. Me apresuré, sin querer perdérmelo. Este era uno de mis momentos favoritos del juego. Cuando Jude llegaba corriendo a toda velocidad en el campo, conduciendo un ejército de hombres, todos luciendo como si fueran tan invencibles como ellos creían que eran, siempre me ponía la piel de gallina.

Jude era el único en la yarda veinte cuando alcancé la vista del campo. En ese momento, mirándolo, haciéndose cargo de sus compañeros de equipo, sabía que había tomado la decisión correcta al venir. El peso que había atado a mi espalda se desató al momento en que mis ojos lo encontraron. Podía llenar mis pulmones de nuevo, podía formar una sonrisa que no se sintiera obligada, podía sentir los

latidos de mi corazón como si no fuera más una tarea.

Me quedé mirándolo hasta que el equipo se había instalado en el juego de pre-calentamiento antes de hacer mi camino a mi asiento. Vi a una chica muy embarazada inspeccionar sus entradas con el que supuse era su marido, vestido con un uniforme del Ejército, les eché un vistazo otra vez. Mirando fijamente a las gradas, sus ojos se posaron hacia atrás cuando di el primer paso hacia arriba.

Me detuve, viéndola dar un segundo paso. Si al estar embarazada significaba que subiría un escalón cada cinco segundos, no estaba segura de que disfrutaría mucho de ello.

—¿Quiere cambiar? —pregunté de repente. No podría verla aspirar otro aliento mientras intentaba un paso más—. Son muy buenos asientos.

El marido me miró, confundido, y luego estudió las entradas que yo les ofrecía. Sus ojos se abrieron.

—No me malinterprete, señorita, porque yo vendería mi primogénito por entradas como esas —le disparó a su esposa una sonrisa maliciosa mientras ella le golpeó el brazo—, pero ¿ve esa fila, muy en el fondo, a la derecha donde las narices de unos pocos espectadores están sangrando? Esos son nuestros asientos.

Me gustaban estos dos ya.

—¿Cómo está la vista desde allí arriba?

—Es una mierda —me respondió, ayudando a su esposa a bajar las dos escaleras que acababa de subir.

Empujando las entradas en su mano, sonreí.

—Bueno, la vista de estos asientos no es así —dije, retrocediendo.

Comencé a moverme porque el juego no iba a esperarme hasta que me sentara.

—Hágame un favor y asegúrese de darle al número diecisiete un mal rato. —Dándome la vuelta, seguí caminando, sonriendo todo el camino a mi asiento.

Lou me había dado una entrada de admisión general sólida. Sobre todo desde que había llegado tarde y no tenía una entrada reservada. Había dos asientos vacíos al final de la fila, el mío era el segundo. Sonriendo a la familia en la fila de delante de mí, el niño más pequeño se giró en su asiento para mirarme. Él tenía un jersey naranja con el número diecisiete.

—Me gusta tu camiseta —le dije—. Tengo una igual.

Sus ojos se abrieron valorizando. Era bueno saber que podría

impresionar a un niño de cinco años.

—¿Tú también quieres ser como Jude cuándo crezcas?

Este muchacho con un puñado de pecas y el cabello desaliñado me iba a hacer llorar. Por las malditas cien y un veces este mes pasado.

—Claro que sí —le dije mientras se dio la vuelta en su asiento.

—Yo también —dijo mientras su madre me lanzó una mirada de disculpa. Le hice señas para que no se preocupara—. No debería estar diciendo esto ya que eres una extraña y una chica, pero Jude es un superhéroe disfrazado —susurró, mirando de un lado a otro.

—¿Lo es? —le dije, mirando hacia abajo a él en el campo, calentando el brazo en alto. Lanzando la pelota, miró hacia las gradas, estudiando la primera fila—. ¿Qué, acaso el tipo de lycra naranja y blanca le da su estatus de superhéroe?

El rostro del muchacho se arrugó, dándole vueltas a eso. Dos segundos más tarde se aclaró.

—No —dijo con confianza—. Cualquiera puede salir y comprar un poco de lycra naranja y blanca. Pero nadie más puede ser como Jude Ryder.

Saqué un paquete de caramelos de mi bolso y le ofrecí uno. Era lo menos que podría hacer por el fan número uno de Jude.

—Ya que soy una chica y todo eso, y no estoy dentro del círculo de superhéroes —dije, agarrando un caramelo para mí—, ¿con quién está confabulado, con Superman o Wolverine?

—Danny, ¿estás molestando a ésta señorita? —llamó su mamá al otro lado de la fila de lo que supuse eran sus hermanos mayores.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo, mirándome—. ¿Te estoy molestando?

—Está bien —le dije a su madre—. Me está haciendo compañía.

—De acuerdo —dijo ella, dándole a Danny la mirada de mamá—. Mantén los modales, ¿sí?

—Sí, mamá —respondió, apoyándose sobre sus rodillas y sacando la barbilla en la parte posterior del asiento—. ¿Tu papá y mamá no te lo han explicado todavía? —preguntó, arrugando la nariz pecosa.

—¿Explicarme qué?

—Los superhéroes no son reales —dijo, viéndose un poco triste para mí—. Ellos te lo hacen creer.

—Pero pensé que acabas de decir Jude era uno —le dije,

masticando el final de mi caramelo.

El chico puso los ojos en blanco y suspiró.

—Los superhéroes de los *Cómics* no son reales. Jude es un superhéroe de la vida real.

—Oooooh —le dije, asintiendo con la cabeza—. Ahora lo entiendo.

La cabeza de Danny se dio la vuelta cuando los equipos se alinearon en el campo para el comienzo del partido.

—¿Así que calificas a Jude cómo un superhéroe? —dije, inclinándome hacia adelante y mirando el campo con él. El equipo visitante comenzó cuando Syracuse atacó el campo.

Danny me echó un vistazo, luciendo como si esta pregunta fuera más insultante todavía.

—Es fuerte, es rápido —comenzó contando con los dedos—. Puede lanzar una pelota de fútbol, como a dieciséis kilómetros. Va a casarse con la chica más hermosa en el mundo y van a tener pequeños bebés superhéroes. —Hizo una pausa, yo no estaba segura de si era porque había terminado con su lista o recuperaba el aliento.

—¿Algo más?

—Y un día, va a ser presidente de los Estados Unidos de América —dijo, retorciéndose en su asiento cuando Jude llevó a su línea ofensiva en la posición en los sesenta.

—Así que todas esas cosas lo convierten en un superhéroe, ¿eh? —le dije, sin dejar de mantener una conversación. En parte porque el niño podría seguirme el ritmo en un par de mis temas favoritos: el fútbol y Jude. Y en segundo lugar, porque se sentía bien hablar. Con alguien. Incluso si ese alguien era un pequeñito, pecoso, adorador de superhéroes.

—Bueno, sí, eso y... —Se quedó mirando el campo cuando Jude sacó una de sus notorias simulaciones de mariscal de campo y controló el balón hasta la zona de anotación antes de que el otro equipo hubiera entendido qué demonios pasaba—. Eso —dijo Danny, saltando en su asiento y agitando las manos hacia donde Jude había anotado seis puntos en el primer minuto de juego.

Una vez que los aplausos se apagaron en un rugido sordo, Danny se dio la vuelta en su asiento, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Ahora me crees?

Habría sido imposible discutir.

—Te creo.

Y así es como la primera mitad del juego continuó. Danny y yo bromearíamos entre gritos sobre nuestras cabezas cuando el equipo local conseguía poner otro balón en la zona de anotación. No podría haber imaginado un mejor regalo de Navidad para mí.

Al igual que todos los partidos que Jude había jugado, jugó éste como si su vida pendiera de un hilo. Era bueno porque tenía talento. Era el mejor porque él creía que lo era y jugaba en consecuencia.

Y cada uno de nosotros en las gradas fuimos testigos de una leyenda en ciernes. El nombre de Jude no se disolvería en los libros de registro de la universidad de fútbol, sino que sería inmortalizado por los chicos jóvenes como Danny, quien contaría historias de Jude alrededor de la mesa para sus hijos.

Yo sabía que podría estar sensible respecto a esto, pero parecía que Jude no podía dejar de mirar hacia arriba en esa primera fila cada vez que se sentaba en el banquillo. Probablemente sólo lo imaginaba, esperando que me buscara, preguntándose quien se encontraba en mi asiento, pero éste era mi regalo de Navidad y tenía carta blanca para saltar a cualquier conclusión que quisiera.

En la primera mitad, nos adelantamos por dos touchdowns, una hazaña increíble teniendo en cuenta, que los analistas dijeron que se trataba de uno de los juegos más reñidos en la historia del fútbol americano universitario, mientras Jude dirigió el equipo fuera del campo.

Danny se había quedado mayormente tranquilo una vez que el juego había comenzado, aparte de lanzar alabanzas al fútbol, o más específicamente a Jude. Estaba por levantarme y entusiasmarlo, cuando Danny se giró en su asiento, sus ojos subieron a unos asientos sobre nosotros.

Sus ojos no podían haberse ampliado aún más. A continuación, un montón de otros espectadores comenzaron a retorcerse en sus asientos, dando codazos a sus acompañantes y agitando sus manos o señalando hacia las gradas.

—Santa…

—¡Danny! —advirtió su mamá, disparándole una mirada—, los modales.

Dándome la vuelta en mi asiento, eché un vistazo sobre mi hombro y casi inmediatamente me sentí mareada. No habría creído que Jude bajando la escalera fuera real si todos a mí alrededor no lo miraran como yo, con asombro.

—Hola, Luce —dijo, deteniéndose al final de la fila.

—Hola —le contesté, dándole una sonrisa tímida. No esperaba que él supiera que me encontraba aquí, yo no tenía la intención de que alguna vez lo averiguara.

—¿Disfrutando el juego desde aquí? —preguntó, dejando caer su casco y cayendo en el asiento vacío a mi lado.

—Sí —le contesté, sin mover mi brazo cuando el suyo se presionó contra el mío—. Estás jugando un gran juego. Teniendo en cuenta a todos diciendo que éste podría ser el primer juego que alguna vez has perdido.

Podía sentir los ojos de Danny en nosotros, sin perderse nada. Él realmente creía que Jude era un superhéroe, y actuó en consecuencia.

—Bueno, una vez que supe que estabas aquí, yo podría haber pateado al otro equipo —dijo, sonriendo inclinado hacia mí.

—Lou te lo dijo, ¿no? —supuse.

—No era necesario que Lou me lo dijera, Luce —dijo, mirando entre el campo y yo—. No necesito que alguien me diga cuando mi chica está en las gradas. Podría reconocerte incluso si estuviera jugando en el Superdome[9] y tú estés sentada en la fila trasera.

Por supuesto que podría. ¿No podría yo haber hecho lo mismo con él?

Fui tonta al pensar que podría entrar en este juego y salir antes de que él supiera que me encontraba aquí. Él sabía que yo estaba aquí antes de que yo incluso supiera que iba a venir. Esa era la maldición y la bendición de mi relación con Jude, entre muchas otras.

—¿No se supone que tienes que estar en el vestuario, recibiendo una charla de tu entrenador? ¿Tal vez un segundo plan de acción? —Yo sabía que Jude hacía lo que quería, pero sentía la necesidad de recordarle, ya que no podría haber estado retorciéndome en el asiento más que todo el mundo a nuestro alrededor que nos miraba con interés sin parpadear, tomando sorbos de refrescos y sacudiendo palomitas de maíz en sus bocas.

—El plan siempre es el mismo —respondió, con los ojos vagando sobre mi cara, probablemente inspeccionando las heridas de la batalla de hace una semana. El enrojecimiento se había reducido, pero los moretones todavía seguían bastantes visibles—. Patearles el culo.

[9] **El Mercedes-Benz Superdome**, conocido anteriormente como Superdome de Louisiana, es una gran instalación deportiva y de exhibición ubicada en el distrito central de negocios de Nueva Orleans, Estados Unidos.

—Creo que tienes que bajar —le dije, sabiendo que algunos miembros del equipo visitante personalmente podrían relacionarse con eso.

—¿Qué estás haciendo aquí, Luce? —preguntó, estudiándome.

—Verte jugar —le respondí, sabiendo que no era una respuesta que él aceptaría.

—Sí —dijo, haciendo una mueca—. Eso no va a funcionar para mí.

Por supuesto que no.

—Sabes por qué —añadí con un susurro.

—Necesito que me lo digas —dijo, tragando saliva—. He pasado muchos días sin escucharlo.

Con un suspiro, cerré los ojos.

—Te amo —le dije, sabiendo que era la verdad y que no cambió nada—. Y te extrañé.

—Sí —dijo—, yo también.

En ese momento, la multitud, no sólo los que nos rodeaban, dieron un jadeo colectivo antes de desatar una alegría que estalló a través de los soportes.

—¡Son ustedes! —gritó Danny, apuntando a la pantalla grande a través de nosotros.

—Mierda —dijimos Jude y yo al unísono.

Yo iba a tener la cabeza del hombre de la cámara, ya que, en esa pantalla —así como en las otras tres alrededor del estadio— había un primer plano de Jude y yo en tiempo real, titulado por un rojo y burbujeante "Bésame" y rodeado de corazones flotantes.

El estadio comenzó a corear—: ¡Beso! ¡Beso! ¡Beso! —Mientras que mi cara se puso casi tan roja como los malditos corazones flotando alrededor de nuestras caras en la pantalla. Jude no estaba rojo, aunque, ni siquiera lucía incómodo. Se hallaba en algún lugar entre una sonrisa y una mueca de satisfacción.

Si no lo hubiera sabido mejor, habría creído que él había armado todo el asunto.

Mirando por encima de él, lo encontré mirándome.

Su mueca se convirtió en una completa sonrisa arrogante y caliente como el infierno.

—Ven aquí —dijo, enredando los dedos por mi pelo.

No tuve que hacer mucho para "llegar hasta aquí", ya que él

cerró el espacio entre nosotros hasta que sus labios descansaron en los míos. La multitud se volvió loca, ya que su héroe no sólo me besaba. Él me consumía.

Su otra mano se levantó a mi cuello, sus dedos se cerraron en mi piel, sus labios instaron los míos, presionándolos para responder.

No estaba segura de si era la sensación de los ojos de miles de aficionados sobre nosotros, o la cantidad de tiempo que había pasado desde que Jude y yo nos habíamos besado así, o si los sentimientos que me inundaban —ahogándome en su intensidad— me aterrorizaban. Porque esos sentimientos comprobaban que Jude era mi único y verdadero, que la realidad había entrado en ese camino y había jodido todo.

Finalmente, se dio por vencido. Sus labios dejaron de tratar de conseguir la sumisión de los míos. Sus dedos se inclinaron contra mí, sintiendo de repente el frío.

La multitud todavía zumbaba, ignorando el hecho de que dos corazones se rompieron después de ese beso.

—Realmente te he perdido —susurró, sus palabras aún frías en mi piel—. Te has ido para siempre ésta vez, ¿verdad, Luce?

Me quedé mirando a esos ojos de color gris plateado, no era capaz de imaginar nada peor que yo haciéndole daño.

—Nunca me perderás, Jude —le dije, olvidándome de la multitud. Olvidándome de todo excepto de todas las razones por las que deberíamos estar juntos y cada razón por la que no.

—Pero no puedo tenerte como quiero —dijo, pasando su dedo por mi mejilla.

—No lo sé.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí, Luce? —preguntó, elevando su voz—. ¿Quieres tiempo? ¿Quieres espacio? Bien. Te lo doy. Pero luego sigues regresando a mi vida cada vez que tú lo decides. Sin advertencia. Sin disculpas. Sin permanencia. Te apareces en mi puerta y te vas por la puerta trasera, sin ni siquiera un adiós —continuó, sin apartarme los ojos de encima—. No puedes ir y venir. Una montaña rusa puede matarte. ¿Sabes lo que no puedo aguantar? Tú entrando y saliendo de mi vida antes de que incluso sepa que estuviste allí en el primer lugar. Me miras como lo haces ahora y entonces eres capaz de darme la espalda y alejarte cinco minutos después. —Su mano se cerró sobre mi mejilla antes de que la bajara—. Eso es lo que me va a matar. No puedo vivir preguntándome si sigues siendo mía para reclamar.

Era como si supiera las palabras exactas que podrían

emocionarme al mismo tiempo que me excitaban.

—Lo siento —le dije—. Sólo quería verte jugar una vez más antes de irme para las vacaciones de invierno. Nunca pensé que sabrías que había venido.

Resopló, encrespándose el labio con incredulidad.

Esa respuesta física inclinó las fuertes y excitantes emociones al abrasador péndulo.

—Bien. ¿Así que el que yo salte dentro y fuera de tu vida te va a matar? Considera oficialmente como si hubiera acabado con todo eso.

—¿Vas a sacar aquella mierda de la chica defensiva e insegura y tener una conversación de adultos? —dijo, los músculos de su cuello moviéndose debajo de la piel, una señal segura de que él se encendía también.

—Felizmente —le respondí, apretando los dientes—. Tan pronto como tú hagas la cosa de: "No puedo manejar la presión" que los chicos hacen y se levantan y se van.

Hizo una pausa, con su cara cayéndose un segundo antes de que se encendiera de nuevo.

—¿Quieres que me vaya?

—No puedo imaginar nada que me haga más feliz en esta temporada de fiestas.

—Bien —dijo, levantándose—. Voy a irme. Pero ya que parece que no puedes estar lejos de mí durante más de unas pocas horas, nos vemos pronto, estoy seguro.

—Si por pronto quieres decir nunca, entonces eso suena bien para mí —le contesté, con ganas de saltar en mi asiento para que pudiera quedar a su altura—. ¿Dónde hay que firmar?

—¿Sabes, Luce? —dijo, regresando por las escaleras—. Tienes una manera de mierda de mostrar tu amor por alguien.

Me estremecí. Eso dolió más que todas las palabras que yo podía recordar que me hirieran. Mordiéndome el labio, lo fulminé con la mirada.

—Lo mismo digo. —Y esa era una mentira arriesgada para decir cara a cara. Jude, tal vez más que nadie que jamás haya conocido, era capaz de expresar su amor de la manera en que el amor debía ser expresado.

Negando con la cabeza hacia mí, su rostro sangraba de toda emoción antes de que me diera la espalda y se fuera corriendo por las escaleras. Los fans que no tenían ni idea tendieron sus manos mientras

corría, pero era como si él no viera nada a su alrededor.

—Guau —dijo una voz aturdida, silbando una fila debajo de mí—. ¿Tú eres la chica con la que Jude Ryder se va a casar y hacer bebés superhéroes?

Si Danny no había oído la acalorada discusión entre Jude y yo, tal vez eso significaba que todos los sentados dentro de un radio de diez que me miraban como si yo fuera una paria, tampoco.

—Creo que sola me destroné de ese título —le contesté, sintiéndome aturdida. O, al menos, más insensible.

—Eres como *Lois Lane* en la vida real —continuó, saltando en su asiento—. Sólo que más rubia. Y más joven. Y más bonita también.

Ni siquiera podía hacer que una sonrisa tímida se sintiera real.

Me miró boquiabierto como si fuera casi tan genial como libros de historietas.

—Santa…

—¡Danny! —gritó su madre, dándome una sonrisa simpática.

Hasta aquí llegó el que nadie esté escuchando.

15

Traducido por Juli_Arg & Amnl3012

Corregido por Melii & Juli_Arg

Danny me observaba. Sin decir nada, pero había algo que inquietaba a este chico.

—¿Qué pasa, Danny? —le dije, mordiéndome las uñas. Yo nunca, hasta este momento, había sido una mordedora de uñas.

—¿Por qué se pelearon Jude y tú? —preguntó, viéndose aliviado como había estado antes.

—Porque eso es lo que hacemos y somos buenos en eso —le contesté.

—¿Pero lo amas?

Miré a su madre, deseando que ella elija este momento para anunciarle a los chicos que se iba al baño o algo así. —Sí.

Más alivio inundó su rostro. —Entonces, ¿Todavía se van a casar?

—No lo sé —le dije, con mis dientes trabajando en la siguiente uña. Las manicuras eran tan de la temporada pasada—. No lo creo.

—¿Por qué no?

—Porque —dije, entendiendo por qué los padres son un gran fan de esta respuesta—: Porque a veces el amor no es suficiente.

Su nariz pecosa se curvó. —Bueno, duh —dijo, agitando las manos en el respaldo del asiento—. Acabo de cumplir seis años y sé eso.

Con seis años de edad, tenía más sabiduría de la vida, al parecer, que yo. El concepto era más deprimente de lo que debería ser.

—¿Ya lo sabes, eh, listillo? —le dije.

—Yo sé muchas cosas.

—Y como estudiante de jardín de infantes probablemente has tenido citas con un total de cero niñas —le dije, arqueando una ceja—, ¿Qué es exactamente lo que sabes sobre el amor?

Él hizo esa carita no divertida en la que mi mamá se había convertido una maestra hace mucho tiempo. —Mamá me ha dicho que el amor es como una semilla. Hay que plantarlo para que crezca. Pero eso no es todo. Es necesario regarlo. El sol tiene que brillar lo suficiente, pero no demasiado. Las raíces tienen que tomar fuerza —continuó, entrecerrando los ojos en concentración—. Y a partir de ahí, si aparece su cabeza por encima de la superficie, hay cerca de un millón de cosas que podrían matarlo, por lo que toma un montón de suerte también.

Sentí mi boca abierta a punto de caer. Estaba a punto de murmurar una maldición cuando me contuve a mí misma. Este chico era sabio más allá de sus años.

—No se puede plantar una semilla y esperar que crezca por sí sola. Se necesita de mucho trabajo para hacer que cualquier cosa crezca. —Me sonrió, claramente complacido consigo mismo.

—Guau —le respondí, aturdida—. Eso realmente es una cosa inteligente, Danny.

—Lo sé —dijo—. ¿Tienes alguna pregunta?

Sonreí con satisfacción a un niño de seis años. No es uno de mis mejores momentos. —Creo que estoy bien, pero te lo haré saber.

Se dio la vuelta en su asiento y estaba a mitad de camino a través de un suspiro de alivio cuando miró por encima del hombro.

—No deberías haber tenido una pelea con Jude —dijo, frunciendo el ceño—. Realmente podrías estropear su juego. Él podría regresar a la segunda parte y ser un desastre. Puedes ser la única responsable de perder el juego si lo hacemos.

—Jude va a estar bien —le dije, bajando la mirada al tranquilo campo—. Está acostumbrado a las peleas entre nosotros. Nunca lo detuvo antes.

Su boca hizo una mueca de pato mientras consideraba esto. —Es triste —respondió, con todo un mundo de respuestas a su disposición. Esa es la que él escogió.

—Es triste —repetí cuando las gradas comenzaron a explotar con el aumento de los cuerpos y voces.

Cuando Syracuse salió al campo después del entretiempo, Jude no era quien guiaba. Casi me entró el pánico, que por nuestra pelea se haya ido, para que nunca oiga de él, pero luego alcancé a ver el número diecisiete en medio del equipo.

No fue lo único que noté tampoco. Con los ojos entrecerrados de confusión se volvió hacia mí, mirándome con acusación. Podrían

simplemente marcar la palabra *paria* sobre mi frente, porque no podría haber estado más incómoda que como me sentía ahora.

El juego estaba poniéndose en marcha cuando alguien se detuvo al final de mi fila, se volvió, y fue tan obvio al mirarme que ni siquiera podía fingir que no lo había notado.

—¿Sí? —le dije con irritación, mirando al chico de fraternidad sonriendo hacia mí. Su fraternidad, delta-delta-douche algo, se desplazaba sobre su gorra de béisbol. No pude evitar rodar mis ojos.

—¿Este asiento está ocupado? —preguntó, mirando la silla vacía que Jude había ocupado antes. Se había sentado en ella durante sólo cinco minutos, pero tuve un efecto protector de la misma.

—Sí —le dije, dejando caer mi bolso sobre él—, lo está.

La multitud rugió, animando cualquier excelente jugada que nuestro equipo lanzaba. Él no sólo me estaba irritando, sonriéndome de una manera que era demasiado cursi, pidiendo ocupar el asiento de Jude, sino que me había hecho perder el comienzo del juego.

Strike cuatro. Quítate de mi camino.

—Es mejor que encuentres otra chica junto a la que sentarte —Danny se volvió en su asiento, mirando con desprecio a este hombre que era tres veces más grande que él—, esta es la futura esposa de Jude Ryder.

—Espera —dijo el hombre, riendo a Danny—. ¿Eres la chica del mariscal de campo?

Jude acababa de tomar el campo con su línea cuando lo vi mirarme. Se encontraba tan lejos que no debería haber sido posible, pero juro que sus ojos destellaron negro cuando vio al chico merodeando sobre mí.

—¿Por qué no regresas con el resto de tu clan de aspirantes de gerencia intermedia? —le dije, despidiéndolo con la mano.

Chasqueando los dedos, el hombre sacó su teléfono y comenzó a hojear las páginas. Yo no estaba segura exactamente qué es lo que buscaba, pero tenía una idea bastante buena.

Miré a Jude cuando se alineó, su cabeza se inclinó hacia atrás a mi camino otra vez. Maldita sea—tenía que centrarse en el juego y no en mí. Yo podía manejarme.

La sonrisa del chico de fraternidad se convirtió en chistosa. —Tú eres la chica de Ryder —dijo, mostrando su teléfono hacia mí. En la pantalla, me encontraba a horcajadas sobre una Adriana luciendo enloquecida, mi brazo en alto y mi cabello un tornado de color blanco-

rubio.

—No me importa si este asiento está ocupado —dijo, agarrando mi bolso y tirándolo en mi regazo—. Tengo que conseguir una foto con la chica que se hallaba en el bando ganador de la más comentada pelea de gatos en toda la historia de la universidad. —Envolviendo su brazo alrededor de mí, colgó el teléfono en frente de nosotros, a punto de tomar una fotografía.

¿Cuando un imbécil como este va a descubrir que no pueden hacer lo que quisieran con una mujer? No éramos bestias que ellos podían controlar. Éramos mujeres que podrían gobernar el mundo con los ojos cerrados, pero éramos lo suficientemente inteligentes como para saber mantenernos al margen de ese lío. Éramos mujeres—y nos hacíamos oír.

Y fue lo que hice cuando le arrebaté el teléfono de las manos, salté de mi asiento, y lo arrojé a la cancha.

Jude acababa de empezar la caminata cuando mi propio proyectil salió disparado hacia un lado. Tomando otra mirada atrás cuando sus ojos no deberían haber estado en ningún otro lugar que no sea en el campo, lo vi congelarse cuando vio lo que pasaba entre el chico de fraternidad y yo.

El tiempo se detuvo entonces mientras Jude me miraba y yo lo miraba. Nuestras caras llenas de preocupación por el otro. Sin embargo, la preocupación de Jude estaba fuera de lugar. El chico de fraternidad había seleccionado una palabra de maldición perfectamente no creativa para gritarme antes de marcharse lejos—de nuevo a sus aspirantes de gerencia intermedia. Pero yo, tenía todo el derecho a preocuparme porque, rompiendo la línea defensiva de Jude, uno de los liniero[10] del equipo visitante salió disparando directamente hacia el mariscal de campo congelado en su lugar.

Yo ya estaba gritando su nombre cuando el liniero golpeó contra Jude. Incluso después del impacto inicial, los ojos de Jude no dejaron los míos, pero cuando su cuerpo se estrelló contra el suelo, saltando y derrapando a unos diez metros, sus ojos estaban mucho más allá del punto de reconocimiento, ya que se cerraron.

***

—¡Jude! —El grito fue primitivo, saliendo de alguna parte de mí que no sabía que existía. Saltando de mi asiento, corrí por las escaleras antes de saber que estaba en marcha. Mis ojos se hallaban fijos en él,

[10] En inglés: lineman, es una posición en el fútbol americano.

decorando la hierba artificial de un modo en que un cuerpo no debe contorsionarse.

No pensé en nada en ese momento—yo, era todo instinto. No me cabe duda de que si alguien se interponía en mi camino, habría hecho cualquier cosa para sacarlos. Pero nadie lo hizo, y cuando llegué a la barrera de concreto que separa el campo de las gradas, levanté las piernas sobre él.

Torciendo mi estómago en la pared curvada, me dejé caer sobre el terreno. El aliento salió de mis pulmones por el impacto. Había subestimado la caída, pero no reduje la velocidad.

Todo el mundo estaba tan concentrado en Jude y al entrenador corriendo hacia él, que nadie le prestó atención a la chica loca corriendo por el campo. Empujando a los jugadores que formaban un círculo alrededor de él, me deslicé de rodillas a su lado.

—¿Jude? —le dije, tratando de recuperar el aliento.

El trío de entrenadores me miró con los ojos abiertos antes de estrecharlos. —Tiene que salir volando de aquí, señorita —dijo uno de ellos mientras otro le quitaba el casco a Jude.

Lloré terriblemente cuando le agarré la mano y, por primera vez, se cayó inerte en la mía.

—No me voy —le contesté, mordiéndome el lado de mi mejilla.

—Si no te vas por tu cuenta, tendremos que traer a alguien que te acompañe —dijo el tercero, con una luz encima de los ojos de Jude cuando los abrió.

Otro sollozo escapó antes de que lo evitara. Aquello ojos grises estaban planos, muertos.

—No me voy —le dije, doblando la mano de Jude en las mías, tratando de infundir un poco de calor y vida en ella—. Y me compadezco de la persona que trate de alejarme de él. —Mis ojos brillaron en cada uno de los entrenadores.

—Bien —respondió uno de ellos poniendo un aparato ortopédico en el cuello de Jude—. Pero te metes en nuestro camino y con mucho gusto vamos a usar el tranquilizante que guardo para casos de emergencia en ti. ¿Entiendes?

—Está bien —le dije, con ganas de pasar mis manos sobre cada parte de Jude hasta averiguar que pasaba con él. Hasta que identifiquen lo que necesitaba ser arreglado. Era una sensación de impotencia, sin saber lo que tenía que ser atendido. Cómo había que arreglarlo en la peor de las situaciones.

Uno de los entrenadores sacó su teléfono del bolsillo. —Tenemos que darlo por terminado, chicos —dijo. Los otros asintieron con la cabeza.

Mordiendo el otro lado de mi mejilla, miré fijamente en el punto sobre el cuello de Jude donde el movimiento más débil podría ser descubierto. Empecé a contener la respiración, esperando en una tortura que el pulso levante ese trozo de piel de nuevo.

Mientras él tenía pulso, estaba vivo.

Un par de entrenadores más corrieron hacia el campo, llevando una camilla. Los jugadores se alejaron, inclinando sus cabezas mientras vagaban de nuevo a un segundo plano. Situados al lado de la camilla de Jude, los cinco entrenadores se posicionaron alrededor de él, deslizando sus manos en su lugar.

No le solté la mano cuando lo subieron a la camilla y tampoco cuando se abrían camino fuera del campo.

No estaba segura de si el estadio se había quedado en silencio, o yo era incapaz de escuchar nada en mi shock, pero no oí ningún sonido mientras Jude y yo nos movíamos fuera del campo.

Sólo cuando ya nos encontrábamos en los túneles del equipo, oí el estruendo de la sirena de una ambulancia. Los paramédicos balanceaban las puertas traseras abiertas cuando salimos fuera. Uno de los entrenadores les contó lo que había sucedido y lo que pensaban que podrían ser las lesiones que había sufrido. Cuando la conmoción cerebral es decir, coma y parálisis se expresaron, tuve que desconectarme. Tuve que fingir que la realidad no era tan real en estos momentos.

Transfiriéndolo en la ambulancia, seguí detrás del paramédico, tomando un asiento antes de que yo pudiera ser echada.

—¿Quién eres tú? —me gritó cuando uno de los entrenadores se apartó cerrando las puertas de golpe.

—Soy la única familia que tiene —le susurré, tratando de no dejar que la gente nos mire yéndonos, como si fuéramos un coche fúnebre en su camino a un funeral, me lastimaba.

Correr a través de una sala de emergencia, mientras que una persona que amaba era transportado a la parte delantera de la línea debido a sus heridas, era un episodio que no quería volver a repetir en mi vida. Metiéndolo de prisa en una habitación, se me ordenó permanecer fuera de la sala de espera.

Dos guardias de seguridad tuvieron que ser llamados cuando le dije a una enfermera amarga que iba a ir, *eh-hmm*. Me echaron una

mirada, enloquecidos y preocupados de mi mente, y me dejaron ir con una advertencia.

Paseándome a través de la sala de espera, tuve que luchar contra el impulso de al menos un centenar de veces a empujar más allá al guardia de seguridad que claramente, había sido instruido para mantener un ojo en mí. Mi teléfono sonó cada minuto ya que todos los conocidos y amigos de Jude querían saber cómo estaba.

Lo apagué después de diez minutos. ¿Qué podía decirles? ¿Lo habían secuestrado a una sala de emergencia, mientras que más médicos se precipitaron en su habitación que en un campo de golf en una mañana soleada de sábado? Para darles a alguno de ellos una respuesta a cómo Jude estaba, yo o tendría que mentir o admitir cosas que no estaba segura de poder admitir.

Así que me paseaba. Me mordí las uñas hasta reducirlas a nada. Me dolía en cada lugar que no me di cuenta que podría doler. Pero yo no me dejaría pensar, o reflexionar, o considerar cualquiera de las muchas cosas que me romperían si las dejara entrar ahora mismo. Apenas me mantenía en la espera, comportándome como nada mejor que un animal enjaulado, si dejara entrar cualquiera de las emociones acumuladas, ningún frasco de tranquilizante podría someterme.

Podría haber pasado quince minutos, podría haber sido quince horas, pero cuando el rostro serio del doctor se encaminó hacia la sala de espera, con sus ojos cambiando en mi camino, parecía haberle tomado toda una vida cruzar la habitación hacia mí.

—Entiendo que usted de alguna manera está relacionada con el señor Ryder —dijo, cruzando los brazos. Él no estaba cubierto de sangre, así que me aseguré que era una buena señal.

—Sí —dije, mi voz ronca. Yo estaba relacionada con él en todos los sentidos que una persona puede estar sin el vínculo de parentesco por consanguinidad.

—Sufrió una conmoción cerebral por el impacto —empezó a decir mientras mis entrañas se retorcieron—. Lo he puesto en un coma médicamente inducido para darle a su cerebro y su cuerpo la oportunidad de sanar, pero no vamos a saber el alcance total de los daños hasta que se despierte.

Me tragué la bilis en la garganta. —¿Está bien? —mi voz apenas un susurro.

—Está vivo —corrigió el doctor—. No sé si está bien hasta que despierte. Hasta entonces, tiene que tomarlo con calma y descanso.

Una enfermera asomó la cabeza por la esquina. —Doctor —interrumpió ella—, tenemos una herida de bala en el estómago

entrando.

Dándole un movimiento de cabeza por encima del hombro, empezó a retroceder. —Le hemos trasladado hasta el quinto piso. Puede ir a verlo ahora, si quiere.

—Gracias —le dije mientras él se fue corriendo, ¿Por qué, que más se le puede ofrecer a la persona que había ayudado a quien amabas? Siguiendo las señales que llevaban hasta el ascensor, apreté el botón del quinto piso, seguido por un trío de golpes sobre el botón de "cerrar puerta". Mis piernas rebotaban, mi respiración estaba contenida, mis dedos toqueteaban la barandilla del ascensor. Mi ansiedad se manifestaba de una manera híper activa, el instante en que las puertas se abrieron, salí volando, corriendo hacia la estación de las enfermeras.

—¿Disculpe? —pregunté, mi voz sonaba tan exaltada como el resto de mi cuerpo se sentía—. ¿Podría decirme a qué habitación fue llevado Jude Ryder? —No esperé a que la mujer de mediana edad, levantara la vista de su carta antes de preguntar.

Cuando lo hizo, la sonrisa que le había ganado aquellas arrugas regresó a su posición. Tal vez la razón por la que era una enfermera de quinto piso era porque era cinco veces más calida que las enfermeras amargas en la sala de emergencias. —Él fue llevado a la 512 —dijo, señalando al final del pasillo a la derecha—. Puedes ir a verlo ahora mismo. Sólo asegúrate de que tenga mucha tranquilidad y descanso, ¿Está bien, hun?

—De acuerdo. Lo haré —le dije, envolviendo mis brazos alrededor de mi estómago—. El doctor dijo que lo puso en estado de coma para que su cerebro pudiera sanar. ¿Alguna idea de cuándo va a despertar?

Había cerca de un millón de preguntas que tenía ahora que no pensé en preguntarle al médico cuando se encontraba en frente de mí.

—Podría ser la próxima semana —dijo, encogiéndose de hombros—. Podría ser en una hora. El cerebro es una cosa difícil que tiene una mente propia. —Sonrió por su pequeño juego de palabras—. A los doctores les gusta pensar que pueden mandarle a cumplir sus órdenes, pero en mi experiencia, el cerebro gana cada vez.

¿Por qué no todo el personal médico era realista y honesto como ésta lo era? —Suena muy... no concluyente.

—Hun, cada vez que se habla del cuerpo humano o el cerebro, siempre es no concluyente.

No es exactamente lo que necesitaba oír en este momento, pero prefería tomar la dura verdad sobre una mentira que me haga sentir mejor en cualquier momento.

—Gracias —le dije, saludando mientras me dirigía por el pasillo.

—Avísame si necesitas cualquier cosa —gritó detrás de mí.

La habitación 512 estaba en el otro extremo del pasillo y cuanto más me acercaba, más lejos parecía estar la habitación. Esta noche, todo parecía una loca versión de *Alicia en el País de las Maravillas*.

Deslizándome en el interior de la habitación, cerré la puerta silenciosamente detrás de mí. En cuanto a él estaba en la cama, justo como me lo imaginaba, podía fingir que dormía en su propia cama. Pero entonces, el pitido del monitor de ritmo cardíaco y el olor a antiséptico del hospital me trajeron de nuevo a la realidad.

No tenía aversión a los hospitales como la mayoría de la gente. Para mí, eran lugares en donde los seres queridos tenían al menos la esperanza de ser sanados. Cuando John había recibido un disparo, el único lugar para llevarlo fue al médico examinador.

Jude se encontraba allí, su corazón latiendo a cada segundo. Eso significaba que estaba vivo y tenía una oportunidad de luchar. Había esperanza.

Me acerqué a los pies de la cama, le miré fijamente. Si no fuera por la bata de hospital y los cables y tubos que serpentean a través de su cuerpo, parecía que no pertenecía aquí. No había heridas cosidas, sin marcas manchadas de negro y azul, sin soportes para huesos rotos. Todo en la superficie era perfecto, pero lo que estaba pasando dentro de su cerebro era la verdadera amenaza.

Sabía más sobre las conmociones cerebrales que cualquiera que no fuera médico debería saber. Observando cientos de juegos en mi vida, había visto una parte justa de chicos golpeados sin sentido. John había tenido la suerte de escapar del aparente rito de conmoción cerebral, pero muchos de sus compañeros de equipo no lo habían hecho. La mayoría se recuperó con poco o ningún efecto a largo plazo. Pero algunos, los nombres y rostros que estaban a la vanguardia de mi mente ahora, habían cambiado para siempre. Esas almas menos afortunadas nunca volverían a caminar sobre un campo de fútbol de nuevo, y un par no podía siquiera levantar una cuchara a la boca, y mucho menos golpear una pelota de fútbol.

La comprensión de que esto era lo que potencialmente Jude se enfrentaría en su cerebro hizo que mi cuerpo se debilitara. Arrastrando los pies por un lado de la cama, me dejé caer sobre el borde de ella, agarrando su mano en la mía.

Esto es lo que ocurre cuando no se hace caso de la advertencia que la vida te lanza escuchando esa voz en tu cabeza que te dice que alguien iba a salir herido si no dejas de luchar contra la naturaleza.

Jude y yo habíamos estado viajando como un tren fuera de control y Jude se llevó la peor parte del impacto cuando el tren se estrelló contra la pared. Sabía cuándo y si Jude salía de esto, podríamos intentar reconstruir todo, pero no pasaría mucho tiempo antes de golpear otra pared. Y después de caer a pedazos de nuevo, nos gustaría romper con la próxima crisis hasta que finalmente, no quede nada de lo que una vez había sido. No habría Jude. Ni Luce. Ni nosotros. Nada del amor que habíamos compartido. Sólo líos dispersos que nunca podrían ser fijos.

Mi mano retorcía con fuerza la de él, así que aflojé mis manos sobre él. Lo último que necesitaba era una amputación de la mano después de que haberle cortado la circulación mientras me preocupaba en la noche.

Yo sabía que no podía ir, pero también sabía que no podía quedarme. Y esto, la ironía cruel, era la suma de Jude y de nuestro tiempo juntos. Yo lo amaba, pero no debería. Confiaba en él, pero no era natural. Lo quería, pero no podía tenerlo.

Con nosotros, no era como si estuviéramos sufriendo de un mal caso de querer tener el pastel y comérselo también—tratábamos de hacer lo mejor de un plato de la torta vacía. No se puede crear algo de la nada y, si bien no era como si Jude y yo que no tuviéramos nada—éramos de la clase de gente que se pasaba la vida buscando algo—la vida nos ha dado un gran nada en el departamento de futuro. No había ningún lugar para ir, pero aquí mismo, uno de nosotros tiene que conocer y saludar a la muerte, si uno de nosotros no se separó del otro.

Yo sabía que no podía ser él, me había advertido en innumerables ocasiones que era incapaz de caminar lejos de mí. Así que tenía que ser yo. Tenía que ser la que se levantara, dar la espalda a este hombre, y nunca dejar de caminar.

Nunca me había enfrentado a algo con más miedo.

Maldita sea. Le apretaba la mano con fuerza de nuevo.

Aclarando mi garganta, traté de llevar las palabras a la superficie. Ellas no quisieron venir. Algo sobre el reconocimiento de la permanencia las mantenía embotelladas dentro.

Adiós. Sería la cosa más difícil que alguna vez tendría que decir, y lo más duro que me ha tocado vivir. Jude no era sólo mi primer amor. Él era mi amor para siempre. Pero demonios si las fuerzas de la naturaleza no se hubieran alineado en mi contra realmente sería capaz de pasar mi vida con esta persona.

Aún estaba atragantándome con la palabra, cuando los dedos de Jude se movieron en mi mano.

Salté de mi asiento. Mirando fijamente su mano, vi que volvía a la vida, sintiendo a través y alrededor mío. Ahora algo más se quedó atrapado en mi garganta: alivio.

Sus ojos parpadearon y al instante se abrieron, cayendo en nuestras manos entrelazadas. Siguiendo su mirada, no pude determinar qué dedos eran suyos y cuales eran míos. Otra pequeña evidencia para la teoría de *Alicia en el país de las Maravillas* ya que desde sus dedos eran ásperos, largos dedos de hombre y los míos eran delgados y suaves, todos dedos de chica. Nuestras manos se habían fundido en una sola, creando su propio Jude y Luce. O Juce o Lude. La idea me hizo sonreír.

Sentí que sus ojos se movieron hacia arriba, esperando a que ellos me encontraran. Cuando lo hicieron, yo quería poner el mundo en llamas y verlo arder por negarse a dejarme tener a este hombre.

Sus ojos hicieron una mueca de confusión, mientras escaneaban la habitación.

—Fuiste golpeado, Jude. Duro —le expliqué, agarrando su mano cuando fuerzas centrífugas trataban de separarnos. No aflojé, porque esta vez, su mano estaba agarrando la mía—. Te desmayaste, sufriste una conmoción cerebral, por lo que los médicos tuvieron que ponerte en un estado de coma para que tu cerebro pudiera ocupar su tiempo en recuperarse. —Hasta aquí el coma administrado. Pero no me debería haber sorprendido, Jude no se ajustaba a las normas sociales, un coma forzado sin ninguna expectativa.

—Recuerdo el golpe —dijo, echando mano a su cabeza—. El resto no tanto.

—Dios, Jude. Lo siento —dije, con la necesidad de decir mucho más.

—Lo sientes ¿por qué? —dijo, inspeccionando la IV que tenía en el brazo—. ¿Porque yo fuera tan tonto como para mirar en la dirección opuesta de las 300 libras mamma-jamma, las cual quería molerme en el césped artificial? Eso fue lo único malo de mí, Luce.

—Sí, pero nuestra pelea —le dije, arrastrándome más cerca de él cuando debería estar moviéndome en la dirección opuesta—. No habrías estado tan distraído si no hubiéramos peleado.

—Luce. Nosotros peleamos. Estoy acostumbrado a eso. Claro, esta pelea fue la más espantosa que hemos tenido, pero ahora estás aquí. Eso es todo lo que importa. No importa cuántas peleas tengamos, o lo mucho que movamos la escala de Richter, nada de eso importa, siempre y cuando al final del día, todavía estés conmigo.

Se removió en la cama, apuntalando sobre sus codos. —Y no

estaba tan distraído por la pelea. Me distraje por esa bolsa D, estaba pensando en la tortura tan pronto como el juego terminara.

Sonriéndome, el color comenzó a llenar de nuevo su rostro. —Fue un infierno, tu lanzada de teléfono puso en marcha una espiral en el campo. Voy a empezar a llamarte brazo Láser Rocket. Si el entrenador vio eso, va a patear mi culo y te dejará en el lugar de mariscal titular.

Sonreí, en su antebrazo trazando el patrón sobre las líneas de su músculo y vena. —Si sigues recibiendo golpes como ese, estarás en la banca con seguridad, Ryder.

Resopló, como si no sólo creyera que era invencible, pero él lo sabía. Levantando la mano al cuello, buscó algo debajo de su ropa. Su expresión se cayó. —¿Dónde diablos está mi collar? —dijo, sentándose en la cama y buscando por la habitación.

—No creo que lo encuentres pegado en el techo —le dije cuando investigó los azulejos del techo blanco.

—¿Dónde está? —preguntó, con voz tensa.

—Jude —le dije, preocupada de que haya sido golpeado tan duro que todavía me tenía preocupada—, cálmate. Estoy segura de que está por aquí. Probablemente te la quitaron cuando entraste en la sala de emergencias y lo han metido en un cajón o algo así. Lo encontraremos.

—Está bien —dijo, exhalando—, tienes razón. Lo encontraremos. —Colapsó de nuevo en la cama, parecía agotado.

—¿Desde cuándo comenzaste a usar un collar? —pregunté, esperando que no fuera una enorme cadena de oro con algún águila del tamaño que cuelga de un tapacubos.

—Desde que empecé a tratar de ponerme las pilas —dijo.

—¿Y eso sucedió cuando? —bromeé, estrechando los ojos hacia él.

Se rió entre dientes, profundo y de esa forma suya que va directo a través de mí, vibrando en todo su recorrido. Como si fuera poco afilado, con la cara torcida.

—¿Qué? —le pregunté, dispuesta a presionar ese botón rojo que descansa sobre la mesa junto a la cama.

—Estaba soñando —dijo, sus ojos yendo a ese lugar lejano—. Lo recuerdo. Eso es lo que me despertó. —Uno de los lados de su rostro torcido hacia arriba—. Era el mismo sueño una y otra vez. Debo haberlo tenido mil veces y lo único que recuerdo es querer romper ese pesado sueño y despertar. Pero no podía. Algo me sujetaba. Algo me impedía

despertar.

Eso probablemente tiene algo que ver con el equipo de médicos que le indujo el coma. El estado de coma que duró toda una hora.

—¿Qué era? —le pregunté, queriendo llegar a su interior y extraer todo el veneno que podía ver comiéndolo.

Sus oscuros ojos parpadearon hacia mí. —Tú.

Tragué saliva. —¿Yo? —Traté de parecer valiente, pero nunca había estado tan asustada—. ¿Qué estaba haciendo?

Yo ya sabía antes de que él se estremeciera por su respuesta.

—Te ibas —susurró, su brazo cubriendo su pecho—. Me dejaste. Y nunca volviste, no importa lo duro que corrí detrás de ti o lo fuerte que te rogué que te detuvieras. —Y podría haber sido las drogas, o la iluminación horrible en la habitación de hospital, pero por primera vez, los ojos de Jude parecían tener lágrimas—. Me dejaste.

Y ahora era mi cara y mi todo lo que hacía sonar como si mis palabras me fallaron. No era mi conciencia, lo que reaccionó, era mi corazón. El corazón que había estado privando por tanto tiempo y se había liberado.

En un movimiento sin fisuras, me encontraba a horcajadas sobre su regazo, cubriéndole la boca con la mía. Lo besé, Dios, como nunca lo había besado antes. No podía darle un beso, no era suficiente. Yo quería su boca para hacerme olvidar todo. Necesitaba olvidar la realidad por un tiempo y fingir que la vida iba a funcionar de la manera que quería.

Sus labios estaban quietos durante un segundo por debajo de los míos mientras procesaba qué demonios había sucedido, pero cuando volvió en sí, se movían contra los míos como si estuvieran tratando de consumir tanto como los míos a los suyos.

El monitor de frecuencia cardiaca arranco con latidos, nuestras bocas frenéticas en retirada y avanzando sobre la otra. Echándose hacia atrás, me arranqué la camiseta por encima de mi cabeza y mi top estaba saliendo y volando antes de que la sudadera cayera al suelo.

Las manos de Jude tomaron mi cara, tirando de mí hacia él, su lengua se abría paso en mi boca. Yo temblaba, sintiendo sus manos y su boca y el resto de su cuerpo, deseando, tomando, y recibiendo.

Una mano se arrastró por mi espalda, sin escatimar tiempo en liberar mi sujetador. Su respiración por primera vez, era casi tan desigual como la mía y la realidad tratando de poner una grieta en este sueño que participábamos activamente. No deberíamos estar haciendo esto

ahora, por una docena de razones diferentes. Y no quería preocuparme por una sola de ellas ahora mismo.

Su boca moviéndome dentro y sobre mí no era suficiente para mantener a raya a la realidad.

Yo tenía que tener todo de él.

Alejándome por lo que esperaba que fuera la última vez, quité todo lo que aún me cubría mis piernas, los tobillos, y caían al suelo.

La respiración de Jude se aceleró otra vez mientras sus ojos me inspeccionaban. Desnuda, torturada y muerta por mi necesidad de él.

—Soy un bastardo afortunado —susurró, dándome una sonrisa mientras se apoyaba en los codos—. Y no hay manera de que vaya a dejar que nada se interponga en este camino. —Sus manos se deslizaron por mis caderas, doblando en la carne de mi espalda—. Pero ayúdame a quitarme este maldito vestido de hospital.

Sonreí, inclinándome hacia abajo y dejando que mis dedos trabajen en los nudos en la parte trasera de su vestido mientras mi boca se movía sobre los tendones y los músculos de su cuello. Su aliento pesado chocaba con mi cuerpo hacia arriba y hacia abajo en vez de su corazón. Me levanté con él, me quedé con él, siempre juntos.

Tirando del último lazo, deslicé el vestido hacia arriba y sobre sus brazos, tirando de él hacia arriba a través de las piernas y el cuerpo hasta que se había unido a mis ropas desechadas en el suelo.

Estaba funcionando. No sentía nada, sólo el aquí y ahora. No sentí nada, sólo Jude, su cuerpo, su amor y su necesidad.

Sus manos volvieron a mi espalda, levantándome y deslizándome hacia atrás. Podía sentirlo contra mí, a la espera de mi aceptación final. A juzgar para ver si esto era realmente el momento perfecto. El lugar y en el momento en que Jude y yo marcaríamos este último pasaje de la intimidad.

Yo estaba tan preparada para este momento que pude sentir que palpitaba cada uno de mis nervios con vida. —Tú sabes, el médico dijo que tenías que estar relajado y descansar —le dije, sonriéndole, donde su rostro lucía tan emocionado como torturado—. Yo no diría que esto cuenta como descanso y relajación.

Sus manos se deslizaron por mi cuerpo, rozando mis pechos y moldeando por debajo de mi mandíbula. Sosteniendo mi cara entre sus manos suaves, las líneas y los músculos de su cara alisada. —Luce. Te amo. Esto es exactamente lo que necesito ahora. Al diablo con las órdenes del doctor.

El corazón me latía con tanta fuerza en mi pecho, mi esternón

empezaba a doler. Esto fue todo. La luz verde. Sin embargo, también sabía en ese momento que había una luz roja en el horizonte y era por ese vistazo de cruel realidad que me levanté por encima de él.

—¿*Esto*? —Di a entender, apoyando las manos en su pecho. Su corazón empujaba contra mis manos.

Asintió con la cabeza, pasando sus dedos pulgares hacia abajo por mi mandíbula. —Esto.

Y luego me bajé sobre él, dejando que entrará todo lo que pudo.

Gimió debajo de mí, mientras sus manos cayeron a mis caderas.

—¿Esto? —susurré, incapaz de apartarme mientras me movía encima de él otra vez.

Los dos dimos un respingo por la separación.

Sus dedos se cerraron en mis caderas, deslizándolas hacia abajo sobre él. El monitor de ritmo cardíaco realmente estaba gritando ahora, apenas capaz de mantenerse al día con Jude.

—Maldita sea esta cosa —susurró, cubriendo su frente mientras me movía encima de él otra vez. Buscando en su pecho, se arrancó los cables, tirándolos al piso. Hizo lo mismo con su IV.

—No —dijo, retorciéndose debajo de mí, moviéndose sobre mí hasta que tuve en mi espalda a su lado—. Que nada se interponga entre nosotros —dijo, acariciando mi cuello mientras se mecía sobre mí. Yo era vagamente consciente de que el monitor de frecuencia cardiaca gritaba algún tipo de advertencia, pero cuando las caderas de Jude sacudieron las mías, su gemido al perderse dentro de mí mientras me besaba al golpe que nuestras caderas creaban, no había nada más que él.

Su lengua se estremeció dentro de mí, seguida de sus caderas, mientras que armó todo su cuerpo contra el mío. No sólo me hacía el amor—me estaba poseyendo.

No había nada que quisiera más que él, nada de lo que no estaría dispuesta a sacrificar. De nada en mi vida me sentí más dependiente que de este hombre que se movía dentro de mí en todos los sentidos que una persona puede entrar en otra.

Separando su boca de la mía, su aliento pesado llegó hasta mi oreja. Podía sentir el brillo del sudor que cubría su rostro, mezclándose con el mío.

Moviéndose dentro de mí de nuevo, esta vez más profundo, casi grité. Estaba tan cerca que dudaba que iba a durar uno más. —No voy a dejarte ir, Luce —susurró, con voz tensa—. No voy a dejar que te

vayas. Eres mía —susurró, hundiendo sus dientes en mi oreja mientras sus caderas se estremecieron contra las mías una vez más.

Y eso fue todo. Mi cuerpo temblaba contra el suyo, mi mano alcanzando las barandas de metal para prepararme. Continuó moviéndose dentro de mí, su ritmo acelerado cuando mi cuerpo se tensó alrededor de él. Su mano se unió a la mía preparándose sobre la baranda y, mientras me siguió olvidando el camino de la realidad, sus dedos unidos a los míos, apretando su cuerpo antes de caer contra el mío.

—Maldita sea, Luce —dijo, su cabeza subía y bajaba contra mi pecho.

Exactamente mis pensamientos. —¿Cómo te sientes? —pregunté, tratando de calmar mi ritmo cardíaco. No tenía nada de esto—. ¿Cómo está tu cabeza?

—Mi cabeza está bien —dijo, enrollando sus brazos alrededor de mi espalda—. Es mi maldito corazón que está a punto de reventar algo.

Me eché a reír, sintiéndome tan cerca de la euforia como un pesimista natural podría estar. Se incorporó, su risa vibrante en contra mí.

Y entonces la puerta explotó abriéndose, el rostro de la enfermera que entró corriendo con una expresión llena de preocupación.

Sus ojos se posaron en la máquina en primer lugar, a continuación, en donde el culo desnudo de Jude descansaba sobre mí. Las arrugas de preocupación desaparecieron de su rostro cuando nos bendijo con una expresión muy paternal. Caminando hacia el monitor, apagó la cosa antes de que fuera a gritar para luego girarse y salir de la habitación.

—Por lo menos murió y fue al cielo —dijo en tono divertido antes de cerrar de nuevo, con nosotros en la habitación.

—Sí —dijo Jude en mi pecho, su risa regulándose—. ¡Por supuesto que lo hice!

—Lástima que nuestras vacaciones celestiales no duró un poco más de tiempo —le dije, pasando mis dedos por encima de su cabeza rapada.

Su cuerpo se tensó esperando mientras sentía la curva de su sonrisa en mi pecho. —¿Quién dice que no podemos hacer un viaje de regreso? —dijo, levantándose por encima de mí otra vez.

No tuve la oportunidad de responder—realmente—antes de que su boca y su cuerpo se movieran dentro de mí de nuevo.

16

Traducido por Juliana Gómez

Corregido por Deeydra Ann

Jude se encontraba a mi lado durmiendo el sueño de un hombre feliz. Su sonrisa torcida todavía era un fantasma en su cara mientras sus brazos me sujetaban como tornillos. Aún después de abrazar la barandilla metálica por segunda vez, de temblar, de apretar los dientes sofocando un grito, de dar vueltas en la cama de un hospital, no había sido capaz de dormirme.

Jude no tenía ningún problema. De hecho, los latidos de mi corazón no se habían recuperado por completo cuando él se quedó dormido. Así que había permanecido despierta por seis horas mirando al hombre acurrucado a mi lado, más confundida de lo que nunca había estado. ¿Cómo podíamos no ser buenos el uno para el otro después de que una muy importante parte de nuestra relación acababa de probar cuan correctos éramos juntos? ¿Y por qué, sin importar qué hiciéramos, las cosas no querían funcionar para nosotros?

Mi vuelo salía en menos de dos horas. No tenía mi maleta conmigo, y no había manera de que fuera capaz de conducir hasta mi dormitorio para conseguirla y lograr estar de vuelta antes de que mi avión aterrizara en el soleado sur de Arizona donde mi familia estaba pasando la navidad con mis abuelos.

Afortunadamente, cuando reservé el boleto el mes pasado, supuse que estaría en el juego de Jude el sábado antes de partir y planeé en quedarme esa noche en su casa antes de conducir al aeropuerto. Mis planes no habían calculado exactamente una cama de hospital, o estar apretando los dedos alrededor de las barandillas de metal de la cama, pero si me iba ahora, al menos todavía podía alcanzar mi vuelo. No podía despertarlo. No podía dejarle saber que me iba, no dejaría que me fuera. O él compraría un boleto y vendría conmigo.

Y una parte de mí tenía muchas ganas de que eso sucediera. Pero mi parte confundida, la que se rascaba la cabeza en duda, contemplando el paso a seguir, necesitaba un poco de tiempo y espacio para solucionar esta nueva complicación en la que se estaba

convirtiendo el cuento de nunca acabar de mi historia con Jude.

Más tiempo y espacio.

Suspiré, cambiando de posición en la cama, tratando de sacudirme a mí misma de debajo de él, los "tiempo y espacio" de los últimos meses no han hecho otra cosa más que confundirme y complicar las cosas entre nosotros. Así que prometí que me obligaría a mí misma a tomar una decisión para cuando el avión regresara de vuelta a Nueva York después de año nuevo. Antes de que yo regresara aquí, sería capaz de darle una firme y definitiva respuesta al interrogante que representaban Jude y Lucy.

Arropándolo con la sábana, recogí mi ropa, metiendo mi cuello y extremidades en todos los agujeros apropiados. Recogiendo mi bolsa de encima de la mesa, me detuve al pie de la cama y sólo me quedé contemplándolo. Parecía como si no fuera a ser capaz de parar. Él era mío. Sabía eso con todo mi corazón.

Pero, ¿podía tenerlo?

Esa era la pregunta que no me iba a dejar descansar hasta que le diera respuesta.

Ni siquiera atreviéndome a pasar mis dedos sobre la punta de sus pies por miedo a despertarlo y que me convenciera de volver a la cama, corrí hacía la puerta, cuidando de cerrarla sin hacer ruido.

Tomé las escaleras, esquivando los ascensores de la estación de enfermeras porque no quería tener que dar explicaciones. No podía explicar nada ahora mismo, más que estaba confundida como el infierno.

Una vez estuve fuera del hospital, tenía una línea de taxis para elegir. Deslizándome en el interior del más cercano, miré de vuelta al hospital subiendo mi mirada al quinto piso.

—Al Aeropuerto, por favor —dije, entrecerrando mis ojos para concentrarme mejor en la ventana a la que miraba. Una sombra se movió repentinamente lejos de ella—. Y por favor, dese prisa —añadí, con un nudo formándose en mi garganta.

El taxista obedeció mi solicitud de desafiar la velocidad. De hecho, puso a los taxistas de Nueva York en vergüenza. Menos de media hora después de haber dejado el hospital, estacionábamos frente al Aeropuerto. Sin tener ningún otro equipaje más que mi bolsa, le di al conductor su dinero más una buena propina por un trabajo bien hecho.

Apresuré mi camino hacía el mostrador de boletos, queriendo despegar de aquí para poder pensar. Mis pensamientos eran

sofocantes en Nueva York. No podía pensar claramente.

Con el boleto en mano, me puse en la fila para los controles de seguridad. Al ser víspera de navidad, esperaba ver más personas con cara de pocos amigos y niños gritando de los que en realidad había, y antes de que tuviera tiempo para buscar mi celular en la bolsa para llamar a mis padres y hacerles saber que iba en camino, una agente de la Agencia de Seguridad de Transportes me apresuró a través del detector de metales.

Lanzando mi bolso, teléfono y botas en la cinta transportadora, atravesé el detector de metales. Dejé escapar un suspiro de alivio cuando no sonó ningún pitido. La última vez que volé, olvidé quitarme mi sólido y genuino collar de plata y tuve que soportar un intenso "registro" de un muy ansioso y joven agente masculino. Yo había sido la mejor parte de su día y él la peor del mío.

Recogiendo mis pertenencias al final de la cinta transportadora, lo escuché.

Bueno, le oí.

—¡Lucy!

Levanté la cabeza. No podía verlo todavía, pero podía oírle como si estuviera de pie a mi lado. Los agentes y las personas a mí alrededor dejaron lo que hacían para mirar también.

—¡Lucy! —Ésta vez se escuchó más cerca y Jude salió de la esquina, a máxima velocidad corriendo, descalzo y con una bata de hospital. Sus ojos se pegaron a mí como si estuvieran entrenados sólo para eso—. ¡Lucy! —repitió, asaltando las puertas de seguridad. Los agentes de AST iban despegándose de sus asientos, mirándose entre sí.

Él no detuvo su paso, empujando una, después dos filas de neoyorquinos. No se detuvo hasta que un par de grandes agentes lo abordaron. Mis manos cubrieron mi boca cuando los agentes lo detuvieron, cada uno agarrando a Jude de un brazo y tirándolos a su espalda. Jude no se resistió; o tal vez no podía, sólo me miró con esos ojos oscuros, suplicándome que me quedara.

—¡No puedes irte, Luce! —gritó, resistiéndose a los guardias que intentaban sacarlo de la zona de seguridad.

—Sólo me iré por un tiempo —dije, segura de que él no podía oírme ya que no pude sacar más que un susurro—. ¡Volveré, lo prometo! —Con una respuesta que decidirá el destino de nuestra relación.

—No puedes dejarme —dijo, con la voz quebrada, su rostro con una expresión similar mientras los guardias lo sacaban. Esta vez con éxito—. No puedes dejarme —dijo una última vez, derrotado.

No sé qué era peor: Ver a Jude derrotado y siendo arrastrado a la salida o darme la vuelta rumbo a mi puerta de embarque.

Ambas cosas me carcomieron hasta que, para cuando mi vuelo aterrizó en Arizona, no estaba segura si quedaba algo de la antigua Lucy Larson.

17

Traducido por Chachii

Corregido por Juli_Arg

La Navidad vino y se fue sin que lo note. Bueno, lo hice. No puedes evitar ver cuando tu familia entera se aparece para víspera de Navidad adornando con alguna variedad suéteres rojos escoceses, rayados, cuadriculados o a lunares, brillando con luces y tintineando con campanas. El feo suéter de Navidad era una nueva tradición, una que esperaba desaparezca junto con el departamento que vendía esas monstruosidades. Dos horas en la familia shin-dig[11] Larson, y todos excepto yo estaban en un tren expreso a Drunkville[12]. Yo, la única adolescente ahí, tan sobria como una monja a punto de tomar sus votos.

La vida ya no tenía más sentido. Estaba a punto de parar de intentar dárselo, en primer lugar.

Me acurruqué en el viejo sillón reclinable del abuelo, mirando hacia los centello de las luces navideñas, intentando imaginar qué estaría haciendo Jude en ese exacto minuto.

Experimentando un momento de debilidad, deslicé el celular fuera de mi bolsillo y tipié: *"Felices Fiestas. XXX&O"* presionando enviar antes de que pudiera repensarlo. Esperé gran parte de la noche, comprobando la pantalla para estar segura de que no había respondido.

Nunca lo hizo.

Encontrando que no podía dormirme nuevamente la mañana del Año Nuevo, caminé como un zombie hacia la cocina, yendo directamente por una taza de café.

—Y yo que pensé que era la única que sufría insomnio en la familia.

---

[11] **Shin-dig**: Es una palabra con orígenes en el siglo XIX, variación de shindy, ya en uso en el siglo XVII. Shindy era un juego antecesor del hockey, jugado con unos palos formados con curva y una astilla de madera que se movía. En el tiempo de Mark Twain, shin-dig era una expresión campesina para fiesta, baile, etc., […] también tenía el significado irónico de riña, pelea, desorden.

[12] **Drunkville**: Ciudad de los borrachos. Hace referencia a que todos estaban tomados.

Ni siquiera me sobresalté, me hallaba demasiado privada de sueño. Mamá se levantó de su silla en la mesa y se dirigió hacia la alacena donde el abuelo guardaba sus tasas de café. Vertiendo una para mí, agregó la azúcar y la crema sin preguntarme.

—Gracias. —Bostecé mientras ella dejaba la tasa en frente de mi silla.

—De nada —dijo, sentándose nuevamente y mirándome como si estuviese esperando por algo.

Muy temprano para saber qué exactamente, y con mi mamá, nada era lo que parecía. Podría estar esperando a que le comparta cada meta y sueño, tanto como podría estar a punto de decirme que ese barrido de cabello que me ha estado favoreciendo últimamente no era un buen look para mi cara con forma de corazón

Me quemaría a través de la tasa de café antes de que se aclarara la garganta.

—Estoy oficialmente harta de esperar a que te sinceres con lo que sea que te tiene tan deprimida, no puedes caer más bajo —dijo, dejando su tasa en la mesa—. ¿Qué está pasando contigo, Lucille? Sé que es algo relacionado con Jude, sólo que no me puedo imaginar qué es.

Me encogí cuando usó mi primer nombre completo y me estremecí cuando mencionó a Jude. Incluso eso me lastimaba oír.

Suspiré, tomando un largo trago de café antes de apoyarlo.

—No estoy segura si se supone que deberíamos estar juntos —dije, no ofreciendo nada más. Esto era, entre el meollo de mis preocupaciones, el punto de partida.

Mi mamá asintió con la cabeza, tomándose unos momentos para pensar antes de responder.

—¿No estás segura de si se supone que deben estar juntos o si no deberían estar juntos?

Mi cerebro no trabajaba lo suficiente para tener este tipo de conversaciones. —¿Hay alguna diferencia?

—Por supuesto —dijo apretando la tira de su nuevo albornoz—. Para suponer tienes que asumir. El "debería" es una bestia completamente diferente. Implica deber y obligación. Es un periodo donde, supongo, hay un signo de interrogación —dijo, mirándome a través de la mesa—. Entonces sí, hay una diferencia

Sip, debería haber haberme quedado en la cama y continuar dando vueltas. Eso hubiese sido mejor que estar teniendo esta

conversación con mi mamá antes del amanecer.

—Supongo. No lo sé —dije.

—¿Quieres saber lo que estoy pensando? —preguntó mamá, su voz y cara preocupadas.

—Claro —dije, necesitando algún consejo sólido de mamá. En los meses que siguieron a mi último año, habíamos logrado reconstruir la buena relación que perdimos después de la muerte de John. Incluso colocó a escondidas algunas pocas servilletas con notas en los paquetes CARE que ella y papá me habían enviado a la escuela.

—Desde la perspectiva de un forastero, tú y Jude probablemente no se supone que estén juntos —empezó suavemente, mirando mi cara por mi reacción—, pero al mismo tiempo, ustedes dos deberían estar juntos.

Sacudí la cabeza, intentando despejarme. No podía mantener el ritmo. Este tipo de conversaciones parecían como una contradicción gigante.

—Está bien, mamá. Eso fue tan claro como el barro —dije, entrecerrando los ojos mientras un dolor de cabeza emergía—. ¿Me estás diciendo que deberíamos o no deberíamos estar juntos?

—Deberían —respondió inmediatamente.

Feliz de que lo aclarará y, aunque yo quería llegar más lejos en la explicación de lo que refería a deber/suponer, no lo podía hacer sin darme a mí misma una migraña.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso cuando yo no lo estoy?

—Oh, cariño —dijo, acariciando mi mano—. Es porque estás dejando que los cuentos de hadas que creciste escuchando y los ideales infundidos de amor nublen tu mente. El amor no es fácil. Especialmente ese que es del bueno. Es difícil, y querrás arrancar tus pelos tantos días como sientas el viento en tu espalda. —Hizo una pausa, sonriendo para sus adentros—. Pero vale la pena. Vale la pena luchar por ello. No dejes que lo que no es real te deje ciega de lo que sí es. La vida no es perfecta, estamos seguros como la mierda de que no lo es, entonces ¿Por qué deberíamos esperar que el amor lo sea?

—Lo entiendo, enserio lo hago. Pero vamos, mamá —dije arrastrando mi dedo sobre el borde de la taza—, el amor sólo no es suficiente algunas veces.

—Bebé —dijo, mirándome como si hubiese dicho algo muy inmaduro—, firmaría mi nombre en sangre que no lo es.

Gemí, hundiéndome en mi silla. Esta pequeña conversación

madre-hija no me llevaba a ningún lado.

—Estoy tan malditamente confundida ahora, mamá. Estoy tan confundida que no creo que nada que puedas decir o explicar, podría aclarar todo para mí.

Se mantuvo en silencio por un minuto, su frente se arrugó junto con la esquina de sus ojos mientras trabajaba sobre algo en su mente.

—El amor es lo que los llevó a estar juntos, Lucy. Pero es la sangre, el sudor y las lágrimas del trabajo duro lo que los mantiene juntos —empezó, eligiendo sus palabras con cuidado—. El amor no es sólo amor, cariño. Es trabajo duro y confianza, y lágrimas con incluso algunos atisbos de devastación. Pero al final del día, si puedes mirar a la persona a tu lado y eres incapaz de imaginar a nadie más a quien preferirías tener allí, el dolor y angustia y los altibajos del amor valen la pena.

Y las nubes de confusión comenzaron a separarse.

—En el amor hay tanto sufrimiento como dulzura. Si tiene esos dos ingredientes, le llaman amor. No pueden llamarlo agridulce

—¿Estás diciendo que todas las relaciones experimentan el mismo tipo de altibajos que Jude y yo? —pregunté, tomando otro sorbo de café—. Porque pienso que más gente elegiría estar sola si ese fuese el caso.

—Lucy, eres una persona pasional, emocional. Jude no es muy diferente. ¿Cuál esperas que sea el resultado cuando vuelvan juntos? Ustedes dos no multiplican los picos y valles juntos; tú de forma exponencial los afectas —dijo, levantándose y tomando la cafetera del recipiente.

—Y no hay duda de que para algunas personas, la vida sería mucho más fácil si nunca se enamorasen. Para nunca tener que depender de un hombre como si fuese más esencial que el aire que te mantiene viva. —Llenó mi tasa, luego de la suya, antes de dejar la jarra entre nosotras. A juzgar por la conferencia de amor-atón de mi madre aquí, la agotaríamos pronto—. La vida sería más suave y sabrías más acerca de qué esperar día a día para mantener el amor fuera de tu vida. —Hizo una pausa, mirando por la ventana hacia los primeros rayos del amanecer que brillaban a través de esta—. Pero estarías sola.

—¿Entonces estás diciendo que yo debería elegir a Jude sobre la vida de ermitaña en soledad? —pregunté, levantando las cejas hacia ella.

—Estoy diciendo que deberías elegir a Jude si, al final del día, cuando el mundo se vuelva contra ti, puedas decir con absoluta certeza que quieres a Jude a tu lado. ¿Puedes decir que los buenos

tiempos valen por sobre los malos?

Mi cuerpo y mi mente se ponían más alertas mientras la cafeína pulsaba en mis venas, y mi cabeza empezó a trabajar por cuenta propia después de semanas de preocupación e incertidumbre.

Ya era hora.

—¿Cuándo te volviste su fan Número Uno? —pregunté, sonriendo hacia ella. Mi mamá había ido de la aversión hacia Jude cuando lo conoció por primera vez, a no gustarle a lo largo de todo mi último año, a tolerarlo desde que él y yo hemos estado juntos en la universidad. No me había dado cuenta de que ella había cruzado hacia la tierra de la aceptación.

—Cuando demostró una y otra vez que es tuyo —respondió con sencillez—. Puedo perdonar las culpas del pasado de un hombre, sus carencias presentes, y sus futuros errores si a cada minuto de cada día él me ama como si fuese su religión —dijo, tomando un respiro—. Jude te ama así. Sólo me tomó un tiempo verlo, por lo tanto tiene el sello de aprobación de mamá ahora.

No respondí, mi mente se sentía cansada del trabajo intenso. No tanto re-pensando las cosas, pero si realineando expectativas y presunciones e incluso un poco de mi modo de ver el mundo. Había estado tan enfocada en las razones por las que Jude y yo no deberíamos estar juntos, que estuve ciega de las razones por la que sí deberíamos. Y ahora que "veo la luz", esas razones valieron cada dificultad que se presentaron en nuestro camino.

—¿Trabajando las cosas por allí, cariño? —dijo mi madre, sorprendiéndome. Me había ido tan lejos recorriendo los caminos de mis pensamientos, que todo se había desvanecido.

Tomé una respiración lenta, sintiendo un sangrado de confianza en mis venas, ahogando todo tipo de duda. —Todo resuelto, creo —dije sintiendo el peso del chaleco que había estado usando por mucho tiempo levantarse—. Gracias mamá. Por el café, por escuchar, y por la charla "Vuelve con Jude".

—De nada, Lucy —dijo arqueando las cejas mientras me estudiaba—. Pero ¿Qué demonios estás haciendo todavía en esa silla?

Mis ojos se entrecerraron—¿Estaba abogando por lo que creo que hacía?

Agitando sus manos hacia la puerta trasera, dijo—: Ve a buscar a tu hombre. Ve y sean felices y miserables juntos.

Sip, ella lo hacía.

18

Traducido por perpi27

Corregido por Melii

Volar en el día de Año Nuevo, tenía sus ventajas. Junto a mi no había nadie más, por lo que no tuve problemas para cambiar mi boleto de regreso al vuelo siguiente, así que partí en una hora. Cuando empecé a contar toda mi historia a la pobre señora detrás del mostrador de boletos, me dio una sonrisa de complicidad y me pasaron a primera clase.

El control de seguridad fue cien veces más suave esta vez, y un puesto de café fue colocado justo al lado de mi puerta, así que para cuando llamaron a mi vuelo, estaba realmente zumbando como un cable de alta tensión.

La primera clase era todo lo que la gente habla acerca de ser. Los asientos eran dos veces más grandes y por lo menos diez veces más cómodos. Los asistentes de vuelo estaban dispuestos a satisfacer todas tus exigencias, a diferencia del casi gruñido que te daban en la clase turista cuando uno pedía un sorbo de agua si te atragantabas, ahogándote con uno de esos desagradables pretzels rancios que les gustaba servir.

Aquí, tenían pequeños bocadillos y bandejas de queso, junto con bebidas que se servían en vajillas de cristal. Estaba volando a treinta mil pies, pero aun así, con mi necesidad básica y no tan básica de reunirme, no podía esperar a tocar tierra. No creo que mi pie dejara de sonar una vez en el vuelo.

Fui la primera persona en bajar del avión cuando esas puertas se abrieron, yo estaba corriendo en el momento en que llegué al aeropuerto. No me detuve aún cuando los ojos de las personas comenzaban a seguirme. Me estaba acostumbrando a este tipo de momentos de miradas públicas y vergüenza. Y podría considerar esto como un preludio de lo que estaba por venir.

Sin embargo, el momento no iba a llegar sino me movía rápido a la acera del aeropuerto y si algún taxista no quisiera llevarme a Syracuse, porque el kickoff[13] era en menos de una hora. No tenía ninguna bolsa que buscar en los carruseles de equipaje, así que no pasé

[13] La patada de kickoff es una jugada del fútbol americano y fútbol canadiense.

por ellos y casi me estrellé contra un taxi antes de que pudiera frenar. Subiendo dentro, me quedé sin aliento. —Al Carrier Dome, por favor —dije, mientras trataba de respirar—. Y si no fuera una cuestión de amor y de vida, no le estuviera rogando en este momento romper todas las reglas de tráfico para llegar allí tan rápido como le sea posible en una sola pieza. Preferiblemente en una sola pieza —añadí.

El taxista me miró por encima del hombro. Su rostro era familiar. —¿Por qué tienes tanta prisa por llegar a donde quiera que vayas? —preguntó, deslizando sus gafas de sol sobre los ojos—. ¿No te han dicho alguna vez que disfrutes del viaje?

—Voy a disfrutar del viaje una vez que llegue allí —le contesté, dándole gracias a mi buena suerte de que me encontrara con este taxista. Este tipo me había conducido aquí en mi primer viaje en un tiempo récord, por lo que era apropiado que me llevara de nuevo ahora.

Sonrió de nuevo hacia mí, alejándose de la acera. —¿Cuál es la prisa?

Le sonreí de vuelta. —Tengo que pedir disculpas, rogar y hacer el amor con el hombre que amo —contesté, abrochándome el cinturón de seguridad—. ¡Ahora haz que este pedazo amarillo de basura se mueva!

Apoyó la cabeza hacia atrás y se rió. —Por suerte para ti. Me gustan las mujeres mandonas —dijo, soltando ese pedazo de basura amarillo en la carretera.

Esta vez, como los coches y el paisaje se hallaban borrosos para mí, temía por mi vida. Supongo que finalmente haber decidido sobre la vida que quería vivir la hizo más valiosa.

Pero a medida que frenamos hasta detenernos junto a la acera fuera de las taquillas, no sólo estaba todavía de una pieza, sino que acababa de romper cada récord mundial de velocidad de taxismo. Estuve tentada de preguntarle al conductor si era un ex-piloto de Nascar, pero tenía un lugar en el que estar y con sólo unos minutos de sobra.

Empujando un poco de dinero en la mano, me deslicé por la puerta. —Eres un dios entre los taxistas, mi amigo —le dije.

Se echó a reír como si hubiera sido lindo de mi parte reconocer lo que ya había sido.

—Buena suerte —dijo antes de que cerrara la puerta.

Sabía que iba a ser mi última oportunidad para dar una buena respiración profunda, así que la tomé, manteniéndola dentro,

chupando todo el coraje y suerte que pude de ella antes de dejarlo ir.

Dándome la vuelta, corrí hacia la puerta donde mi boletero favorito esperaba detrás de la ventana.

—Señorita Lucy —dijo, su rostro encendido—, no estaba seguro de que lo lograría. ¿Dejándolo para último minuto, no es así, chica? —dijo, mirando el reloj por encima de su hombro.

—¿Cómo te sientes hoy, Lou? —le pregunté, sabiendo que mi plan se echaría a perder sin su ayuda.

—Viejo, artrítico —comenzó, mirándome—, y ágil e intratable como el día en que nací.

Exhalé un suspiro. —Bueno —dije—, necesito un favor.

La cara de Lou aplanada con sorpresa, mirando de un lado a otro a los empleados que lo rodeaban, se inclinó sobre el mostrador, con los ojos brillantes.

—Espero que sea uno bueno.

Mis manos sudaban. No estaban pegajosas, o húmedas. Sólo sudorosas.

No eran lo único. A cada parte de mi cuerpo parecía haberle crecido glándulas sudoríparas excesivas que goteaban líquido como si estuvieran pasando por un ritual de purificación en una cabaña de vapor.

Para no ser excluido, mi corazón estaba a punto de estallar fuera de mi pecho y mis rodillas consideraban seriamente comprobar ellas mismas el juego. Si mi mente no estuviera tan preparada, tan firme en su empeño, mi cuerpo se iría por debajo de mí.

—No tendrás mucho tiempo, señorita Lucy —susurró Lou hacia mí, dándome un micrófono inalámbrico.

—No voy a necesitar mucho tiempo —respondí, el sonido con el pie haciendo su reaparición cuando me asomé a las gradas. Mientras los aeropuertos se encontraban vacíos el día de Año Nuevo, las gradas en los estadios de fútbol universitarios estaban llenas. Y estaba a punto de dejarlo salir delante de todos.

Mierda, era la única respuesta que tenía mi mente para mí. Esperemos que fuera más elocuente cuando vagara hacia ese campo y pusiera ese micrófono a mi boca.

—¿Sabes cómo funciona una de estas cosas? —me preguntó, mirando el micrófono en mis manos. Estaba resbaladizo en mis manos sudorosas, por lo que ahora, además de no tropezar, no perder el conocimiento, y no decir nada estúpido, tenía que agregar "no deslizar

el micrófono de mis manos" a mi lista.

—Encenderlo —recite, mi voz temblando—. Mantenlo cerca de tu boca. Trata de no sonar como una idiota lloriqueando.

Lou sonrió cálidamente haciendo que se asentaran las líneas de su rostro.

—Sucede que soy parcial a idiotas lloronas —dijo, apoyando su mano en mi hombro—. Mi esposa era una, y te juro que eso es lo que me convenció. Ella tenía que decir todo lo que estaba en su mente, sin pasarlo por un filtro. —Sus ojos marrones adquirieron un brillo tenue—. Cinco años más tarde, después de su ida, mientras me acuesto en la cama es lo que más me falta.

Envolviendo mis brazos alrededor de él, le di a Lou un abrazo, estaba tan tembloroso y sudoroso que parecía fundirse. Cuando se apartó, se limpió los ojos.

—El señor Jude es un hombre muy afortunado —dijo, retrocediendo.

Sonreí detrás de él. —No saqué exactamente el palito de la mala suerte.

—No, hum, seguro que no lo hiciste —dijo, señalando con la cabeza hacia el campo—. Ve a por él.

—Está bien —dije, sintiéndome como si estuviera a punto de vomitar.

—Cuando estés lista, haz un movimiento con la cabeza y me aseguraré de que las corrientes de micrófono lleguen a todo el camino hasta el aparcamiento.

Le dediqué unos pulgares arriba porque tenía los nervios apretando mi garganta.

Mirando hacia las gradas, otra oleada de náusea rodó sobre mí. Los equipos no habían tomado el campo todavía, pero estaban a punto. Lou me había asegurado que si Jude se encontraba en el vestuario o en el túnel o en el campo, no habría ninguna manera en el infierno que no pudiera oír mi voz saliendo por los altavoces.

Junto con otros cincuenta mil.

Ser vulnerable era bastante difícil sin una carga de basura de extraños testigos imparciales de la misma. Pero esto era lo que tenía que hacer. Jude se había puesto en este mismo lugar tantas veces antes, sin importarle lo que los demás pensaran de él y de lo que sentían por mí, era mi turno. Yo era la que tenía mucho que enmendar.

Y enmendarlo era un paseo corto a la línea de cincuenta yardas.

Cerré los ojos y me imaginé la cara de Jude. Sus muchas caras. La que se echaba a reír cuando trata de ser duro, la que se había suavizado en una sonrisa cuando le dije que lo amaba, la que se había roto cuando me había alejado demasiadas malditas veces de más. Y, por último, la de la aceptación que esperaba encontrar cuando dijera lo que tenía que decir.

Con determinación renovada, abrí los ojos y di mi primer paso hacia el campo. Contuve la respiración, esperando que nadie me abordara o paralizara cuando se dieran cuenta de que no tenía una insignia colgando de mi cuello, pero nadie parecía prestarle mucha atención a la chica vagando a las cincuenta yardas con un micrófono en la mano.

Me temblaban las manos en las veinte yardas, y el resto de mí por los treinta, pero cuando tomé mis pasos finales para los cincuenta, todo se calmó. Había saltado, que era la parte difícil, ahora todo lo que tenía que hacer era disfrutar de la caída libre.

Sosteniendo el micrófono, la multitud me analizó. La gente empezó a poner su atención en mí. Pretendí que observaban a los chicos del agua en las líneas laterales. Mirando hacia el túnel oscuro, hice un gesto con la cabeza.

El micrófono zumbaba. Me estremecí con sorpresa. Era la primera vez que había tenido una de estas cosas y no había previsto eso. Bailar no requería micrófonos.

—¿Hola? —dije, consolidando mi lugar como la idiota del año. ¿Esperaba que alguien me saludara de vuelta? Mi voz se escuchó en todo el estadio.

Ahora que había conseguido la atención de todos. Incluyendo los tipos altos, amplios con chalecos negros de "SEGURIDAD" sobre sus espaldas.

Lou tenía razón. Tendría que ser rápido.

—Mi nombre es Lucy —comencé, mi voz se quebró. La aclaré. Sólo finge que estás hablando con nadie más que Jude—. Y érase una vez me enamoré de este tipo. —El estadio permaneció en silencio mientras todos se sentaron al Show para Mostrar las Agallas de Lucy Larson—. Él no era precisamente un príncipe de cuento de hadas. Pero yo no soy una princesa de cuento de hadas. —Hice una pausa, recordándome a mí misma de respirar. Todo esto sería en vano si perdía el conocimiento por falta de oxígeno—. Él no montaba en un caballo blanco o decía todas las cosas correctas en el momento justo. Pero era mi príncipe. Habría sido el tipo del que escribiría si yo hubiera escrito todos esos cuentos de hadas.

Me di cuenta de un par de guardias de seguridad hablando por sus Walkie Talkies, murmurando algo en ellos con caras serias. *Date prisa, Lucy.*

—Este chico me hizo sentir cosas que nunca imaginé que podría sentir. Me hizo desear cosas que no estaba segura de que podría tener. Me hizo necesitar cosas que no sabía que existían.

Mi voz era cada vez más fuerte mientras las palabras comenzaron a derramarse fuera de mí. Todo lo que había necesitado decir por tanto tiempo por fin tuvo su día.

—Me hizo feliz. Me hizo volverme loca. Me hizo agradecer al cielo por el día en que lo conocí. Me hizo maldecir al mismo cielo por el día en que lo conocí. —Sonreí, un montón de recuerdos destellaban a través de mi mente—. Cometí un error. Metí la pata. Estaba segura de que podría vivir sin él. Estaba tan segura de que él sería mi muerte. Estaba *confundida*. —Entré en las cincuenta yardas, me di la vuelta, esperando a que el número diecisiete llegara a través del campo hacia mí. No venía una cara sonriente por mí todavía.

Tenía mucho más que enmendar. Sólo esperaba que fuera suficiente.

—Nos montamos en esta montaña rusa. Arriba, abajo, y alrededor y alrededor, y tan pronto como estaba segura de que iba a venir a una parada y podíamos salir de ella de una vez por todas, se repetía el mismo viaje de nuevo. No pensé que quería ser un pasajero en el viaje, así que me bajé, dejándolo montarla solo.

Un par de guardias asintieron en sus Walkie Talkies antes de meterlo y venir a la cancha por mí. Hice otra búsqueda del campo. *¿Dónde estaba?*

—Luego, compartimos una noche increíble en una habitación de hospital y sabía que todo iba a estar bien. Y la duda se deslizó de nuevo en mi mente y sabía que nada iba a estar bien. Así que lo dejé. Lo que dolió. —Una sola lágrima silenciosa que no sabía que estaba allí se derramó por mi mejilla.

Haciendo caso omiso de los guardias que se dirigían hacia mí, miré a las gradas. Más allá de lo que esperaba, se formaban caras de simpatía.

Resulta que no era la única que había jodido las cosas del amor.

—Pero esta mañana, con una noche sin dormir y una taza de café, alguien tocó algo de sentido en mí. Gracias, mamá —dije, saludando a la cámara que me daba seguimiento—. Me di cuenta de que nunca había bajado de esa montaña rusa, sólo viajábamos en coches diferentes. Mi vida es una montaña rusa si estoy o no estoy

sentada al lado de este chico, y prefiero compartir este viaje loco por la vida con él a mi lado.

Aspirando una respiración profunda, porque tenía unos diez segundos antes de que volviera a ser escoltada fuera del campo. Esperemos que no sea a golpes.

—Ya he terminado de huir. Ya he terminado de cuestionarme si podemos hacer esto, Jude.

Ovaciones se levantaron en las gradas mientras los fans comenzaron a darse cuenta de que su mariscal estrella de campo era de quien esta chica loca hablaba.

—Ya he terminado de fingir que nunca voy a amar a alguien tanto como a ti. Sé que me llevó un tiempo, pero ahora lo sé. Fui hecha para amarte. Fui hecha para compartir mi vida contigo. Estoy rescribiendo el cuento de hadas para que cabalguemos juntos tú y yo —me detuve de nuevo a respirar un poco, explorando el terreno. No iba a venir. Incluso si hubiera estado escondido en la parte de atrás de la cancha, él podría haber llegado a mí ahora, si quería. Nada detenía a Jude de lo que él quería. La posibilidad de que no era lo que quería, me rompió.

Luché con el miedo. Estuve viviendo en este estado.

—Te amo, Jude Ryder. Ya he terminado de dejar que me asuste. No voy a ir a ninguna parte.

Uno de los guardias de seguridad se detuvo frente a mí, aclarándose la garganta. —Sí, señorita. Me temo que lo hará.

No fue así como me había imaginado que esto sucediera. Le di a la vida —sonriendo con satisfacción y una cara de sabelotodo— el dedo medio.

—Me quedo con esto —dijo, agarrando el micrófono de mis manos—. Después de usted —dijo, lo que era sombra de una demanda, haciendo un gesto fuera del campo.

El otro guardia se puso junto a mí, esperándome también. Al menos ninguno de los dos se balanceaba en un par de puños delante de mí. Tomando una mirada más alrededor del campo, sentí que mi corazón maltratado se rompía una última vez.

De hecho—no podía romperse más de lo que acababa de romperse. Si Jude no lo quería, no lo necesitaba de alguna otra forma.

Manteniendo mi cabeza en alto, seguí detrás de uno de los guardias, el otro manteniendo un paso a mi lado cuando me fui del campo. El estadio se quedó en silencio de nuevo al sentir los ojos de cada persona mirándome ser acompañada fuera del campo en el que

acababa de desnudar mi alma.

A donde iba a ir para morir.

Mi futuro parpadeaba por mi mente mientras cruzamos el túnel oscuro, viéndose triste y vacío. Mi futuro, sin Jude, no era uno del que tenía ganas de levantarme todos los días.

Me encontraba a mitad de camino a través del túnel, en el punto donde es más oscuro, cuando algo zumbó a la vida en el estadio. Me sorprendió tanto como lo hizo la primera vez. Los dos guardias se congelaron junto a mí, pero sus bocas no se curvaban en sonrisas como la mía.

—¿Lucy Larson? —Esa voz que no podría amar más sin haber sido declarada mentalmente inestable en ascenso en el estadio—. ¿Podrías volver aquí? Tengo que preguntarte algo.

Los guardias se quejaron. Casi vomitaba, estaba tan mareada, y Lucy Larson no solía estar mareada.

—¿Preparados para hacer de esto un ida y vuelta, muchachos? —les dije, mientras volvía a pasar por el túnel si sentían la necesidad de que me acompañaran o no.

Sus pasos indicaron que seguían detrás de mí. No desaceleré para esperarlos. Corriendo fuera del túnel, la luz del estadio me cegó por un momento, pero luego un destello de color naranja y blanco decorando la línea de cincuenta yardas aclaró mi visión. Jude se sentó a horcajadas en esa línea, el casco a sus pies, y sus ojos nada más que en mí.

Su rostro no dio nada desde la distancia, pero no me importaba si estaba allí para castigarme delante de todo el mundo o si pensaba en hacerme el amor allí mismo, en el campo. No iba a darle la espalda.

Me dije a mí misma que caminara, para poner un pie delante del otro, pero no pude. Todo lo que era capaz era de correr. Y cincuenta metros nunca se habían sentido tan lejos y no había nada que quería tanto como lo que yo quería al final de los cincuenta metros.

La multitud no se quedó en silencio. La gente empezó a aplaudir, incluso la ola comenzó a ondear a través de los stands. Pero la única cosa que realmente llamó mi atención era el hombre que me miraba, manteniendo cierta emoción tan intensa que podía sentir que venía de él en oleadas contenidas debajo de la superficie.

Disminuí a un trote, me detuve antes de lanzarme a sus brazos. Esto tenía que ser una de las pocas veces que me acercaba a Jude y sus brazos no estaban abiertos.

—Eso fue un infierno de discurso, Luce —dijo, su cara finalmente

rompiendo en una sonrisa. Casi idéntica a la que me había dado ese día en la playa cuando se había estrellado contra mí.

—Me preguntaba cuánto tardaría en tenerte en horizontal —dije, dándole de regreso su línea de ese día en la playa cuando me había enamorado de un chico roto que había logrado arreglar algún lugar del camino.

—¿Hasta qué punto crees que tenía que llegar a la orilla del mundo? —respondió, con la sonrisa más profunda.

—Yo diría que me caí sobre él hace varios caminos —respondí, sabiendo que había caído hace mucho tiempo que no podía recordar cuando mis pies se habían plantado en tierra firme.

Jude se acercó a mí, apoyando una mano en mi cadera.

—Entonces es una maldita cosa buena que agarraras la cuerda que te dije que íbamos a necesitar cuando la tierra cayera.

Sonreí mientras su expresión se suavizó.

—Maldita cosa buena, de hecho —dije, sintiendo el calor de su mano desvaneciendo cualquier confusión o incertidumbre o duda que quedaba—. ¿No dijiste que tenías algo que preguntarme? —Arqueó una ceja, explorando la multitud y las cámaras dirigidas a nosotros—. Porque yo diría que tenemos cinco segundos más antes de que envíen el equipo SWAT.

Jude dejó escapar un suspiro, un destello extraño en sus ojos viéndose... *¿Nervioso?*

—No pensaba en hacerlo de esta manera —dijo, uno de los lados de su boca curvándose—. Pero supongo que es normal para nuestro recorrido, Luce.

—¿Esa conmoción cerebral golpeó algo suelto? —bromeé, divertida ante esta ola de nerviosismo rodando fuera de él.

—No, todavía veo todo tan claramente como lo hice antes —respondió, tirando de una cadena alrededor de su cuello—. Y es hora de que tú también lo veas.

Lanzó el micrófono a un lado, dio un paso atrás. La multitud estalló en un coro igual de aplausos y abucheos.

Maldita sea. Mis rodillas estaban a punto de unirse a él.

Deslizando la cadena sobre su cabeza, un anillo colgaba del extremo de la misma.

—Sé que soy un real idiota, y Dios sabe que no hay nada que pueda hacer para que te merezca —empezó a decir, tomando mi mano entre las suyas después de deslizar el anillo libre de la cadena. No

podía llenar mis pulmones, no podía sentir mis piernas debajo de mí, pero yo podía sentir su mano alrededor de la mía. Y me mantuvo conectada a tierra—. Pero te quiero, Lucy Larson. Mal. Te quiero para siempre. El tipo de mal que tengo por ti es el que no se va. —Su frente arrugada, sus ojos color plata—. Alivia mi sufrimiento. Hazme el más feliz, el hombre más torturado en el mundo. ¿Cásate conmigo? Y si esto se cuelga de una cuerda después de que el suelo se caiga por debajo de ti, me había convertido en el maldito mejor escalador de cuerda en la historia de cuerdas.

Jude Ryder. El hombre al que amaba. No podía vivir sin él. *Mi marido*.

Sí, eso funcionó.

—¿Por qué diablos no? —le contesté, sin sentirme más segura de nada.

Su rostro se suavizo con alivio. Y pura y desenfrenada, alegría.

—¿Fue eso un sí? —preguntó, ya deslizando el anillo en mi dedo. No había mirado el aro. Podía sentirlo allí, la banda de metal frío en mi piel, pero no necesito verlo para sentir su promesa. Podría haber sido un centenar de signos de intercalación, podría ser de una máquina. No me importaba. Porque tenía a Jude. Por siempre.

—No —contesté, tirando de su mano, haciendo palanca hasta él—. Eso fue un por qué te llevó tanto tiempo, Ryder. Ahora ven aquí y dame un beso. —Le di un guiño, y él sonrió ante mí como un tonto.

Parándose, sus brazos me agarraron, pegándome firmemente contra él. —Sí, señora.

Envolviendo mis piernas alrededor de él, me levantó más alto, tejiendo sus dedos por mi cabello.

—El nombre es Jude Ryder, ya que serás mi esposa en algún momento no muy lejano. Y no solía tener novias, dar flores, o tener citas. Y luego te conocí, y eso no funcionó para ti. Así que cambié por ti. Y he cambiado para mí también —dijo, retrocediendo en el tiempo y manteniéndome aquí en el presente, mirándolo a los ojos y sintiendo mis labios en los suyos, sentí el futuro. Fue surrealista. El tipo real que pocas personas rara vez han experimentado. Y ahí estaba yo, viviendo. Levantando sus labios de los míos, él pasó sus nudillos por mi cara—. Y nos salió algo especial.

Epílogo

Traducido por Mery St. Clair

Corregido por Melii

¿Quedó derecho?

Levantando la mirada desde el suelo donde me encontraba, doblando la ropa recién sacada de la secadora, estudié la fotografía que Jude trataba de colgar sobre la chimenea ladearse.

Sobre *nuestra* chimenea.

Claro, el lugar era alquilado y era un estudio tan pequeño como puede ser un lugar de ochocientos dólares al mes en Nueva York. Pero era nuestro, un lugar donde podríamos estar juntos. Así que era grandioso.

Conseguimos las llaves un par de días atrás e intentábamos adaptarnos entre las clases, el futbol y el trabajo, pero no importaba cuantas cajas teníamos que desempacar, me sentía feliz de que Jude estuviera a mi lado.

—No —dije, arrodillándome—. Está chueco.

—Maldición —murmuró, tirando de la fotografía del gancho—. No puedo poner esto derecho. Comienzo a creer que las pareces están torcidas.

—Claro que sí, bebé —dije, doblando otro de sus calzoncillos—. Estoy segura de que no tiene nada que ver con tu poca experiencia colgando fotos.

—Si no tuviera una imposibilidad física iría hasta allí y te castigaría por burlarte de mí —dijo, apoyando la foto contra la chimenea, lanzándome una sonrisa maliciosa.

Agarré un par de prendas de mi pila de ropa interior y se las lancé.

—Yo no llamaría imposibilidad física a lo que tienes cuando lo hemos hecho cuatro veces en menos de veinticuatro horas.

Atrapó mi ropa interior en el aire antes de ondearla frente a

rostro. —¿Es esto un reto, Luce?

—Eso es lo que tú quieras que sea —dije mientras él hacía su camino en mi dirección—. Después de que consigas colgar esa foto correctamente —agregué, deteniéndolo en seco.

—¿Por qué no solamente la dejamos sobre la chimenea? —preguntó, su rostro torturado, o lo que bien podría ser un puchero, por tener que esperar para tener sexo. Levantando la foto que nos tomamos como fotografía de compromiso, justo en la playa donde nos conocimos, él la apoyó contra la chimenea, descansando contra la pared detrás de ella—. ¿Ves? Problema resuelto.

—Problema no resuelto —dije, levantándome y cruzando la habitación hacia él. El departamento era lo suficientemente pequeño como para cruzarlo en cinco pasos—. Mira esta cosa. —Tomé un puñado de la mezcla que caía de la chimenea de ladrillo. Una avalancha de mortero y polvo cayó en cascada en el suelo—. Podría derrumbarse cualquier día y nuestra fotografía junto con él.

La piel entre sus cejas se arrugó. —Hombre, esto apesta. Incluso el suelo podría caerse debajo de nuestra fotografía. Esto no es justo.

Lo empujé y él rió con diversión. —Ya que te estás divirtiendo mucho con esto, entonces hazlo bien. Nuestra fotografía necesitará colgar de una cuerda en caso de que el suelo decida caerse también.

—Yo creo, Luce —contestó, girando la fotografía—, que esto necesita un alambre. No una cuerda.

Gemí cuando me entregó la fotografía y se subió al banquillo nuevamente, el martillo en la mano. —¿No puedes ser más irritante?

Sabía por experiencia que podía.

—Por ti, Luce —dijo, bajando la mirada hacia mí mientras reposicionaba el gancho y el clavo—, puedo ser lo que quieras que sea.

—¿Qué te parece callado y concentrado hasta que consigas dejar esta cosa derecha?

Me guiñó un ojo, sellando sus labios mientras clavaba el clavo en una nueva ubicación.

—Sabes, esta idea del apartamento ha sido la cosa más tonta y tonta y brillante que has hecho hasta ahora —dije, investigando la

habitación que, para pagar la renta cada mes, Jude debería pasar horas extras en el garaje. Todo para que pudiéramos pasar los fines de semana juntos.

No más compartir dormitorio con India o sus compañeros de fraternidad. Este lugar era todo para nosotros.

Hizo un gesto hacia mí, moviendo su boca en silencio.

—¿Qué?

—Se supone que debo estar callado y concentrado en este momento —me susurró.

Dejé escapar un suspiro de exasperación. —¿Qué tal sólo concentrado, entonces? —dije—. Ya que pedirte que estés callado es una tortura para ti.

—Concentrado —dijo, arqueando sus cejas en mi dirección—. Puedo concentrarme, Luce.

—¿Tu mente puede dejar de pensar en sexo por unos minutos? —Golpeé con fuerza su trasero.

—Rara vez.

—Yo diría que nunca —murmuré.

Sonrió abiertamente. —Así qué, ¿La idea del apartamento ha sido mi idea más brillante?

—Bueno, Sr. Audiencia Selectiva, es la más brillante porque tenemos nuestro propio lugar, un lugar donde no tenemos que andar de puntillas cerca de otras personas. Un lugar sólo para nosotros.

Haciéndome señas de que ya estaba listo, le entregué la fotografía.

—Es la idea más tonta porque estás pagando ochocientos dólares al mes para pasar aquí dos días a la semana; Esto está a dos horas conduciendo de mi escuela y a tres horas de la tuya. Y no olvidemos que somos una pareja de dieciocho años, en su primer año de universidad, que se han mudado juntos y estamos comprometidos.

Me miró como siempre lo hacía cuando creía que yo hablaba locuras. —No estoy seguro de cómo responder a eso, así que sólo te ofreceré un "¿De nada?" —Colgando la fotografía en el gancho otra vez, lo ajusto, ladeando su cabeza para inspeccionarlo.

La maldita cosa seguía torcida.

—Gracias —dije, mientras él lo ajustaba de nuevo, empeorándolo.

—Gracias, ¿Por qué? —dijo, sus manos hechas puños como quisiera golpear la pared con frustración—. ¿Tu agradecimiento es

preludio de mí "de nada" o me agradeces por la cosa más brillante o tonta que he hecho? —Lo ajustó hacia el otro lado y, cuando casi estuvo derecho, el gancho cayó de la pared en una nube de polvo de yeso.

—¡Maldición! —gritó, golpeando la pared.

Revisé la fotografía, la cual cayó sobre la chimenea. El cristal no estaba roto. Sobrevivió a la caída y al impacto.

—Gracias por todo —dije, tomando su mano.

Su puño se relajó al instante, relajándose en mi agarré. Sus dedos se entrelazaron con los míos, jugando con el anillo de oro rodeando mi dedo anular. No habíamos elegido una fecha aún, después de todo, teníamos dieciocho, pero estábamos locamente enamorados. Así que podíamos esperar hasta que termináramos la escuela y entonces planear toda la cosa de la boda, o quizás no podríamos estar separados el uno del otro un día más y correríamos hasta la primera iglesia para una boda rápida.

De cualquier manera, no me importa. Ya no tenía dudas. La confusión no nublaría mi mente lejos de la verdad. Pero me alegraba de haber pasado por todo eso. Tenía que caminar a través del fuego para ver lo que tenía a mi lado. Tenía que quemarme para saber si valía la pena. Ya no tenía que preguntármelo a mí misma, vivir mi vida sin Jude me hizo descubrir lo mucho que pertenecía a él.

—De nada —dijo, las líneas de su rostro se desvanecieron—, otra vez.

—¿La tercera es la vencida? —dije, recuperando el gancho que se había caído en el suelo.

Miró el gancho, arrancándolo de mis manos y reposicionándolo en la pared.

—Lograremos que esta cosa quede colgada —dije, mientras él golpeaba el clavo dentro del gancho en un nuevo lugar en la pared—. Mañana tenemos que levantarnos temprano y un largo camino que conducir, así que necesitamos meternos a la cama.

El lugar se hallaba casi lleno de cajas cerradas y algunas abiertas, pero la cama había sido la prioridad. Las sábanas ni siquiera estaban dobladas después de que Jude arrastró el colchón hasta las escaleras justo antes de que bautizáramos el apartamento.

—Que Dios me ayude —murmuró Jude hacia la pared—, si no cooperas, me lanzaré sobre ti.

Sonreí, entregándole la fotografía. No hay nada como un ligero "empujón" para que un hombre se concentre.

Conteniendo la respiración, colocó el cable en el gancho y lo dejó colgando. Bajando del banquillo, tomó mi mano y me llevó al otro lado de la habitación.

Cinco pasos más adelante, nos giró, así que pudimos tener un panorama completo de la imagen. Todavía seguía torcida. Pero menos torcida que en los primeros intentos. Quizás él tenía razón, quizás las paredes estaban torcidas.

Envolviendo sus brazos alrededor de mí, me acercó a él. —Perfecto —dijo, besando mi cabeza.

Levanté la mirada, luego regresé mi atención a la imagen. —Casi perfecto —dije, apretándome a su cuerpo—. Casi perfecto es suficiente para mí.

FIN

Crush

Una fantasía del fútbol. Un diamante gigante. Los modernos Romeo y Julieta están llevando su relación al próximo nivel...

Jude y Lucy están felizmente comprometidos, pero eso no significa que la vida sea una cama de rosas.

Una vez más, la ardiente pareja es desgarrada, esta vez por los entrenamientos de fútbol y un trabajo de verano. Ahora es Jude quien tiene los problemas de confianza.

¿Los nuevos cambios en la vida de Lucy los llevará de nuevo juntos o será el fin de su relación para siempre? ¿El amor puede triunfar siempre?

Traducido, Corregido & Diseñado en:



https://www.librosdelcielo.net